

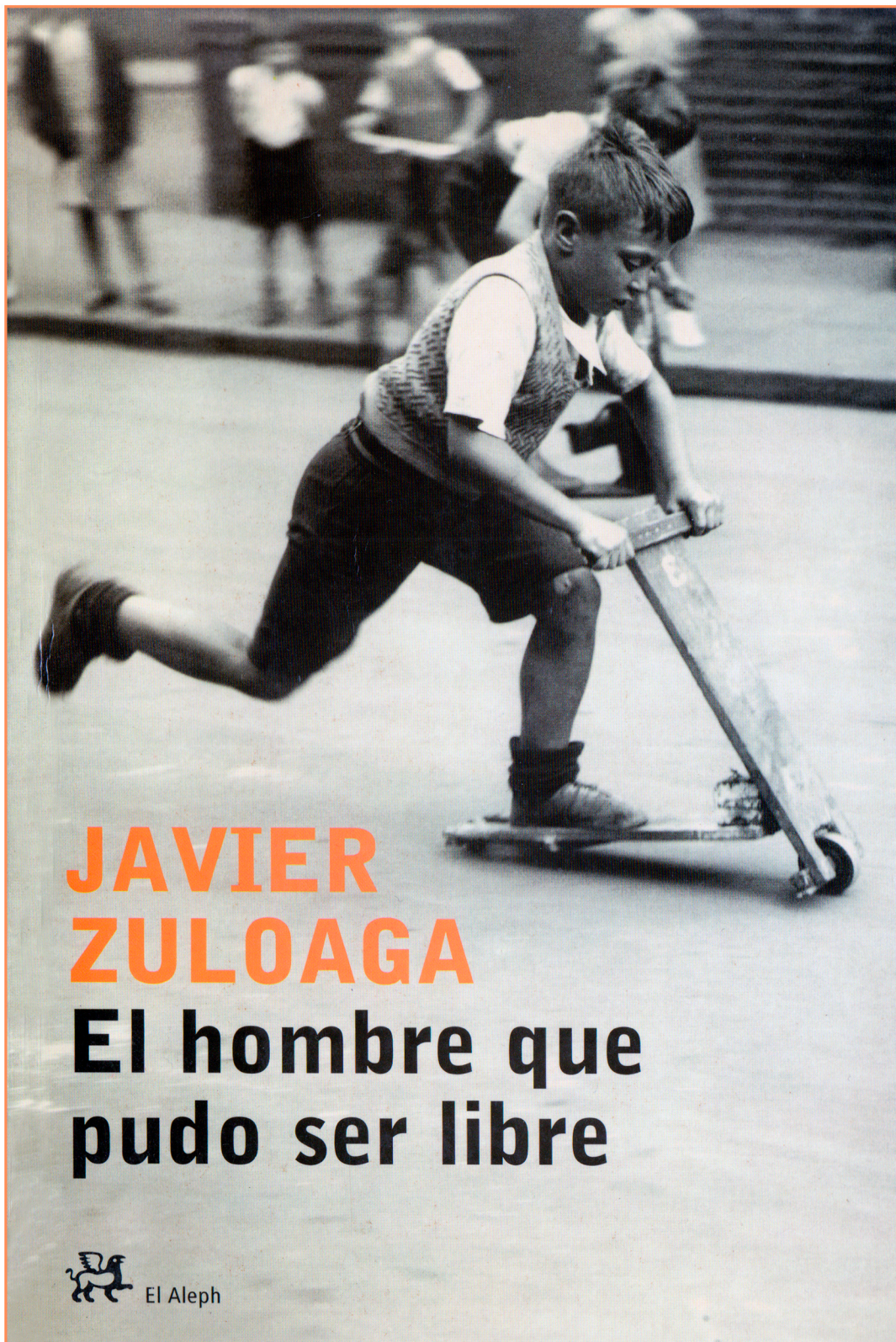
Javier Zuloaga

EL HOMBRE QUE PUDO SER LIBRE



Octubre de 2002. En el hospital psiquiátrico de Oña, Ramón Ayestarán rememora su pasado. Ramón fue un niño con un prometedor futuro en los negocios siderúrgicos de su familia, pero su precoz rebeldía cambiará su destino. En su vida entraron dos personajes cruciales: la Cinta, una antigua criada que lo inició sexualmente y a quien reencontrará convertida en combatiente anarquista durante la Guerra Civil, y el Zanahoria, al que conoció en el internado y que logró materializar su sueño: surcar los mares a bordo de una goleta llamada La Flamenca.

Javier Zuloaga describe el periplo vital de un hombre a lo largo de casi un siglo sesgado por grandes convulsiones, traicionado por sus amigos y recluido injustamente, pero que también logró disfrutar de intensos momentos de libertad navegando por el Atlántico junto a contrabandistas y combatiendo el fascismo en la contienda civil y posteriormente en las filas del maquis.



**JAVIER
ZULOAGA**

**El hombre que
pudo ser libre**



El Aleph

Javier Zuloaga

EL HOMBRE QUE PUDO SER LIBRE

Diseño de la cubierta original: Pilar Gorriz/Raquel Alarcon

Fotografía de la cubierta original: Getty Images

Fotografía del autor: Rafael Bernis

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE

[Bilbao, 1919](#)

[Tudela, 1919](#)

[Bilbao, 1922](#)

[Boston, 1927](#)

[Bilbao, 1929](#)

[Boston, 1930](#)

[Caribe, 1930](#)

[Bilbao, 1930](#)

[Oña, 1933](#)

[Oña, 1936](#)

[Bilbao, 1937](#)

[Santander, 1937](#)

[Santander, 1941](#)

[Oña, enero de 2002](#)

[Bilbao, junio de 2002](#)

[Oña, octubre de 2002](#)

[Acerca del autor](#)

BILBAO, 1919

Aquella tarde en que la Cinta me llevó a Santurce vine al mundo por segunda vez. En no pocas ocasiones he pensado que si aquella criada burgalesa que servía en casa de mis padres hubiera decidido pasear por los jardines de Albia en lugar de embarcarme en aventuras de arriesgado final, mi vida hubiera sido muy distinta.

La casa de su cuñado estaba en un tercer piso, con ventanas que apenas se dejaban ver entre las sábanas y los calzones que caían desde los alambres de la planta superior. Su hermana, la Herme, tuvo que abrirse camino con las manos para responder a los gritos que anunciaban que en aquella ocasión la Cinta llegaba acompañada.

«¡Herme!, mira con quién vengo. Es el señorito Ramón».

Como la visita no estaba anunciada, pilló desprevenida a aquella familia de emigrantes de Briviesca, que, como tantas otras, había llegado a Bilbao atraída por las fundiciones y las bocaminas. Había puesto rumbo a una vida mejor que la que el arado y la yunta les había deparado en los páramos de la

Bureba, donde podían tirar adelante los inviernos con poco más que pan y patatas para acompañar la matanza.

La Herme y su marido, Juan, habían decidido irse a vivir a Vizcaya animados por lo que contaba una familia bilbaína que cada año iba a pasar unos días en casa de Eustaquio Amilibia, el alcalde del pueblo. Un verano tras otro, el primer edil de aquel pueblo burgalés repetía a todos sus vecinos lo bien que se vivía en la capital vasca y les decía que él mismo metería todo en baúles si no fuera porque en ese caso todos ellos se quedarían sin un buen alcalde, una auténtica irresponsabilidad.

Sus narraciones sobre las excelencias bilbaínas fueron tan eficaces como múltiples sus excusas para no predicar con el ejemplo. Tanto, que buena parte de las familias del pueblo, especialmente las parejas más jóvenes, fueron emigrando hacia las minas y las fundiciones. La estación de Briviesca fue la última imagen que todos ellos retuvieron antes de embarcar hacia la gran meca industrial, hacia el futuro que les ofrecía el «oro de Bilbao».

Juan y Herme, como muchos otros, se cargaron de hijos. Él se vio en la necesidad de doblar turno en la mina San Luis, cerca de La Peña, propiedad de don Luis Lewison, pero aquel salario, pese a ser doble que el de un picador normal, apenas daba para cubrir las necesidades básicas de los cuatro chavales, dos chicos y dos chicas, que su mujer había traído al mundo.

La Herme tenía que aportar algo, así que había acabado colocándose como planchadora en la casa de Javier Ayestarán, el hermano menor de mi padre, cuya mujer hizo de mediadora

para que la Cinta dejara también Briviesca, viniera a Bilbao y comenzara a trabajar en mi casa, aunque, eso sí, interna y con uniforme.

Recuerdo cómo me miraban Pedrito, Juan, Ana y Jimena. El mayor no tenía todavía ocho años y la menor debía de rondar los dos. Observaban deslumbrados mi traje de marinero, mi corbata negra de raso estrangulada por un lazo blanco de cordón anudado, muy estrecho, impecable. Estaba combada hacia dentro, en torno a un eje vertical imaginario que dividía mi pecho en dos partes y me convertía ante sus ojos en un ser simétrico, casi perfecto.

Todo lo que les rodeaba, las sábanas que cubrían sus ventanas, el olor de sus cocinas, los endebles y desgastados escalones, los regueros de orines de la calle, apareció ante mí como un gran descubrimiento. Ellos vestían remiendos caseros. Iban embutidos en jerséis tejidos a mano, pantalones de pana y viejas camisas de algodón en las que el parche y el zurcido alcanzaban auténtica notoriedad. Eran «los pobres», aquellos a los que mi madre tantas veces se había referido y que yo tenía confusos en mi mente. No eran mendigos, como aquellos a los que mi padre, mi abuelo y mi tío daban cada domingo un par de monedas para hacer gala de su caridad al salir de misa. Los pobres eran otros, los que vivían en los aledaños de nuestra riqueza, pero no osaban aparecer ante nosotros para que la evidencia de su necesidad no enturbiara el sosiego de nuestras conciencias ni influyera negativamente en nuestras digestiones.

Juan, el cuñado de la Cinta, llegó corriendo a casa justo cuando la Herme acababa de freír para mí unos picatostes para acompañar el chocolate que aquel día se iba a merendar como homenaje especial al «señorito Ramón». Cuando el aroma del cacao comenzó a impregnar la estancia, los cuatro sobrinos de la Cinta debieron de pensar que aquel niño tan apuesto, tan elegante e irreal que había llegado desde Bilbao con su tía era un mago o algo parecido, y que tal vez no sería mala idea que frecuentara un poco más su casa para que su madre se prodigara en aquellas excepciones gastronómicas.

Juan no podía hablar, jadeaba y parecía al borde del colapso. Entró en su dormitorio seguido de la Herme. Los dos se enfrascaron en una discusión, ininteligible para mí, en la que él no paraba de repetir que volvieran a Briviesca, que salieran aquella misma noche, cuanto antes.

La Cinta debió de entender que algo muy grave estaba ocurriendo, porque de pronto decidió ponerme el chaleco de punto y tirar de mí hacia la calle, sin ningún tipo de explicación, mientras sus cuatro sobrinos seguían comiendo en silencio el chocolate con picatostes que les habían caído del cielo. No les dije adiós, pero su imagen permanece imborrable en mi memoria, con una servilleta anudada bajo la nuca, los morros manchados y el pelo bien repeinado.

Minutos después la Cinta y yo vimos desde la acera de enfrente cómo la policía entraba en el edificio y oímos los culatazos en la puerta que precedieron a los gritos de ¡alto! Chilló la Herme y lloraron sus hijos mientras Juan, en el pretil

de la ventana, seguía instando a su mujer a que se marchara de Santurce, a que se fuera de Bilbao.

Cuando los guardias hicieron saltar por fin el cerrojo de aquella habitación, Juan se lanzó al vacío y cayó como un saco sobre el empedrado de la calle. La Cinta me tapó los ojos y se refugió conmigo en un portal, guardando un silencio que yo no me atrevía a romper. Sus lágrimas mojaban mi traje de marinero y sus manos no paraban de mesarme el cabello insistentemente, hasta casi hacerme daño.

El revuelo apenas nos permitía ver lo que estaba ocurriendo. Solo oíamos las voces de un oficial que ordenaba a los curiosos que se largaran de allí, que lo único que había pasado era que un cabrón anarquista se había tirado por la ventana. Poco después metieron a la Herme y a los cuatro niños en un carro oficial y los trasladaron a la comisaría de Santurce.

«Cinta, ¿qué es un cabrón anarquista?».

No me respondió hasta que subimos al tren de Bilbao. Miraba por la ventanilla hacia ningún lugar, a la inconcreta oscuridad en que estaba sumido nuestro viaje de regreso, seguramente hurgando en sus recuerdos y buscando soluciones a los problemas con los que su hermana y sus sobrinos tendrían que enfrentarse a partir de entonces. Aquella hora escasa de viaje me situó por primera vez ante la existencia de la muerte, algo que solo había rozado mi pensamiento cuando en casa del abuelo Luis miraba retratos sepia de los Ayestarán ya fallecidos y calculaba que el padre de mi padre no tardaría en unirse a aquella galería de hombres ilustres. Esta

posibilidad me acongojaba a veces en la oscuridad, pero fue mucho más intenso lo que sentí en aquel tren poco después de haber visto cómo el cuñado de la Cinta se destripaba contra los adoquines. La muerte de aquel hombre había estado rodeada de brutalidades y contradicciones que mi mente no llegaba a comprender. ¿Cómo era posible que alguien se lanzase así a la muerte? ¿Qué cosas peores podrían haberle ocurrido si no lo hubiera hecho? ¿Por qué los anarquistas eran unos cabrones?

Faltaba ya muy poco para llegar cuando ella se decidió a contarme lo que pensaba: «Mira, Ramontxu, los anarquistas no son unos cabrones. Mi cuñado Juan, como muchos otros, lo único que quería era acabar con las desigualdades, crear un mundo más justo». Empezó entonces a hablarme de la otra historia de Bilbao, la que habían escrito ellos, los «cabrones anarquistas», pico en mano. Su cuñado Juan, al poco de llegar de Briviesca, había ingresado en los comités de las bocaminas. A él y a sus compañeros había que agradecer la escasa dignidad que el trabajo de picador había adquirido en las minas, y el nacimiento de las barriadas de la margen izquierda respondía en buena medida a su arriesgada contestación social durante los últimos años.

Pero la presión obrera había ido demasiado lejos, y la última huelga general había provocado el pánico en la Bolsa de la ciudad, donde las acciones de las minas, en continua caída, ni siquiera encontraban compradores entre los inversores más oportunistas. El Gobierno había decidido cortar por lo sano aquella insumisión social que podía hundir la economía vizcaína y contagiarse peligrosamente a otras zonas industriales del país.

De la estación a casa, en la plaza Elíptica, fui fijándome en las personas con las que nos cruzábamos. Las comparaba con los habitantes de Santurce, con los pasajeros del vagón de tercera en el que había viajado con la Cinta. No se parecían, no. Ni ellos, ni todo lo que les rodeaba. Éramos de otro mundo, o simplemente vivíamos en lugares muy distintos, separados por una barrera invisible que muy pocos se decidían a franquear.

Por si aquellas emociones hubiesen sido pocas para una mente adolescente como la mía, la muerte de Juan salió a colación en la cena. Mi padre, que había asistido a una reunión urgente convocada por la Cámara de Comercio, comentó que las cosas marchaban mal en la margen izquierda, que la policía solo había logrado acabar con un anarquista, pero que se esperaba que en las siguientes horas fueran cayendo todos esos indeseables. Hizo un alegato en favor del orden y la disciplina que me recordó los que el abuelo Luis solía dirigirnos en los cónclaves familiares. Las cosas debían ajustarse siempre a unas reglas, un catón que nadie podía saltarse, so pena de pagarlo muy caro.

Recuerdo que aquellas firmes convicciones eran una parte muy importante del patrimonio y de la tradición familiar, y que, por fervor o por silencioso asentimiento, jamás habían sido contestadas. Era así porque debía ser así, y punto.

La verdad es que no recuerdo bien cómo fue ni por qué. Puede que la impresión de todo lo que había visto aquella tarde y las contradicciones que comenzaban a nacer en mi mente consiguieran que el miedo no hiciera siquiera aparición. El caso es que no dudé en contarle a mi padre lo que pensaba

sobre lo que había descubierto durante mi incursión en el mundo real, el que existía más allá de la Bilbaína, los jesuitas y la casa de Neguri. Los anarquistas, le dije, no eran unos indeseables, solo querían una vida más justa, y eran ellos, los picadores, los que sacaban el hierro de las minas, los que hacían que las fundiciones pudieran funcionar. Fue una frase corta, que me costó terminar porque mi corazón acabó bombeando más deprisa que mis palabras. Intuía que había atravesado una barrera prohibida y que las consecuencias podían ser terribles para mí.

La bofetada y el grito de la Cinta se sucedieron en un instante. Primero fue mi padre, que encajó los cinco dedos de su mano derecha entre mi mejilla y mi oreja. Caí al suelo aparatosamente y allí me quedé tirado durante unos segundos. Solo la Cinta se acercó –mi madre se tapaba los ojos con las manos–, me agarró por los sobacos y tiró de mí hacia la cocina, envuelto en lágrimas, humillado y con la primera sensación de auténtico desamparo de mi vida.

Y entonces lo volví a decir, pero aún más contundentemente. Me giré hacia él y se lo solté con rabia e insolencia: «Aita, los anarquistas, ¿sabes?, no son unos cabrones, solo quieren un mundo mejor. Son buena gente». La Cinta paró el golpe con su brazo y gritó: «¡Déjele, señor!». Su intervención tuvo un efecto inmediato. Mientras yo entraba en la cocina, mi padre ordenó a mi madre que le acompañara a su despacho y, una vez dentro, se oyeron sus gritos, algún que otro puñetazo en la mesa y la alusión a «tu hijo», que utilizaba para recriminar a mi madre la mala educación que yo había recibido, como si él no tuviera nada que ver.

Pienso ahora que aquella noche no solo se dilucidó el castigo a una airada respuesta juvenil, sino que se intentó poner remedio drástico a la peor enfermedad que podía contagiar a aquella familia de la burguesía bilbaína: la enfermedad revolucionaria, la semilla de la anarquía y la lucha de clases. Yo, el heredero de Forjas, el único hijo de mi padre y el único nieto de mi abuelo, había sido contagiado.

La Cinta me acompañó a mi cuarto. Me puse el pijama y me metí en la cama. No tardé mucho en dormirme, sin duda agotado por los acontecimientos de la jornada. A veces he pensado que acaso durante aquellas horas de profundo sueño acabaron de germinar en mi cabeza buena parte de los signos de mi contradictoria personalidad, que fue una noche de inconsciente afirmación de mi carácter rebelde. Es posible que pasaran por mi cabeza los capítulos de mis catorce años de existencia, que hasta entonces se había desarrollado dentro del orden y de la ortodoxia familiar.

Pienso también hasta qué punto la agitación que afectaba a Europa no fue ajena a las contradicciones de mi existencia, que se había iniciado una noche de enero de 1905 y sobre la que con toda seguridad ni mi padre ni mi madre reflexionaron cuando decidieron traer al mundo a su primer hijo. Los dos debieron de dar por descontada en su descendencia la mejora de la raza y se hicieron los mejores votos acerca del esplendoroso futuro que me esperaba cuando irrumpiera en su existencia. Aquella noche, después de encargarme, sin duda mi madre se sumió en sus ensoñaciones conmigo, aunque siempre pensando que sería una niña, mientras mi padre imaginaba mi

nombre en la puerta de un despacho, junto al suyo, de la misma manera que él lo había tenido junto al del abuelo Luis.

Pienso a menudo que mi llegada a la vida recibió la impronta de dos acontecimientos singulares.

Nací en tiempos en los que la semilla revolucionaria germinaba en Rusia y extendía su igualitarismo como un reguero de pólvora por toda Europa. En más de una ocasión he pensado también que algún conjuro, tal vez lanzado por un proletario maltratado por mi padre, hizo de mí un ser inconformista y rebelde con la vida burguesa que me había tocado vivir.

Hoy, tantos años después, creo que el destino cruzó la fatalidad en el camino de mi carácter y que comenzó a torcer una biografía que reunía todos los requisitos para alcanzar lo que se entiende por éxito y felicidad. Dudo que, en el caso de que pudiera reiniciar mi vida, fuera capaz de evitar ese momento en el que las cosas comenzaron a irme mal.

Por otra parte mi nacimiento coincidió también con la muerte de Julio Verne, para bastantes hombres y mujeres de su época un incomprendido, cuando no un simple chalado. Como él, decidí soñar una vida imposible, quimérica, pero las páginas del libro de mi historia personal son tan desordenadas, que cuando muera, para lo cual ya no debe de faltar mucho, caerán en el olvido.

Recuerdo vagamente que desde muy pequeño me sentía huésped de casi todo lo que me rodeaba y escasamente partícipe de la parafernalia que regía en casa. Cuando coincidía

con mis compañeros de colegio en los jardines de Albia, dedicaba más tiempo a mirar alelado los coches fúnebres que acudían a la parroquia de San Vicente que a jugar a los iturris y a chutar el balón. En la Semana Grande, cuando la criada de mis abuelos nos llevaba a las barracas, solo quería subir a la noria y esperar impaciente a que aquella gran rueda parara mi barquilla en lo más alto para poder divisar la ría en su camino hacia el Cantábrico. Desde aquellas alturas pensaba que algún día podría ir más allá de donde mis ojos alcanzaban a ver.

Siempre fui un soñador, la soledad era el escenario ideal para instalarme en la vida irreal, que era la que me interesaba. A fuerza de huir de la realidad, llegué a confundirla con mis invenciones, lo cual provocó no pocos incidentes en el colegio, como cuando defendía con vehemencia ante mis compañeros que mi padre era almirante de la Flota Real, o que los Ayestarán descendíamos de Juan Sebastián Elcano.

En un principio mis padres disculparon las singularidades de mi personalidad convencidos de que padecía de infantilismo extremo, pero cuando pasados los años mi actitud se mantuvo, tuvieron que aceptar ante las monjas del colegio que lo mío parecía cosa seria. Y fue así como a los doce años acabé en la consulta del doctor Ochoa, un psiquiatra que atendía las neuras de la gente más adinerada de Bilbao, incluidas las de mi madre y las de mi tía Begoña.

La decisión fue llevada a cabo con gran discreción, ya que en aquellos años la neurosis, las fobias, el estrés o una simple depresión no eran más que locura, un mal que tenía pésima prensa entre las gentes de bien —«Fíjate, al hijo de los

Ayestarán han tenido que llevarlo al loquero»—, no como ahora, en que estas enfermedades son consecuencia de la vida moderna e incluso las revistas ofrecen toda suerte de recomendaciones para su tratamiento casero.

El doctor Ochoa debió de pensar que lo mío iba a ser pan comido, así que atacó la cuestión de forma directa, dejando bien claro que el único problema era que yo era un niño mimado, mal acostumbrado e ingrato con mis padres, que me lo estaban dando todo. Fue entonces cuando utilicé por primera vez la palabra «gilipollas», tal vez uno de los términos a los que más he recurrido para describir a buena parte de los personajes con los que he coincidido a lo largo de mi vida. Seguramente el doctor Ochoa ha sido, junto con mi tío Javier —como se verá más adelante—, uno de los mayores gilipollas con los que me he encontrado jamás.

En cualquier caso, mis padres optaron por dejar que el paso de los años fuera situando correctamente mis pensamientos y que la buena docencia de los jesuitas hiciera el resto hasta colocarme en la línea de salida del éxito personal, profesional y social. No obstante, no se prodigaron en pasearme por los puntos de reunión social de Bilbao, no fuera que mis rarezas se divulgaran por aquella sociedad a la que yo iba a pertenecer pasados unos años y a la que debía llegar con el estigma de la casi perfección, como era propio entre los de nuestra clase.

Tal vez por esa confianza en el devenir de mi existencia, aquella tarde, catorce años después de mi nacimiento, no sintieron la menor preocupación al verme marchar a Santurce.

La Cinta me vistió con el traje de marinero, las sandalias de charol y los calcetines largos de lana. Me peinó con la raya a la izquierda y me puso un poco de fijador del que usaba mi padre, el que estaba bajo el espejo del baño, junto al Colgate, el frasco de lithines del doctor Gustin para los dolores de riñón y el jabón. Me pasó una toalla mojada por la cara con tanta decisión, que mis mofletes parecieron aún más evidentes, chillones como las manchas sonrojadas de las manzanas reinetas de Plencia en septiembre.

Como muchas otras veces, me achuchó y abrazó hasta que sentí aquel olor tan singular, mitad sobaquina, mitad perfume, que todavía hoy sigo llamando «olor a la Cinta» y que sería capaz de distinguir en la penumbra y entre la multitud.

El olor a la Cinta formaba parte de mí desde mucho antes de tener uso de razón. No tenía nada que ver con el que despedía mi madre, a la que era incapaz de identificar vía nasal por la disparidad de los aromas que la acompañaban. Recuerdo que cuando volvía a casa me preguntaba a qué olería en aquella ocasión, y después, delante de su tocador, intentaba identificar el aroma de turno con alguno de aquellos frascos, todos franceses. Muchas veces, sobre todo después de oler a la Cinta, me preguntaba a qué olería realmente mi madre, cómo sería al natural, sin aquel camuflaje cambiante. Estas dudas me acompañaron en mi infancia y formaron parte del tesoro de mis grandes secretos, los que nunca quise compartir con nadie, ni siquiera con aquella criada burgalesa que llevaba trabajando en mi casa desde hacía catorce años, justo los que yo tenía.

Lo del olor a la Cinta era algo parecido a aquellas fantasías que fui guardando en mi imaginación desde los doce años, cuando desde la ventana de mi cuarto descubrí las sombras de nuestros vecinos, los Aguirre, echando un polvete en la penumbra de su habitación. Ellos no podían imaginar que, al otro lado del patio, yo les observaba sorprendido y afectado repentinamente por una erección que me abocó al mundo del erotismo de forma compulsiva. Desde entonces no hubo día en que, antes de bajar la persiana de mi cuarto, no echase un vistazo en busca del lúbrico espectáculo, no aguzara el oído para captar los susurros de aquella mujer ante la que, cada vez que me encontraba con ella en el portal o en el ascensor, me ruborizaba imaginándola en pelotas y jadeando sus pasiones con el señor Aguirre. ¿Olería como la Cinta o como mi madre?

Entre dudas olorosas, aquella tarde la Cinta me había sacado a pasear con los horrendos pantalones cortos con los que mis padres aún se empeñaban en que me vistiera, a pesar que ya medía un metro sesenta –no demasiado en relación con mis amigos– y pese a que los pelos de mis piernas habían dejado de ser vello. Nos habíamos dirigido a la estación y habíamos subido al tren de Santurce, cuyos asientos de barras de madera dejaron mis piernas desnudas más veteadas que la piel de una cebra. En aquel tren en el que la carbonilla se colaba por las ventanas había descubierto que el camino que separa la opulencia de la miseria podía recorrerse sobre ruedas. Y si eso era posible en Bilbao, lo sería también en cualquier otra parte del mundo.

Ya de madrugada, cuando aún no había salido el sol, oí cómo la Cinta abría la puerta de mi cuarto. Se sentó en la cama y

empezó a acariciarme el pelo. «Ramontxu, me tengo que ir. Tu padre me ha echado». Lloré amargamente, algo así como la segunda parte del lamento de la noche anterior, la apreté contra mí con todas mis fuerzas, como si quisiera apropiármela con mis brazos, y aspiré profundamente aquel olor suyo.

Recorrí con las manos su cara, su cuello, bajé a sus hombros, a sus brazos, y una fuerza hasta entonces desconocida me llevó hasta su cintura, a sus caderas. Toqué sus muslos y descendí hasta sus rodillas, donde acababa la falda. El corazón se me aceleró y sentí entonces que la sangre se concentraba en mi confuso cerebro, pero sobre todo también entre mis piernas. Jamás una mujer me había producido esos efectos. Ni siquiera me había imaginado con ninguna en esa tesitura, mucho menos con la Cinta, que me doblaba la edad.

De repente ella se desabrochó la blusa, tomó mi mano y la colocó sobre uno de sus pechos. Era enorme y el pezón estaba duro. Metió después sus dedos bajo las sábanas y avanzó hasta llegar a mi entrepierna. El simple roce de su mano con la tela encendió mi cuerpo hasta alcanzar niveles de calentura que a duras penas pude controlar. De inmediato, toda una serie de confusas, líquidas y deliciosas sensaciones me llevó a descubrir a qué se refería aquel famoso sexto mandamiento, aunque no acabé de entender cómo algo tan placentero podía ser malo. La Cinta me agarró entonces la cabeza y me dijo: «Ramontxu, esto ha sido un regalo, para que no cambies, para que sigas siendo siempre así».

Minutos después, cuando el fuerte golpe de la puerta de la cocina había confirmado que se había marchado ya, decidí

levantarme, ducharme y dirigirme al comedor para desayunar. Me preguntaba cuál iba a ser el curso de los acontecimientos tras la refriega de la noche anterior. Lo cierto es que, pese a lo grave de la situación, no estaba acojonado. Acaso el miedo disminuye e incluso puede llegar a desaparecer cuando sabes que la verdad está de tu lado.

Mis padres estaban ya en el comedor cuando entré. Mi padre leía *La Ría*, y mi madre, como de costumbre durante el desayuno, le miraba sin hacer nada. Él echaba un vistazo a los titulares y ella esperaba en silencio a que él sentenciara algo sobre el momento por el que atravesaba la sociedad, la ciudad, el país o el mundo entero. «¡Qué desastre!», afloraba a sus labios casi a diario, poco antes de «¿Adonde iremos a parar?», o «¿Para qué pagamos a los políticos?». No consigo recordar a mi padre comentando alguna vez en tono optimista un titular, ni a mi madre no asintiendo con un suspiro a las conclusiones dramáticas que su marido sacaba de los periódicos. Todo era negativo, todo un auténtico desastre.

La escena no me resultaba extraña. Era como la de cualquier otro día. Me senté a la mesa con ellos y sin decir nada saqué la servilleta de la arandela de plata con mi inicial. Llené mi tazón de leche, añadí un par de cucharadas de cacao y me acerqué el pan y la mantequilla. Mi desayuno transcurrió en absoluto silencio. Nadie dijo una sola palabra hasta que me disponía a levantarme de la mesa. Fue mi padre el que, sin el menor preámbulo, mirándome furtivamente a los ojos, escudado en su periódico, me dijo:

–A Tudela, te vas hoy mismo al colegio San Pedro, interno. Ya he hablado con el provincial y me ha dicho que no hay problema con el plan de estudios, que mañana seguirás en Navarra exactamente igual que en Bilbao.

–Es por lo de los anarquistas, ¿verdad?

Mi padre sufrió el segundo ataque de cólera en apenas doce horas, pero no culminó, como todo parecía indicar, en otro bofetón. La congestión volvió a convertirle en alguien terrorífico, sin control, transmutado y sobre todo sin dignidad. Aquel hombre que acababa de anunciarme mi marcha de casa era un ser patético, sin capacidad de discernir con madurez qué debía y qué no debía decir. Sus balbuceos hicieron que mi madre le tomara del brazo, más para arroparle a él que para protegerme a mí, mientras con un gesto me indicaba el camino hacia mi habitación, de la que no salí hasta que llegó el tío Carmelo, el cura.

Me tumbé en la cama y navegué con mi imaginación hacia los llanos de la Bureba, donde estaban la Herme y sus cuatro hijos huérfanos de padre. Ellos sí que eran libres, mucho más que yo. Creo que en aquellos momentos, tumbado en la cama y mirando al infinito por la ventana, cruzaron por mi cabeza mis primeros conflictos personales respecto al dinero y a la libertad. Aquella mañana descubrí que mi padre era un hombre poderoso, opulento e influyente, pero que su vida dependía de multitud de factores que le habían sido impuestos desde su nacimiento. Era como el abuelo había querido que fuera, y muy posiblemente nunca se había preguntado si la vida que llevaba era la que de verdad le habría gustado llevar. Todo le había

llegado perfectamente diseñado. La historia de la familia Ayestarán parecía una pieza teatral en la que el protagonista de cada generación, con leves retoques de vestuario, tuviera siempre que interpretar minuciosamente el mismo papel. La profesión, el trabajo, la familia, el entorno social, la religión, el matrimonio, los hijos, todo se regía por reglas encorsetadas que apenas dejaban espacio para la libertad individual.

No es pues de extrañar que mi desviación ideológica activara la alarma familiar y provocara la visita del tío Carmelo, que llegó para hablar conmigo, convencerme o por lo menos administrarme una bendición que ahuyentara los demonios anarquistas que la Cinta me había inoculado en Santurce.

Recuerdo que aquel cura, que no era un Ayestarán, sino un Menchaca, como mi madre, no supo por dónde empezar a romper la coraza con la que había decidido defenderme de lo que se me venía encima. Seguramente fue porque, como casi todo el mundo en aquella casa, no sabía lo que era realmente un anarquista, aparte de un cabrón, por supuesto.

Pero al tío Carmelo le traicionaba la sinceridad de su mirada, incapaz de ocultar el cariño que sentía por mí. Hoy creo que en el fondo sintió cierta admiración por mi rebeldía ante los postulados indiscutibles que regían el día a día de la familia de mi padre. Es posible que su reacción fuera también una vengativa respuesta a la displicencia con la que mi padre y mi abuelo se relacionaban con los Menchaca –que eran donostiarras, no bilbaínos–, de la que solo él, y porque era sacerdote, había salido mejor parado.

Se sentó en mi cama y decidió no complicarse la vida. Simplemente me animó y me dijo que el colegio de Tudela era magnífico y que sería muy bien recibido por los profesores, algunos de ellos compañeros suyos de seminario. Él y mi madre irían a verme a menudo y en las vacaciones podría ir a Plencia.

Mientras tanto mi madre había ido preparando el baúl en el que llevaría todas mis cosas hasta la ribera de Navarra: mantas, sábanas, toallas, ropa, cubiertos, de casi todo un poco, porque aparte del somier y el colchón –y buena docencia y sabiduría, por supuesto–, los curas no ponían nada. Aquel arcón de madera, con correas y remates metálicos en los costados y en las ocho esquinas, iba acumulando todo lo que mis padres ponían a mi disposición para mi exilio. Era, pensaba trágicamente entonces, lo único que me quedaba en la vida. Y lo cierto es que aquel baúl se convirtió en un símbolo que nunca he podido olvidar. Todavía hoy pagaría todo el oro del mundo por recuperarlo. Desde que lo dejé a los pies de mi cama en Tudela, aquella noche de febrero de 1919, fue, hasta que lo perdí, mi más fiel compañero de viaje. Ya en la calle, lo metieron en el portaequipajes del Ford del abuelo Luis, que, supongo que por solemne decisión familiar, era el que iba a acompañarme hasta Tudela. Seguramente mi padre confiaba en que la experiencia de los años y el respeto reverencial a los mayores que se nos supone a los vascos lograrían aumentar mi escasa sensatez y abrirían mis ojos a la verdad.

Después del abrazo emocionado de mi madre, la soberbia indiferencia de mi padre y la apostólica bendición del tío Carmelo, iniciamos el viaje hacia Vitoria por el puerto de Orduña. Blas, el chófer del abuelo, sabía que el horno no

estaba para bollos, así que, aparte de preguntarme si me mareaba con las curvas, no cruzó palabra conmigo, ni siquiera en Miranda de Ebro, donde paramos a hacer un pis y a comer algo antes de enfilear la carretera hacia Tudela.

Sin embargo, mi comunicación con el abuelo Luis fue también prácticamente nula. Él viajaba delante, en el asiento del copiloto, y durante su breve y lacónico mensaje no giró la cabeza ni me miró a los ojos un solo instante. Habló solemnemente, acompasado por las escobillas del limpiaparabrisas, que no habían dejado de moverse y que a mí se me antojaban dos manos que me decían: «Adiós, Ramón, adiós».

«Los Ayestarán –sentenció el abuelo– somos una gran familia porque hemos sabido sacrificarlo todo por nuestra historia, por nuestra tradición. Forjas es Forjas porque varias generaciones de Ayestarán han sabido entender que, por encima de las ideas y las convicciones de cada uno, lo primero es la familia. En algún momento todos podemos habernos rebelado un poco contra estos intereses superiores, pero jamás nadie ha incumplido esta regla no escrita: primero la familia. Entiendo tu juventud, yo también he sido joven, pero ya verás como la vida misma te irá dirigiendo por el camino correcto».

Ni me miró, ni me dio a entender que esperaba que yo dijera algo. Todavía no habíamos llegado a Orduña cuando roncaba sin la menor consideración.

A lo largo de mi vida he pensado en muchas ocasiones que los silencios de aquel viaje me permitieron abrir aún más los

ojos a la vida que me rodeaba. En Santurce, con la Cinta, había descubierto bruscamente la existencia de la miseria y su relación directa con la opulencia más cercana, incluso la dependencia mutua de ambas, como si la una y la otra tuvieran que ir siempre de la mano.

Mientras me alejaba de las últimas industrias de Llodio presentí además que dejar Vizcaya iba a abrirme las puertas de un mundo muy distinto. Cuando ya bajábamos hacia Pancorbo, el paisaje comenzó a cambiar. Aquellas gentes que seguían con su mirada nuestro paso eran nuestros vecinos, pero no tenían nada que ver con nosotros. Curtidos por los aires fríos de Burgos, con boina sin apenas ala, los habitantes de los pueblos que encontrábamos de camino a Tudela tenían otro aspecto y parecían vivir de una manera muy distinta a la de aquellos otros que ni siquiera se volvían al cruzarse en las calles de Sestao, Baracaldo o Santurce. Creo que fue su mirada, directa, sin temores ni sometimientos, lo que más llamó mi atención. Aquellos hombres y mujeres que pasaban el tiempo a las puertas de sus casas, mirando al cielo y preguntándose si llovería o no, poseían algo cuyo valor es intangible y que no es privilegio de los más adinerados. Todos ellos mostraban una evidente dignidad personal, parecían gozar de libertad.

¿Por qué la Cinta, la Herme y Juan habían abandonado todo aquello y se habían ido a malvivir junto a las minas y las fundiciones? ¿Quién les había engañado? ¿Por qué no habían vuelto?

En mi mente adolescente no cabía que las personas pudieran no ser dueñas de sus destinos, ni siquiera para corregir sus

errores. Desde aquel viaje hacia la ribera ser libre comenzó a ser una auténtica obsesión para mí. Cada día adquirió mayor importancia la posibilidad de poder elegir, cuando me llegara el momento, mis propios proyectos. Acaso por eso los dos años en Tudela me fueron muy bien para madurar qué era lo que realmente me proponía hacer en la vida, o simplemente lo que me proponía no hacer. Y fue allí donde además conocí a Iñaki Retuerto.

Llegamos tarde, cuando los internos habían cenado y las luces de los dormitorios estaban ya apagadas.

TUDELA, 1919

Era inconfundible: orondo, pecoso y pelirrojo. Su presencia destacaba ostensiblemente entre aquellos uniformes azules y grises con corbata negra. En el fondo el azar de los genes le había jugado una mala pasada: jamás habría podido camuflarse entre los cuatrocientos escolares internos de aquel colegio, era presa fácil y recurso socorrido de los profesores y curas que cuidaban de nuestra educación. Retuerto estaba siempre ahí, cantarín y con cara de culpable, tanto de sus propios delitos como de los ajenos, aunque en la mayoría de las ocasiones ni siquiera sabía en qué habían consistido.

Le recuerdo de pie en el rincón, o leyendo versículos del Apocalipsis mientras todos sus compañeros engullíamos los potajes presintiendo el fin del mundo temerosos de Dios. Retuerto invocaba mejor que nadie los designios del Señor sobre el fin de los mortales y ponía un acento magistral cuando leía una y otra vez aquello de: «Y cuando abrió el quinto sello, vi al pie del altar las almas de los que habían sido degollados por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que mantenían. Y clamaron a grandes voces: “¿Hasta cuándo, ¡oh!, Señor, Tú, el Santo y Verdadero, no harás justicia y vengarás nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra?”».

Disfrutaba cumpliendo aquel castigo, y a fuerza de repetirlo había adquirido un arte magistral en la escenificación de las profecías más catastróficas del Nuevo Testamento. Todos enmudecíamos, los cuatrocientos de aquel comedor, y nuestras cucharas dejaban de sonar contra el plato cuando Iñaki, parsimonioso y midiendo cruelmente su respiración, dejaba inconclusa alguna frase. Sobre todo cuando se acercaba a aquellos fatídicos versículos en los que sentenciaba: «Y vi los muertos, los grandes y los pequeños, que estaban de pie delante del trono, y se abrieron los libros; y otro libro se abrió, el de la vida; y fueron juzgados los muertos por lo que estaba escrito en los libros, conforme a sus obras».

Aquella habilidad suscitó en mí una profunda admiración hacia el Zanahoria, apodo por el que los más veteranos del colegio, e incluso algún que otro hermano, llamaban a Retuerto.

El Zanahoria fue mi primer compañero de pupitre y también el único que aquel día de mi llegada me tendió la mano. Recuerdo que en el patio me preguntó por qué me incorporaba a Tudela en el mes de enero. «Da igual, no tiene importancia», fue la única respuesta que le di en aquel momento, porque no tenía la menor intención de destapar ante un perfecto desconocido las razones de mi exilio familiar. Pero Retuerto no cejó en su empeño por saber qué narices hacía yo en el colegio a aquellas alturas del curso.

En los monólogos que me dedicó en acoso a mi silencio me contó que era de San Sebastián, que su padre era dentista y que toda su familia había intervenido activamente junto al

general Zumalacárregui contra los liberales de Espartero. Según él, los Retuerto eran una de las pocas familias de Guipúzcoa que podían mostrar tres grandes cruces postumas a comandantes caídos en la Batalla de Luchana, cuando los carlistas perdieron toda posibilidad de entrar en Bilbao.

Pero al margen de la política, por la que en el fondo no sentía el menor interés, Retuerto era un gran soñador. Su mirada y su pensamiento no tardaban en volar muy lejos. Siempre parecía estar recordando, proyectando o tal vez maquinando algún secreto que solo él conocía. Esto le confería un halo muy especial, que combinaba el papel de culpable número uno de todo lo que sucedía en las aulas, en el comedor o en los dormitorios, con una gran suficiencia, una piel muy curtida y sobre todo una enorme personalidad.

Al final me decidí a contarle mi penosa experiencia familiar. Fue un domingo paseando por Tudela, sentados en un banco en la plaza de los Fueros, frente a la pastelería Castro. Él devoraba un pastel de crema y miraba con auténtico descaro a dos señoras ya cuarentonas que hablaban sentadas a pocos metros de distancia.

–Me han echado de casa. Mi padre me ha echado de casa.

No me prestó atención. Siguió mirando fijamente a aquellas dos damas. En cuanto estas repararon en su mirada, el Zanahoria movió lascivamente la lengua, como si estuviera haciendo un cunilingus. El gesto de espanto de una de ellas y la aparición en escena de dos hombres ya maduros, muy

posiblemente sus maridos, nos dieron el aviso de que había que salir por piernas.

–Corre, que nos hostian –fue su única respuesta a mi confidencia.

No paramos hasta llegar a las puertas del colegio, tras haber perdido de vista a los dos enfurecidos esposos, que no acababan de entender cómo los estudiantes de aquel colegio, tan pulcros y uniformados, podían ser tan irrespetuosos y groseros con sus señoras. Retuerto, ya en el patio, empezó a mostrar interés por mi confidencia.

–¿Y por qué te han echado de casa?

Se lo conté. Le expliqué lo de mi viaje con la Cinta a Santurce, lo de la muerte de Juan, el marido de la Herme, lo del cabrón anarquista, la bofetada de mi padre, la visita del tío Carmelo y la decisión de alejarme de Bilbao.

–Y la Cinta esa ¿estaba buena? –me preguntó.

–No digas chorradas –contesté.

Sin duda me puse rojo como un tomate, porque Retuerto mostró una sonrisa de oreja a oreja y me dio una palmada en la espalda diciéndome:

–Vaya con Ramoncito. Bueno, bueno. Ya me contarás, hombre.

Desde ese momento Retuerto se convirtió en mi mejor amigo.

Horas después de haber vuelto de la plaza de los Fueros, el director nos llamó a su despacho. Nos sentamos en un banco junto a la puerta y esperamos. En el interior se oían voces de hombres, algunas de ellas muy alteradas. Casi me da un pasmo: eran los dos individuos que nos habían perseguido. Una vez dentro del despacho, los dos hombres nos lanzaron una mirada cruel, vengativa y muy satisfecha. La audacia del Zanahoria amenazaba con llevarnos a la ruina, especialmente a mí, cuando solo hacía un par de semanas que había salido de Bilbao. Pero Retuerto mantenía un rictus de ironía en su boca, y sus ojos denotaban que todo aquello no le impresionaba lo más mínimo.

El castigo fue duro. No nos permitieron salir del colegio en un mes y tuvimos que redactar una carta de disculpa a aquellas dos señoras.

Se informó a nuestras familias, y un día después recibí una llamada de mi tío Carmelo, que me reprochaba mi conducta. «Me ha dicho el director que vas mucho con Retuerto. Ten cuidado. Ese chaval debe de estar tan loco como su padre y su abuelo. No es buena compañía». Esa advertencia fue la confirmación de que iba por buen camino. Si el hermano de mi madre quería apartarme del Zanahoria, sin duda el Zanahoria merecía la pena. No obstante, al tío Carmelo siempre tuve que agradecerle que no mencionara el incidente, que lo guardara para sí como si de un secreto de confesión se tratara. No quiero ni pensar qué giros podría haber dado mi vida si el

episodio de las señoras de la plaza de los Fueros hubiera llegado a oídos de mi padre.

Aquel castigo me unió todavía más a Iñaki; tanto, que decidí contarle con toda suerte de detalles mis dos grandes secretos, mi «experiencia» con la Cinta y el descubrimiento de la revolución obrera, de la lucha de clases. Y lo cierto es que aquella conversación, la primera que mantuvimos en nuestros encierros dominicales, dejó bastante boquiabierto a Retuerto.

«Tú eres un claro ejemplo de lo que decía mi abuelo sobre las ciudades industriales. Han sido el final de la vida tradicional vasca, del poder de lo rural, de la convivencia feudal que garantizaban los jauntxos. ¿Sabes, Ramón? Los padres de la Revolución Industrial, incluido ese Benjamín Franklin del pararrayos, son los tíos más nefastos con que nos ha obsequiado la historia».

Pese a estar inmerso en ella, nunca había oído al aita hablar de la Revolución Industrial, y me costaba aceptar que Bilbao, sus minas, sus fundiciones y sus arrabales pudieran ser consecuencia del invento o de las teorías de un solo señor. En mis momentos de mayor confusión había llegado a pensar que todos aquellos símbolos de la modernidad eran simplemente obra de la necedad humana, de la falta de reflexión de los individuos, pero no se me había pasado por la cabeza la idea de que la historia pudiera ofrecer claves tan trascendentales como la que acababa de mencionar Retuerto.

Lo de la Cinta, su amable despedida antes de volver a Bribiesca, dejó boquiabierto a mi amigo. «Qué cabroncete,

pero qué cabroncete eres». No había noche en que no me sacara el tema y en que, en la oscuridad del dormitorio, no me preguntara cómo eran de grandes las tetas de la criada de mis padres. Siempre acababa diciéndome, no sin cierta amargura, que él se la había cascado muchas veces, pero que no había tenido la suerte de que una mujer hiciera aquel estupendo ejercicio manual por él. Una noche llegó a confiarme que, desde que le había contado todo aquello, no había día en que no se le pusiera dura. Una mañana me confió que había decidido superar aquella asignatura pendiente con una chica de Eibar que cada verano iba de vacaciones a casa de su abuela, vecina de rellano de los Retuerto. «Seguro que Begoña me la pela si la llevo a pasear una noche por la Zurrióla».

A partir de entonces el Zanahoria comenzó a confiarme también sus radiantes imaginaciones, sus historias y fantasías. Había dibujado en su cabeza un mundo completo, alternativo al que vivíamos, en el que las historias reales de sus antepasados se mezclaban con otras que fluían de su cabeza sobre la marcha, con magistral improvisación.

Mi amigo insistía también de forma casi obsesiva en la necesidad de que la sociedad vasca mantuviera su perfil rural y marinero, lejos del progreso industrial. Basaba esta teoría en los más variados argumentos, entre ellos el sanitario. Me decía –y yo me lo creía– que la tisis, la tuberculosis y las enfermedades venéreas nunca hubieran llegado al País Vasco de no ser por las grandes concentraciones urbanas. Pensaba que aún estábamos a tiempo de dar marcha atrás, aunque solo fuera por razones puramente sanitarias.

El Zanahoria me instaba a que repudiara también yo el orden industrial establecido. Un día me propuso que me sumara a su gran proyecto personal: ser navegante, fletar un barco y vivir del cabotaje. «Mira, Ramontxu, en la vida es muy importante llegar a viejo sabiendo que has hecho lo que realmente te ha apetecido. Yo lo tengo muy claro y necesito un segundo de a bordo como tú». La verdad es que no respondí a aquella invitación.

Pero lo que más le gustaba a Retuerto era hablarme de Antxaundi, la casa que su abuelo había comprado a los Antxa, una familia liberal que tuvo que emigrar a América tras la última guerra carlista. Aún recuerdo aquel relato, palabra más, palabra menos:

«Candidatos nunca le faltaron a Antxaundi. Cuando mi abuelo Javier la compró, tenía muchos pretendientes en el pueblo. En su origen había sido la casa de los indianos de Elizondo que más fortuna habían hecho en Cuba. En Antxaundi habían tenido lugar las más apasionadas historias que la gente del pueblo recordara. Amaya, la casera que cuidaba todo el año de la finca, conseguía atraer nuestra atención con narraciones que no nos dejaban dormir en las primeras noches de vacaciones. Siempre acabábamos pidiéndole que nos relatará “la maldición de La Habana” junto a los fogones de la cocina, mientras los aitas y sus invitados hacían tertulia después del café en la sala de la chimenea.

»Amaya nos contaba que en Antxaundi aún deambulaba el espíritu de Angustias, la caribeña que se había enamorado del joven Aitor Antxa, que huyó de La Habana la víspera de su boda

porque estaba ya casado en Elizondo. No le contó a nadie aquella aventura suya en Cuba, pero años más tarde apareció misteriosamente colgado del techo de las caballerizas. Su muerte fue consecuencia de la maldición cubana que la familia de Angustias había lanzado cuando esta, tras haber sido abandonada, murió de languidez. Un mes después falleció su hijo menor, José Miguel, por causas desconocidas, y María Teresa, su mujer, tuvo que ser internada en el psiquiátrico de San Sebastián por su conducta errática y obsesiva».

El Zanahoria me contaba que todo aquello había sido el castigo por la deslealtad de Aitor, y que no le cabía la menor duda de que el causante había sido el espíritu de Angustias, que había decidido quedarse en Elizondo para velar a su ingrato amado.

Este relato me sobrecogía. El propio Retuerto reconocía que rezaba con gran devoción por las almas de Aitor, María Teresa, José Miguel y, por si las moscas, también por la de la despechada cubana.

Pero Aitor Antxa, pese a su vida agitada y turbia, era también un ídolo para Iñaki Retuerto. En torno a su figura giraban buena parte de sus soliloquios cuando, paseando por Tudela, se planteaba su futuro. Aitor Antxa había sido audaz, había roto las ataduras familiares, las obligaciones sociales, y había viajado a América con una mano delante y otra detrás. Era precisamente eso lo que Retuerto quería hacer en su barco de cabotaje, de cuya tripulación me había invitado a formar parte.

Yo le escuchaba incrédulo, pero con admiración. Para mí era evidente que mi amigo tenía muy pocas posibilidades de cumplir sus proyectos, aunque también era consciente de que todo aquel mundo fantástico se cimentaba en una auténtica libertad intelectual. Era mucho más libre que yo, como mínimo de pensamiento.

Las normas del colegio dictaban que una vez al mes los alumnos debíamos acudir a la celda del padre Sebastián a confesarnos. Aquel cura era un hombre de elevada estatura, de aire misterioso, sin más labor aparente que la de hurgar en las debilidades de los escolares. En su celda nosotros debíamos destapar el tarro de nuestras inmundicias y ofensas al Señor.

El Zanahoria me había advertido de los peligros que me acechaban en aquella limpieza espiritual: «Es maricón, Ramontxu, es un rematado maricón que intentará meterte mano porque eres nuevo y se cree con derecho a catarnos a todos».

Hasta ese momento nadie me había hablado de la homosexualidad. En mi inexperta cabeza los maricones eran seres irreales sobre los que nunca me había detenido a pensar. En casa sencillamente no existían, ni siquiera para descalificarlos. No había conocido a nadie cuyo perfil tuviera la menor semejanza con el que Retuerto acababa de evocar para describir al padre Sebastián.

La advertencia de mi amigo me heló la sangre. No entendía cómo alguien que no fuera la Cinta podía echarme mano a la entrepierna.

Aquella tarde el padre Sebastián tenía efectivamente un objetivo: yo. Fui perfectamente consciente de ello ya a mediodía, cuando en el comedor se acercó hasta mi mesa y me recordó al oído que me esperaba por la tarde en su despacho: «Supongo que tendremos mucho de lo que hablar».

Fue una tarde terrorífica. Yo era el segundo del grupo que debía entrar a confesarse, detrás de Arancibia, un chaval de Tolosa. Retuerto ocupaba un lugar entre los últimos y esperaba sentado en uno de los bancos del pasillo. Yo sudaba a mares, presa del pánico, impotente ante lo que me esperaba en cuanto el primer pecador hubiera pasado revista moral con aquel cura tan amante de los niños.

«Tú, Ramón, dice el padre Sebastián que pases».

La celda estaba atestada de libros. Había una mesa de trabajo arrimada a la pared. El padre Sebastián estaba sentado junto a la ventana, en una gran butaca orejuda forrada de terciopelo que tenía un aire arzobispal. A primera vista aquel butacón parecía una peana lustrada, como las que sustentan buena parte del santoral y de las advocaciones marianas, y que a menudo tienen más valor que las imágenes que sostienen. Su sotana dejaba al aire sus pantorrillas peludas. Llevaba unos calcetines marrones descoloridos y unos zapatos negros de piel desgastados, mustios como el papel mojado.

Me guió con la mirada hasta la silla de los pecadores, una silla mucho más espartana, de madera y cuero, situada frente a él. Me senté y, en un acto reflejo, junté las piernas y me cubrí las rodillas con las manos. «¡Dios!, nunca voy a librarme de

estos malditos pantalones cortos. Si mi madre supiera lo bien que me vendrían ahora...». Eso fue lo que pensé cuando el padre Sebastián, tras repasarme con su mirada desde los tobillos hasta la coronilla, comenzó a caminar alrededor de mí inquiriendo:

–A ver, Ayestarán, ¿ha hecho usted acto de contrición?

Le respondí afirmativamente con un movimiento de cabeza.

–Pues empiece.

Debieron de pasar un par de minutos, que a mí me parecieron siglos, en los que el ruido de sus pasos sobre las baldosas de cerámica ahogaba el tictac del reloj de péndulo de aquella habitación. Entre taconazo y taconazo del padre Sebastián mi ansiedad aumentó hasta niveles insoportables, y me quedé tan bloqueado que no fui capaz de pronunciar una sola palabra.

Recibí una colleja en el cogote, de las que escuecen. Fue una colleja imprevista, seguida de gritos.

–¡Hable! ¿Cree que soy tonto? ¿Cree que yendo con Retuerto puede usted ser un hombre sin pecado? ¿Se ha confesado de lo de la plaza de los Fueros? ¿Por qué ha llegado al colegio en enero? ¿Qué pasó en Bilbao?

El terror y la rabia libraban una auténtica batalla en mi interior. Debía responder algo a aquel hombre, y no se me ocurrió otra cosa que rememorar mi último enfrentamiento verbal con mi padre.

–Estoy aquí porque pienso que los anarquistas no son unos cabrones.

Eso fue lo que le dije. Su respuesta fue una monumental bofetada que casi me tira al suelo.

–Sexo. Hábleme usted del sexto mandamiento.

Para entonces ya me había cogido de la pierna derecha, sobre la rodilla, y comenzaba a subirla hacia el pantalón.

–Ayestarán, ¿y de sexo qué?

Le dije a gritos que no me tocara, pero aquel hombre no me soltó. Parecía decidido a consumir una vez más la penitencia que, en su propio beneficio, solía imponer a los alumnos.

No lo pude evitar. Fue como en Bilbao, ante mi padre, la noche en que había muerto el marido de la Herme. Grité:

–¡Maricón, no me toques, maricón!

Mis gritos hicieron que el Zanahoria irrumpiera en la celda e increpara al padre Sebastián para que me soltara. El confesor ya había perdido las formas, era como un búfalo ciego. Corrió hacia Retuerto, que, echándose a un lado y estirando estratégicamente la pierna, provocó que el cura se estampara contra la librería y acabara conmocionado bajo la lluvia de libros que cayó de las estanterías. El se quedó inmóvil, y nosotros, mudos de pánico, sin saber hacia dónde tirar. El padre José Miguel entró y nos ordenó que fuéramos al

dormitorio. Allí pasamos el resto del día, hasta que a media tarde fuimos llamados a dirección.

Retuerto me repitió una y otra vez que no me preocupara, que iba a ser él quien recibiera el castigo por lo ocurrido, que de aquella nadie podía librarle. «Siempre me han tenido muchas ganas, por mi forma de ser, por no agachar la cabeza y sobre todo por ser hijo de mi padre y nieto de mi abuelo. Todos ellos, todos esos curas, se han acabado vendiendo a los liberales de las grandes ciudades. Solo les interesa el dinero».

Y así fue. A mí me hicieron esperar en una sala, pero el Zanahoria pasó directamente al despacho del director. Durante unos minutos sus voces me llegaban lejanas. Después oí la voz de Retuerto, más grave que nunca, gritando: «Maricones y miserables, eso es lo que son todos ustedes». Golpes, forcejeos y un portazo final antecedieron a unos minutos de silencio, previos a mi entrada en el despacho.

Los tres, porque al padre José Antonio y al padre Sebastián se había unido mi tío Carmelo, me sonrieron amablemente. El padre José Antonio me pidió que me sentara. El hermano de mi madre fue el que llevó la voz cantante durante toda la reunión. Expresó el agradecimiento que mis padres y él mismo debían a sus compañeros de orden por haberles alertado de las malas compañías que me acechaban en el colegio. En ningún momento mencionaron a Retuerto, como si hubiera dejado de existir, ni la confesión, ni el acoso sexual al que me había visto sometido. Únicamente me notificaron que el director del colegio, el padre José Antonio, sería a partir de aquel día mi padre espiritual. Cuando menos me consoló pensar que mi tío

Carmelo se había hecho una idea de lo que realmente había sucedido.

Salí acompañado de mi tío, quien, en la puerta del colegio, antes de subir al coche, volvió a recordarme el lugar que tanto mis padres como él creían que me correspondía en el mundo. «Ramontxu, no te convienen esas compañías. Conozco muy bien a los Retuerto. Están todos locos. Su historia familiar es lamentable. No te dejes deslumbrar. La vida real es de otra manera. Como ellos la plantean es totalmente imposible».

Encontré a Iñaki Retuerto preparando su baúl desordenadamente, dejando caer en su interior cuanto había en su mesilla, su armario y sus estanterías. No me miró cuando llegué.

«Te has salvado, ¿verdad?».

No supe qué decirle. Aquella tarde sería la última que pasaría en el colegio. Nuestra breve pero intensa convivencia había llegado a su fin. Al día siguiente, día de san José, su padre vendría a buscarle desde San Sebastián.

Mi amigo se tumbó boca arriba en su cama y ni siquiera salió de la habitación para bajar a cenar. Fue una cuestión de dignidad personal.

Aquella noche se mantuvo en vigilia, con todas sus pertenencias empaquetadas, sin articular palabra. Yo apenas pude dormir. Lo miraba una y otra vez desde mi cama. Estaba de pie, apoyado en el alféizar de la ventana, mirando a la calle, probablemente tomando decisiones de gran calado sobre su

futuro aventurero. Se mesaba el pelo con las dos manos y suspiraba profundamente. Yo me sentía sucio, consciente de que era solo él quien estaba pagando las consecuencias del escándalo del padre Sebastián. ¿Cómo habían reaccionado en su día todos mis compañeros cuando, como a mí, les había tocado pasar por la piedra de aquel confesor degenerado? Seguramente se lo habían tragado por pragmatismo. Sin duda no habían podido contar con un amigo que saliera a defenderles.

¿Habría hecho yo lo mismo por él? Probablemente no, porque mi silencio ante el tío Carmelo bien podía considerarse una aceptación al respecto del lugar que me correspondía en el mundo. Pensé que seguramente Retuerto tenía mucho menos que perder que yo en aquella diatriba, que en el fondo mi amigo había tenido ocasión de alimentar su autoestima. Quizá por eso aquella noche me sentí infinitamente insignificante.

Serían poco más de las siete de la mañana cuando el hermano que custodiaba la portería avisó a mi amigo. Antes de coger su baúl se acercó a mí, me tendió la mano y me dijo: «Ramontxu, nunca se sabe las vueltas que da la vida. Procura ser feliz, que es lo más importante». Se dio la vuelta y salió del dormitorio. Poco después el sonido del motor dio fe de que el Zanahoria había pasado a formar parte de la historia, para mí de la mitología, del colegio de Tudela.

Su marcha fue todo un acontecimiento en la institución y provocó la más infame cadena de presiones y maledicencias que yo hubiera podido imaginar.

El siguiente año en la ribera fue bastante intrascendente. Fui uno más de los cuarenta chavales que acabamos el bachillerato junto al Ebro y al Quedes, sudando por los calores procedentes de las Bardenas y pelados por el frío que bajaba implacable desde el Pirineo.

Mi tío Carmelo acudía a verme con frecuencia, en alguna ocasión acompañado por mi madre, pero mi padre jamás hizo acto de presencia en mi exilio navarro. No es que no le importara cómo me encontraba, que no le interesara mi progreso escolar. Supongo que simplemente no quería dejar que el olvido minara su autoridad paterna. Mi insolente comportamiento tras el viaje a Santurce había marcado una línea divisoria que era a mí a quien correspondía borrar. Él no tenía prisa. Mientras tanto no tenía que padecer la incomodidad de coincidir cada día conmigo tras regresar de su despacho en Forjas.

En el fondo yo era como un bicho en cuarentena, como un leproso en tratamiento, y mi enfermedad tenía además carácter público, ya que mi marcha de Bilbao me había convertido en comidilla habitual de la gente bien acomodada de la ciudad.

Cuando venía a visitarme, mi madre solía dar largos paseos conmigo, dispuesta a mantener viva la lánguida llama de mis sentimientos familiares. Recuerdo cómo disculpaba a mi padre, cómo justificaba sus preocupaciones por la peligrosa extensión del sindicalismo, cómo minimizaba sus excesos conmigo, que, por lo que pude deducir, ahora practicaba con ella.

En cierta ocasión me preguntó por Retuerto –de joven había conocido a su padre– y por el asunto del padre Sebastián. Un especial pudor, un sentimiento de suciedad y culpabilidad por haber sido mancillado por aquel religioso me impidió contarle la verdad. Preferí dar por buena la versión oficial del tío Carmelo sobre la inconveniencia de mi amistad con el Zanahoria. Lo contrario habría llevado a Bilbao, a mi padre y a saber a cuántos más, la noticia de que a Ramontxu le habían metido mano en Tudela, lo cual era francamente incompatible con mi concepto de virilidad.

Hablábamos del futuro y del papel que yo debía desempeñar en Forjas. Aquellas conversaciones, seguramente sugeridas u ordenadas por mi padre, me parecían una suerte de reválida familiar previa a mi nombramiento formal como Ayestarán III, el heredero y depositario de la gloria familiar. Ante las preguntas de mi madre, tan transparente como poco diplomática, impuse el pragmatismo de mi felicidad, aquel que me había recomendado Retuerto antes de abandonar el colegio el día de san José. Le dije que sí, que también yo seguiría los pasos del abuelo y del aita, que sería el tercer capítulo en la historia de Forjas Ayestarán.

BILBAO, 1922

En aquellos dos últimos años los días que pasé en la casa de la plaza Elíptica fueron contados. Mi madre siempre encontró la manera de evitar que mi padre y yo nos viéramos a solas, ya fuera trasladando el escenario de nuestras coincidencias a la vorágine de la casa de los abuelos en Neguri, ya extendiendo en el calendario nuestras estancias en Plencia, ya enviándome a Londres para practicar un idioma que gracias a sus argucias acabé dominando. Pero no pudo seguir encontrando excusas cuando acabé preuniversitario en Tudela y obtuve una excelente calificación en el examen de Estado en la Universidad de Zaragoza.

El día de san Juan de 1922 llegué a la estación de Abando y vi a mi madre esperándome en el andén. Al abrazarme, su cabeza apenas me llegaba a la barbilla. Tres años atrás, cuando me había marchado de Bilbao, yo aún no alcanzaba la suya.

Descubrí entonces que los tópicos lo son por algo, que la distancia es efectivamente el olvido, que es cierto eso de que ojos que no ven corazón que no siente, porque tras ocupar de nuevo mi habitación, colgar mi ropa y retirar todos aquellos ridículos libros de mi infancia, me dirigí al despacho de mi

padre para satisfacer los ruegos de mi madre, que pretendía que todo volviera a ser como antes.

«¿Como antes? Pero si antes era horrible», recuerdo que me dije con sarcasmo.

Abrí las dos hojas correderas de nogal que separaban aquel aposento del resto de la casa. Los rodamientos sobre los que se deslizaban sonaron como siempre, sobria y ceremoniosamente, tal y como retenía en mi memoria. Siempre había sabido que tras aquel sonido se entraba en un mundo distinto.

En esta ocasión, con diecisiete años a mis espaldas, mis sensaciones no habían cambiado. La única diferencia era que ahora sabía que tras aquellas puertas encontraría a alguien que, además de mantener nuestro lujoso ritmo de vida, había contribuido a que mi madre me trajera al mundo. Mi padre, tal y como me habían explicado en las clases de biología en Tudela, era quien había puesto la semillita dentro de mi madre para que, siempre con la ayuda de Dios, yo viniera a este mundo. Por lo demás, poco de lo que corría por mi cabeza procedía de su semilla. Mis ideas sobre lo que me rodeaba, mis opiniones sobre las cuestiones importantes eran producto de mi propia autoeducación y de las influencias de mis compañeros. De los catorce a los diecisiete años no había mantenido una sola conversación con ellos. Mi tío Carmelo me repetía que mi padre y mi madre me habían enseñado con el ejemplo. ¿Cuáles eran esas virtudes que mis padres me habían propuesto con su silencio? ¿Era eso lo que se esperaba que

hiciera yo con mis hijos, pasearme silencioso para que vieran hasta dónde llegaba mi grandeza?

Mi padre había envejecido. Su pelo era ya algo cano, la barriga le presionaba el chaleco y su nariz era más evidente bajo las gafas.

Como dos años atrás, tampoco en esta ocasión mi padre me miró a los ojos. Mucho menos aún consideró que la ocasión exigía ponerse en pie y dar un abrazo a su único hijo. Se limitó a dirigirme con la mirada a la silla situada frente a él, al otro lado de la mesa, y soltó algo tan gélido como:

–Bueno, y ahora ¿qué planes tienes?

Le miré a los ojos con insolencia; tanta, que su mirada no pudo sostener la mía más que unos pocos segundos y acabó refugiándose en unos papeles que a buen seguro no leyó. Me levanté, le di la espalda y mientras volvía a correr las puertas pronuncié una sola palabra:

–Deusto.

A partir de aquel momento inicié la gran farsa de mi vida, una escena continuada que me enseñó que es posible aceptarlo casi todo cuando lo que está en juego es tu propio futuro. Aunque lo cierto es que no me costó demasiado. Aquellos cinco años en la Facultad de Derecho me permitieron descubrir que lo mío era una nimiedad frente a la gran escena que se desarrollaba a mi alrededor. En alguna ocasión me preguntaba si era un cínico, pero me parecía poca cosa en comparación con todos ellos. Bueno, casi todos.

En Tudela, entre otras muchas teorías, nos habían hablado de la importancia de cumplir los preceptos que la religión católica imponía a sus siervos para ganarse el cielo. La santificación de las fiestas, el ayuno, la abstinencia, los mandamientos –con especial ahínco en el sexto, claro está– y la exaltación de las virtudes teologales eran, como ocurría en todos los colegios religiosos, el gran legado con el que se consideraba que estábamos moralmente preparados para iniciarnos en la vida.

Nos habían enseñado todo aquello pese a que los curas sabían perfectamente –las inmundicias humanas les llegaban como mínimo a través del confesionario– que la realidad era muy distinta no solo entre aquellos cuyos pecados eran públicos, sino también entre los socialmente considerados ciudadanos ejemplares.

«Ya lo descubrirán ellos mismos, como hicieron sus padres y sus abuelos», debían de pensar aquellos curas al vernos partir hacia un futuro rebotante de gloriosos proyectos. Y tenían razón. En mi caso no tuvo que pasar mucho tiempo para que la otra moral, la real, apareciera ante mí, lo cual abonó mi rebeldía y mi escepticismo.

Empecé a fijarme en multitud de contradicciones, como por ejemplo que la indiferencia pudiera mantener unidas a dos personas. Observaba a mi tío Javier y a mi tía Begoña entrar en la casa de mi abuelo y salir de ella sin haber cruzado una palabra, una simple mirada. Los ojos de mi tío se limitaban a repasar minuciosamente el culo de las camareras de la casa.

Lo de mi tío Javier era vox populi; tanto, que, como después descubrí, en alguno de los tugurios locales le llamaban Tarzán. Aquella reputación formaba parte de la rica bolsa de conocimientos sobre las inmundicias de la ciudad que José Miguel Azcoitia, compañero de Deusto e hijo del editor de *La Ría*, divulgaba en el bar de la escuela a partir de la tercera ronda de potes.

«Tu tío es un putero. Créeme, Ramón, es de los que solo se le levanta con las putas, por eso no tiene hijos», me decía.

Alguna vez intenté sacar el tema con mi madre, pero no hubo manera. En ella pesaba como una losa el sometimiento a los silencios protectores de la clase social de la que había pasado a formar parte al unirse en matrimonio con un Ayestarán. La doble moral debía sobrevivir. En eso parecían estar todos de acuerdo.

Lo pude comprobar cuando, en un nuevo capítulo de mi audaz independencia, me dispuse a cruzar la puerta de lo prohibido. Un miércoles por la tarde acepté acompañar a José Miguel Azcoitia para ver por mí mismo cómo se las gastaban los prohombres de la decencia bilbaína en las dos aceras tórridas de la calle de las Cortes. Años antes me habría resultado imposible aceptar ese supuesto, me habría parecido más propio de la sordidez de los relatos sobre los bajos fondos de Londres o Nueva York.

Me llevó a una taberna, Casa Blas, «el único tugurio decente de la zona», según decía su propietario. En Casa Blas, donde las putas no podían siquiera merendar, se comían buenas

morcillas de Arceniaga y servían unos huevos con chistorra que levantaban a un muerto.

Azcoitia pensaba, con razón, que la intransigente decencia de Blas, que no admitía pendones ni puteros en su establecimiento, ocultaba un gran oportunismo, ya que desde las mesas que se alineaban frente a la barra se podía distinguir bastante bien a los discretos visitantes que llegaban a esa calle en taxi, procedentes de los barrios decentes de la ciudad. Era como una barrera al pie del tendido de sombra.

De esos taxis salían hombres que tenían en común el camuflaje de sastrería burguesa bajo el que se escondían, el sombrero neutro, las solapas del abrigo sobre las orejas y un caminar cabizbajo que nada tenía que ver con su habitual altanería cuando se dejaban ver por las pasarelas sociales de la ciudad.

Serían las siete cuando de un Ford negro bajó Javier Ayestarán y, tras pagar al taxista, se metió de un par de zancadas en un oscuro portal del que partían los peldaños de una escalera. Desapareció como una exhalación. José Miguel miró su reloj y me dijo con sorna que aquello iba a ser muy rápido, ya que mi tío despachaba el asunto en un pispás.

Y así fue. Todavía no habíamos acabado el segundo pote cuando volvimos a ver a mi tío en el umbral de la puerta, esperando impaciente a que el taxi, tal y como debía de haber convenido, volviera a recogerle. Habían pasado solo un par de minutos, que a él debieron de parecerle una eternidad, cuando apareció el vehículo, y mi tío se metió en él con el rabo entre

las piernas. En dos maniobras el conductor giró ciento ochenta grados para tomar el camino de vuelta, pero cuando ya se disponía a hacerlo, una de las ruedas chocó contra el bordillo y reventó. El vehículo quedó inmovilizado y su ocupante paralizado, sin atreverse a mover la cara ni a mirar a los curiosos que se detenían unos instantes para observar una incidencia tan poco habitual en aquellos años escasamente motorizados.

Pese a que José Miguel me había aconsejado prudencia, pagué lo que debíamos y me dirigí en solitario hacia la puerta con el ánimo incontenible de pasearme junto a aquel automóvil y observar a su ocupante hasta que no tuviera más remedio que cruzar su mirada con la mía.

No tardó mucho en hacerlo y en padecer el que con toda seguridad fue el mayor sofocón de su vida. Su cara, que por lo general solo reflejaba la necia soberbia que le caracterizaba, se mudó en un breve gesto de pánico, muy pocos segundos después de rabia. Me miró con odio, como si mediante esa ira silenciosa pretendiera convencerme de que más me valía pensar que lo que acababa de ver solo existía en mi imaginación. Debí de seguir mis pasos con los ojos encendidos mientras yo volvía al bar. Aún no los había apartado de mí cuando, tras cerrar la puerta, me volví de nuevo hacia él.

El coche arrancó por fin e inició lentamente su marcha. Mi tío se reclinó en el asiento con un gesto displicente que le permitió recuperarse a sí mismo, investido de nuevo de su ejemplar condición social y moral, de regreso a la gran escena de la que solo salía para dar rienda suelta a sus más bajas pasiones.

Aquella tarde marcó mi futuro tanto como el viaje a Santurce con la Cinta. Fue mi segunda gran contradicción personal. Lo que acababa de presenciar probablemente contribuyó aún más a romper con todo aquello que se suponía debía aceptar por pertenecer a la saga de los Ayestarán. ¿Era mi padre como su hermano Javier?

Desde aquel día me resultó muy difícil mantener la compostura cuando coincidía con mi tío en las reuniones familiares. Aprendí entonces que no era necesario ser ciego para no ver a quienes están a pocos centímetros de tus narices. Al fin y al cabo, tampoco uno se detiene en los objetos intrascendentes con los que se cruza a diario. Mi tío Javier llegó a ser para mí, y él lo notaba perfectamente, como el picaporte de la puerta o el orinal que dejaba debajo de la cama.

Mis padres siempre habían querido que estudiara en Deusto, que formara parte de la lista de jóvenes afortunados que se iniciaban en la vida llevando en sí la impronta de la universidad jesuítica. Así debía ser por tradición. El abuelo Luis había llegado muy lejos tras conseguir entrar en la orla de aquella mágica fábrica de futuros dirigentes. Mi padre había añadido a esa gesta académica un brillante doctorado en derecho internacional. Por lo tanto también yo tenía que superar el listón familiar de los Ayestarán. Así pues, después de graduarme me matricularon en la Universidad de Boston, donde debía cursar dos años de derecho mercantil.

La decisión se tomó tras una comida en la casa de la plaza Elíptica, pocos días después de un rifirrafe sobre el papel que la empresa debía desempeñar en el desarrollo social de Vizcaya.

La relación que mantenía con mi padre había mejorado ligeramente desde que mis notas en la Facultad de Derecho le habían permitido pavonearse en la reunión que los padres pertenecientes al patronato mantenían cada trimestre en aquella escuela universitaria. Ya lo había conseguido. Yo ya despuntaba, como un Ayestarán más, entre los coetáneos de mi casta. Pero pese a esa ligera mejora, lo cierto es que eran muchas las diferencias que todavía nos separaban.

Él siempre se había negado a dialogar sobre la realidad sindical vizcaína, porque entendía que la fuerza de los patronos sobre los obreros de la margen izquierda radicaba precisamente en el silencio y la intransigencia de los primeros. Dialogar, sentarse a negociar, ceder ponían en juego la propia supervivencia de la industria vasca. No se les podía dar cuartel. No se podía ser débil.

Así, resultaba imposible poner sobre la mesa cuestiones que estaban en la calle y que se discutían incluso en las aulas de Deusto. No podría decir en cuántas ocasiones intenté explicarle que el socialismo vasco de Indalecio Prieto se alejaba del radicalismo de Perazagua. Aquel socialismo del que yo le hablaba era el que, a través de la UGT, había acabado imponiendo sus normas en las minas y en la siderurgia.

No me cansaba de repetirle a mi padre que aquella actitud dialogante del dirigente socialista vasco era la que había provocado la escisión del PSOE y la marcha de quienes poco después crearían el Partido Comunista e impulsarían los sindicatos más radicales. El año anterior había sido el más conflictivo en la historia de la margen izquierda, ciento

veinticuatro huelgas, pero todas ellas con un alto control sindical, sin apenas incidentes callejeros. Para mí era la demostración de que los patronos no podían seguir ignorando el movimiento de aquellos sindicatos.

Pero con la aparición de grupos anarquistas la paz estaba llegando a su fin. En Baracaldo la CNT había fundado el Sindicato Único del Arte del Hierro, y sus incursiones y su lucha revolucionaria frente al inmovilismo empresarial habían deteriorado la convivencia interclasista que los ugetistas habían conseguido arañar año tras año en Vizcaya. La semana anterior un atentado había costado la vida al gerente de Altos Hornos, Manuel Gómez, creando una crispación como no se recordaba desde los inicios de la industria.

Acaso en aquella sobremesa la contundencia de la realidad se impuso sobre la prudencia que me había propuesto. En cualquier caso, todo lo que le dije a mi padre salió de lo más profundo de mí.

–No entiendo por qué te empeñas en ser tan intransigente como el abuelo –le dije–. Tu postura no conduce a ningún lado, porque al final, aunque para ti sea una cruz, tendrás que entenderte con la UGT y con el socialismo vasco. Ellos son los únicos que pueden defenderte del anarcosindicalismo. Te guste o no, están ahí, e Indalecio Prieto, te parezca bien o te parezca mal, va a ser uno de los políticos más influyentes no solo en Bilbao, sino también en Madrid.

Dejó de comer y se quedó mirándome con espanto.

–¡Cállate! –me gritó.

–Para ti –continué– lo importante es que los mineros sigan cargando dos toneladas de mineral en sus once horas de jornada laboral y que los empresarios no tengan que pagar de su bolsillo ni una sola peseta para hospitales antituberculosos, pese a que esa enfermedad es consecuencia de las pésimas condiciones higiénicas y de salud, que permiten que las compañías mineras doblen sus beneficios cada año. A ti no te quita el sueño que la esperanza de vida no llegue a los treinta años en los barracones de las bocaminas, o que sea excepcional encontrar a alguien que sepa leer en las barriadas de la margen izquierda. Esos obreros vivían míseramente en sus pueblos de Burgos, Palencia o Soria, cuando el abuelo y todos los que hoy les desprecian, como tú, fueron a buscarles. Pero al menos entonces tenían más dignidad.

Aquellas diferencias demoraron mi incorporación al consejo de administración de Forjas Ayestarán y favorecieron la decisión de prolongar mi formación universitaria durante dos años más en Estados Unidos. Mis padres se agarraron a la esperanza de que en ese tiempo yo acabara madurando. Fue como lo de Tudela, pero cruzando el Atlántico en lugar del Ebro.

Todavía hoy no sabría decir si aquella trascendental discusión fue espontánea y sincera o si, por el contrario, poner el acento amargo en mis opiniones fue una maniobra más o menos inconsciente para eludir mis obligaciones familiares y huir, o al menos aplazar, mi definitivo encuadramiento social. De lo que sí estoy seguro es de que no entrar en el consejo de Forjas y salir además de Bilbao fueron dos perspectivas maravillosas para mí.

En cualquier caso, en Deusto cumplí con éxito lo que se esperaba de mí en el orden académico. Lo hice con un brillante título que mi padre ordenó enmarcar y colgar en la pared de la sala de juntas de Forjas, como testigo de que la saga seguía viva.

A los jesuitas les debo su rigor, su independencia y su apertura al mundo del conocimiento. En su biblioteca y en sus aulas pude presentir aquel carácter inquieto de los grandes patricios bilbaínos que en 1881 encomendaron a la Compañía de Jesús que cubriera el vacío que había dejado la desaparición de la pequeña Universidad de Oñate.

En Deusto coincidí con el hermano Gárate, que desde la portería de la universidad, en la que trabajó cuarenta y un años, logró hacerse un lugar entre los beatos de la Iglesia.

Pero sobre todo en Deusto caló profundamente mi amistad con José Miguel Azcoitia, que, a diferencia de la que había entablado con el Zanahoria en Tudela, fue más real, más de este mundo. José Miguel, como hijo de editor periodístico, me mantuvo al corriente de todo lo que ocurría en el Bilbao de aquellos años, tanto en el orden social, en los partidos y los sindicatos, como en el mundano, en la élite más refinada de la sociedad bilbaína. En las Siete Calles, entre vino y vino, leía para mí en exclusiva muchas noticias que nunca llegaban a aparecer en *La Ría*. Azcoitia me llevó de la mano por la vida real, me mostró cómo era la sociedad en la que tanto él como yo debíamos ocupar un lugar destacado. E intentó, con poco éxito, que diera por válidas las reglas del juego según las cuales

nuestra pertenencia a familias adineradas debía otorgarnos la condición de ganadores antes de haber empezado a jugar.

BOSTON, 1927

En Boston me sentí bien, aunque debo admitir que la mera distancia respecto a Bilbao me habría predispuesto positivamente en cualquier otro destino. Acaso tuvo también su peso lo que mi abuelo Luis me contaba de la capital de Massachusetts, que nunca visitó, pero de cuya historia había sido un gran lector. Al hablar de aquella ciudad se refería siempre a la «magia de los errores», en alusión al inicio en Boston, en 1773, del proceso de independencia de las colonias inglesas en Norteamérica tras la chispa de la reacción popular contra el impuesto sobre el té decidido por el rey Jorge III.

«Fíjate hasta qué punto algo minúsculo puede actuar como mecha de polvorín –me decía– y cómo los buenos gobernantes, como los grandes empresarios, son aquellos que no dejan que la grandeur se interponga entre ellos y los intereses del pueblo».

El padre de mi padre, que desde su jubilación dedicaba buena parte de su tiempo a la reflexión trascendental, podía tener razón en lo que decía, por más que nunca lo aplicara a su

propia vida, y nada o casi nada supiera del pueblo que trabajaba en sus fábricas.

En cualquier caso, aquella ciudad americana de la que partió la consigna independentista, en la que nació la lucha para abolir la esclavitud y floreció la emancipación de la mujer destilaba gran carácter por doquier, en las calles, en la vida del puerto y en el talante de sus gentes. Para mí vivir en Boston y estudiar en Harvard fue pisar fuerte en Estados Unidos.

En Massachusetts me gradué, perdí la virginidad y, días antes de regresar a España, volví a ver a Iñaki Retuerto. Hoy, cuarenta años después, creo sinceramente que estas tres cosas constituyen la esencia de mi aventura americana. En cuanto a mi título universitario, a saber dónde habrá ido a parar. Graciela Brunori, una gaucha que estudiaba medicina y que me enseñó lo que era la desinhibición, regresó a Buenos Aires y se casó con un brigadier de aviación que llegó a ser intendente de la ciudad. E Iñaki Retuerto consiguió deslumbrarme y hacerme sentir de nuevo realmente diminuto.

Fue en el puerto de Boston, mientras apuraba los dos días que me había concedido a mí mismo para acabar de conocer la ciudad antes de regresar a Bilbao. Me proponía reflexionar sobre mi vida futura. Desde la terraza del Mayflower observaba los movimientos del puerto. Pensaba en Forjas Ayestarán y en el puesto que mi padre me tenía reservado en el consejo de administración. Yo era la tercera generación y estaba destinado a ser, al cabo de diez o quince años, el nuevo consejero delegado de la compañía.

En el hotel me habían entregado una carta de mi padre. La había abierto en la habitación. Eran las actas de los últimos seis consejos de administración de Forjas Ayestarán y una nota en la que de forma escueta me pedía que fuera estudiando la trayectoria de la empresa. «Esperamos mucho de ti. No nos defraudes. Recibe un abrazo». Eso era todo lo que tenía que decirme desde mi último viaje a Bilbao, hacía ya siete meses. No me preguntaba nada. Únicamente quería recordarme el retorno que esperaba de la inversión que había realizado en mi formación.

Mi futuro en Forjas iba a situarme ineludiblemente en el meollo social de las Arenas y en relación directa con la «oligarquía bilbaína», como la llamaban los sindicalistas de la fábrica en sus pasquines clandestinos. Faltaban ya pocos días para iniciar aquella marcha hacia la gloria familiar. Nada tendría que hacer para llegar a la meta. Bastaba con no rebelarme.

A mi vuelta me esperaban también los oficios de mi madre y mi tía, que tratarían de enfilarme hacia el matrimonio con alguna de las hijas de las familias socialmente equivalentes a los Ayestarán. Seguramente habrían ya elegido a aquellas con las que debería cenar o pasear por Neguri en cuanto llegase.

Tanto en ese aspecto como en el de mi futuro profesional mi vida sería muy parecida a la de mi padre y a la del tío Javier. Ambos habían recibido un buen pago por su docilidad laboral y habían acabado casándose con dos buenas chavalas de formación religiosa que, como se esperaba de ellas, habían asumido perfectamente su papel de señoras de Ayestarán.

Mi madre y mi tía Begoña encajaban perfectamente en el molde de mujeres aburridas por la rutina y rendidas a su destino, de esas que tanto abundan en el mundo entero, aunque hasta hacía poco me habían parecido genuinas y características de Bilbao. Aunque también había considerado bilbaínos todos aquellos valores que defendían. Pero a aquellas alturas de mi vida, cuando ya había comenzado a descubrir que las cosas no eran exactamente así y que el mundo podía ser incluso mejor más allá de Orduña y Castrourdiales, empezaba a poner en cuestión aquella vida. No quería ser como el aita y el tío Javier.

Me miraba en los rostros de los hombres que entraban y salían de los despachos de los consignatarios del puerto. Algunos de ellos se parecían a los Ayestarán. Caminaban tiesos y miraban un punto situado en el infinito, obviando los detalles y a las personas que los rodeaban. Iban y venían por una especie de ruta de los elegidos, por una pasarela, como levitando, y cuando alguien tropezaba con ellos o algún conocido se cruzaba en su camino, ponían cara de espanto, de una sorpresa mayúscula que les hacía retornar por breves instantes al mundo de los paganos.

¿Quiero ser como ellos? Esta inquietud me había ido embargando a medida que se aproximaban los exámenes de doctorado. Sabía que el reloj corría hacia atrás y que no podría eludir la decisión cuando llegara el momento.

Estaba dándole vueltas a la cuestión cuando un hombre corpulento se sentó casi de espaldas a mí. Pidió una jarra de cerveza grande y se quitó la gorra de marino. Era capitán. Tenía

en las manos un cuaderno con anotaciones que leía de forma discrecional, sin método, hacia adelante y hacia atrás, buscando con aparente ansiedad entre líneas y páginas manuscritas. Sonreía y arrugaba el semblante de forma alternativa, sin disimulo, como arrastrado por la felicidad o por el dramatismo que le provocaba lo que estaba leyendo. De pronto cerró las tapas de aquella encuadernación rústica y sacó de su bolsillo una tabaquera y un librito de papel de fumar.

En un momento dado se volvió y pude ver su cara. Era él, Iñaki Retuerto, el Zanahoria, mi primer amigo, casi diez años después de que las malsanas inclinaciones del padre Sebastián nos separaran. No había vuelto a tener noticias suyas. Nadie en Tudela volvió a mentarle. Llegué incluso a pensar que había muerto o que solo había existido en mi imaginación. Nunca, ni siquiera en el comedor, cuando algún alumno leía el Apocalipsis, la imagen de Retuerto volvió a evocarse entre aquellas paredes. La maldición que le perseguía había alcanzado sus últimas y más crueles consecuencias. Iñaki, el Zanahoria, no solo se había ido, sino que nunca había existido. Nadie salvo yo volvió a acordarse de aquel guipuzcoano que había descubierto las claves del ocaso del País Vasco y sentenciado el progreso industrial implacablemente, sin miramientos.

Aunque su tamaño era muy superior al que recordaba, sus ojos y sus cejas, además de su pelo rojizo, le hacían inconfundible. Era mucho más alto, de espaldas anchas y manos fuertes y curtidas.

–¡Zanahoria!

Me miró, se levantó de la silla, recogió deprisa y cogiendo su tres cuartos, su gorra de capitán, el cuaderno y la jarra de cerveza, se acercó a mi mesa.

–Ramontxu... Eres Ramontxu Ayestarán.

Su sonrisa me transportó a aquel invierno en la ribera. Tenía la misma mirada, la que dibujaba en su cara cuando se plantaba ante los curas del colegio, casi idéntica a la que nos mostraba cuando nos vaticinaba el fin del mundo. Me miró fijamente durante un buen rato.

–¿Te acuerdas de Aitor Antxa?

Aitor, aquel joven de Elizondo que había desatado la venganza de Angustias, la caribeña despechada que había llevado la ruina a la casa solar de los Antxa, seguía siendo su ídolo.

Iñaki había decidido ser aventurero, escribir su biografía desde la heterodoxia social y tener la capacidad de decidir cómo empezaban y cómo acababan todos y cada uno de los capítulos de su vida. Y a tenor del talante que mostraba aquella tarde, parecía estarlo consiguiendo. Se podía leer en sus ojos, en los pliegues de sus párpados y sobre todo en el aplomo de sus palabras, en la seguridad con que hablaba una y otra vez de la grandeza de los mares. Recuerdo que aquella tarde insistía en el fracaso de la navegación moderna y en cómo el vapor era el culpable de que estuvieran desapareciendo las aventuras marineras. Iñaki Retuerto seguía soñando despierto.

–Mira, Ramón, de los astilleros de la ría de Bilbao ya no salen más que cascarones de hierro y acero que rompen olas y mareas sin necesidad de los vientos. Dan mucho dinero, pero ahogan la imaginación de los buenos marineros. Y ninguno de ellos tiene la estampa de La Flamenca. Ella sí que es un barco.

Ante mi perplejidad y mi silencio, buscó entre las hojas de su cuaderno algún párrafo con el que apuntalar sus vehementes convicciones. Pasó las páginas con la decisión de una máquina de contar billetes y enseguida atenuó el ritmo para buscar hoja por hoja las líneas que tanto le interesaban. Me pasó por fin aquella encuadernación rústica y me señaló con un dedo el comienzo de un párrafo.

«Salimos de San Gregorio la tarde del Jueves Santo, después de los oficios, cuando el sol comenzaba a esconderse tras la línea del horizonte y los lugareños seguían la procesión del Dolor. El mar, más rojo que nunca, estaba tranquilo y los peces voladores y las gaviotas aprovechaban la luz que aún les quedaba para saltar y pescar cerca del casco de La Flamenca. Nuestra estela era breve y al desaparecer parecía querer borrar los recuerdos de nuestra última noche en aquel pequeño puerto del Caribe.

»Desde la torre del faro dos guardias nacionales –seguro que no habían acudido a la procesión– gesticulaban y pedían a gritos que volviéramos a puerto para pagar las tasas de amarre. Juan Gómez, mi contramaestre, y yo mismo hacíamos cortes de mangas y agitábamos de forma impúdica nuestros genitales, dando a entender a aquellos agentes del orden en qué medida estábamos dispuestos a acatar su petición.

«Sebastián y Luis, los marineros, lloraban de risa mientras Tomás, el piloto, ordenaba cazar todavía más las velas y cantaba su canción favorita: “Que le den por culo al rey, vivan los estraperlistas, viva Dios, que nunca muere y si muere resucita”. La cantaba una y otra vez, hasta que se le secaba la garganta y paraba para meterse entre pecho y espalda un buen trago de ron de caña.

»No era la primera vez que salíamos por piernas de San Gregorio sin haber pagado las tasas de abrigo. Por eso nuestra goleta, de veinte metros de eslora, tenía una docena de documentaciones distintas y otros tantos rótulos de proa y popa. La nave cambiaba de identidad según nos conviniera. Pero todos los miembros de la tripulación sentíamos especial predilección por La Flamenca, y así la llamábamos en nuestras conversaciones».

Iñaki cerró el cuaderno de golpe riéndose a carcajadas y haciendo grandes aspavientos, lo que nos granjeó las miradas reprobatorias de todos los clientes instalados en aquellos momentos en las mesas de la terraza del Mayflower.

—Mira, Ramón —me dijo—, tienes la misma cara de palurdo que en Tudela y llevas pintado en la frente que perteneces a una de esas familias que han vendido su libertad y enterrado su imaginación a cambio de unos cuantos millones. Cualquiera de mis marineros sabe mucho más de la vida que tú, y su experiencia personal seguramente tiene más valor que todo tu patrimonio. En el fondo, ¿sabes lo que pienso de los tipos como tú? Pues que sois unos desgraciados que pasáis de largo por la vida.

Siguió hablándome de sus navegaciones mientras acariciaba una y otra vez las tapas de su diario. Me dijo que algún día aquellas líneas serían un libro, y que muchas personas, después de leerlo, podrían decidir vivir la vida con audacia y con imaginación en lugar de rendirse al vil metal. El Zanahoria me expuso su personal teoría del dinero. Para él había dos clases de personas en el mundo: los que vivían para amasar dinero, sentirse ricos y aburrirse, y los que simplemente lo buscaban para divertirse. Y entre los últimos, evidentemente, estaba él.

Entre jarra y jarra me introdujo en la gran aventura de su vida, alternando los recuerdos que brotaban de su cabeza con la nostalgia que se desprendía de su diario. Narraba con espléndida lucidez su propia biografía y, a pesar del alcohol, conseguía dar a su historia un gran atractivo.

Tras marcharse de Tudela había acabado el bachillerato en el instituto de San Sebastián, y de allí se fue a Bilbao, donde comenzó a estudiar en la Escuela de Marina Mercante. No había pasado de segundo, ya que el cálculo y el derecho internacional, entre otras materias, se interpusieron en su camino. Así que había decidido ir por la vida caminando por la calle de en medio. Se había ido a Panamá.

Para situarme en Panamá voló entre las hojas de su cuaderno.

—Mira, Ramón, seguro que en tu puta vida irás a Panamá.

Yo sí he estado, he paseado por el puerto de Colón, en la costa atlántica, y he comprado allí mi título de marino. A mí, ni los curas, ni los capullos de la Escuela de Marina Mercante, ni

nadie podían impedirme conseguir lo único que he querido en la vida: ¡vivirla!

Había escrito todas sus impresiones en aquel cuaderno, que siempre llevaba consigo, sin quitarle ojo, como si le fuera la vida en ello. Él, su barco, su gorra de capitán y su diario eran una sola cosa.

«El Bodeguín es el punto de reunión más cosmopolita de Colón. Allí van a parar los capitanes de los vapores que atraviesan el canal en busca de las rutas más cortas hacia el norte, los consignatarios de la zona franca del puerto, los oficiales de mayor rango de la Guardia Nacional y, entre otros muchos, la mayoría de aquellos que en la ciudad deciden cosas importantes, siempre relacionadas con el dinero».

El Zanahoria solo me dejaba entrever ráfagas de aquel diario. Parecía querer deslumbrarme, poner en evidencia que él, además de haber vivido la vida, no como yo, se había decidido a escribirla.

—Algún día alguien podrá saber qué hice en este mundo, y dentro de tres o cuatro generaciones, cuando los dos estemos criando malvas, yo seguiré existiendo en el rincón de alguna biblioteca, mientras que a ti solo te recordarán tus nietos, que se pulirán toda la pasta que tu padre, tú y tus hijos amasasteis de forma gris, sin la menor pasión. Ramontxu, ¡no sabes lo que te estás perdiendo!

A duras penas pudo ponerse en pie. Avanzó dando tumbos hasta el muelle, donde dos marineros le tomaron por los

sobacos y le ayudaron a subir por la pasarela de una imponente goleta amarrada a la dársena.

La última cerveza me había despertado una acidez de estómago de nivel cercano a la náusea, y la cajetilla larga de cigarrillos que me había fumado durante el día había contribuido a ese horrible sabor que me invadía la boca. No sabía si vomitar o tomarme otra copa. Saqué unas monedas, pagué y me marché. Las calles estaban impregnadas de la humedad del puerto, y en el ambiente se mezclaban los confusos aromas de las sentinas de los cargueros amarrados a los diques, las sacas de cereal descargadas en los muelles y el agua de mar.

Las palabras del Zanahoria, el mero hecho de verlo me habían turbado y aumentaban la presión interior que sentía desde que había acabado mis estudios de posgrado en Boston y me disponía a regresar a Bilbao para responder a la llamada de mi trascendental destino industrial y social.

Retuerto debía de pertenecer a otra raza. O acaso el que pertenecía a otra raza era yo. Él hablaba, se movía, se reía con gran libertad y parecía realmente feliz. Sentía una profunda envidia y me preguntaba por qué yo no había podido ser como él. Con aquella frustración a cuestas me dirigí hacia el hotel fijando mi atención en los rostros de las personas que encontraba en mi camino. En un ejercicio heterodoxo de psicología llegué a la conclusión de que podía dividirlos en dos grandes grupos: los sonrientes y los serios. Aquella peculiar investigación me hizo llegar a la conclusión de que, al menos en Boston, los rostros de los segundos, los taciturnos, coincidían

con los mejor vestidos y los que parecían pertenecer a una clase social más alta. Las risas, las miradas intencionadas, el galanteo, la gracia y la chispa parecían propios de los más sencillos, de la gente corriente.

Al llegar al recibidor del hotel me planteé que acaso la suya era la vida auténtica, y que la nuestra, la de los adinerados, quizá no fuera más que una gran farsa en la que la fortuna y la hipocresía hacen de sordina para desfigurar la realidad de las cosas y ocultarnos la sonrisa de lo más mundano y vulgar. Probablemente el Zanahoria tenía razón: me estaba perdiendo algo realmente importante.

Poco después, tras haberme duchado, volví a la calle y me dirigí de nuevo al puerto. La terraza del Mayflower estaba ya desierta y un par de camareros apilaban las sillas junto a la puerta principal. Alguien echaba el cierre a las contraventanas y colocaba el cartel que recordaba a los visitantes desorientados que aquel establecimiento, como los de su clase en Boston, no volvería a abrir hasta las siete de la tarde, la hora en que los mejores marinos, como si de murciélagos se tratara, deciden hacer una incursión fuera de sus navios.

Al fondo La Flamenca parecía dormida y ni una sola luz traspasaba los ojos de buey de sus camarotes. La pasarela estaba izada por encima de mi cabeza, y un enorme perro, un gran danés, acababa de avisar a los curiosos que la tripulación del barco no quería ser molestada en aquel momento.

Tomé un papel del bolsillo de mi chaqueta y escribí unas líneas: «A la atención del capitán: Iñaki, me gustaría invitarte a

unas cervezas hoy, a las siete, en el Mayflower». Doblé el mensaje y lo incrusté en una de las ranuras circulares de la pasarela para que cuando la hicieran descender hasta el muelle pudieran verlo. Cuando me alejaba, el perro gruñía y arañaba la tabla intentando alcanzar aquel objeto extraño.

Después del paseo y de un caldo que me sirvieron en el bar de la aduana, mi estómago me permitió pasar el resto de la noche y buena parte de la mañana siguiente durmiendo. Creo que si no llega a ser por el servicio de habitaciones, habría dado una vuelta completa a las agujas del reloj. Me despertó un botones que me traía en una bandeja de plata un telegrama de España.

Lo cogí y cerré la puerta sin darle propina, porque en aquel estado de somnolencia me sentía incapaz de ponerme a buscar alguna moneda en los bolsillos de mi chaqueta.

«Urge vuelvas a Bilbao. Aita muy enfermo. Javier Ayestarán». El laconismo del mensaje de mi tío presagiaba que mi padre debía de estar muy grave, si es que aún estaba vivo. No me demoré lo más mínimo. Una hora después viajaba en tren hacia Nueva York, desde donde tomaría rumbo a Londres.

Al dejar atrás Manhattan recordé a Iñaki y el encuentro que más o menos a aquella misma hora le había propuesto en mi nota. No asistir a aquella cita me producía un enorme desasosiego, lo que, unido al imprevisible futuro que me esperaba en Bilbao, hacía que me sintiera el epicentro de un mundo decepcionante.

Una semana después, cuando el barco hacía sonar su sirena muy cerca del Abra, un marinero llamó repetidas veces a mi puerta para advertirme que en media hora amarraríamos en el muelle de Bilbao.

BILBAO, 1929

Mi actitud ante la muerte de mi padre disparó las alarmas. Siempre había imaginado que reaccionaría más o menos como cualquier persona que pasaba por un trance así, que sentiría ese vacío, ese dolor, esa suerte de vértigo que suele asaltar a los más allegados a los difuntos.

Pero en mi caso no ocurrió así. Aunque estaba preocupado por lo afectada que parecía mi madre, lo cierto es que nadie podía pensar que yo era una persona invadida por la congoja.

En eso iba pensando mientras nos dirigíamos en coche a San Vicente, donde el tío Carmelo oficiaría el funeral. Mi padre llevaba ya dos semanas enterrado en el cementerio de Sondica, donde los Ayestarán habían construido el panteón familiar. Mi madre y yo solo cruzamos miradas, ni una sola palabra, aunque ella debió de deducir por mi semblante qué estaba pasando por mi cabeza. Seguramente por eso no me quitó ojo en ningún momento, pese a los abrazos y las cabezadas de aquella larga fila de amigos, conocidos y compungidos anónimos que querían dejarnos patente su dolor por la pérdida. San Vicente

registraba uno de esos llenos que solo los grandes benefactores alcanzan cuando se marchan de este mundo.

El distanciamiento creciente con mi padre durante mi adolescencia, mi exilio en Tudela y la diferente visión que ambos teníamos de la vida eran las causas de que incluso el dolor tuviera para mí tintes distintos. Todo aquello que me rodeaba, el luto, el incienso, aquella concentración de personajes de la vida bilbaína, me resultaba realmente lejano y extraño. Si mi padre había muerto y yo no sentía el abatimiento que cabía esperar en aquellas circunstancias, debía de ser porque yo era efectivamente distinto a ellos. Pienso ahora que lo que en realidad me ocurría era que mi sensibilidad estaba bastante cauterizada.

Entre cabezada y cabezada de aquella cola de conocidos y desconocidos mi madre hizo un paréntesis para preguntarme qué me pasaba: «¿Por qué pones esa cara? Parece que te estás riendo de toda esta gente».

Cuando llegué a casa, después de haber tomado un par de copas en la Bilbaína, mi madre y el tío Carmelo me estaban esperando. Sus caras eran largas y tremendamente circunstanciales, de funeral, como tocaba, pero mostraban también cierta indignación. O al revés. La verdad es que no sabría decir qué pesaba más en sus rostros, si la resaca de las exequias o el cabreo que tenían por haber yo quebrantado las normas del luto. Lo que sin embargo he acabado aceptando con el paso de los años es que mi comportamiento aquel día, al menos por ellos dos, debería haber guardado un poco las apariencias.

Mi madre, la pobre, se había pasado la vida aguantando el aburrimiento de los Ayestarán. La influencia de todos ellos sobre su carácter había acabado siendo demoledora, hasta el punto de convertirse, con el paso de los años, en un sujeto pasivo condicionado al boato, al rito y a la prosopopeya de su familia política.

Julia, una criada que trabajaba en casa y que antes lo había hecho en casa de mis abuelos maternos, solía contarme en el cuarto de plancha que mi madre había sido la chica más divertida de la familia Menchaca, y que en las fiestas de Plencia había auténtica cola para bailar con ella.

Su boda con mi padre hizo que todo cambiara. La pertenencia a una de las familias más influyentes y adineradas de la ciudad la alejó de las diversiones más vulgares pero sabrosas de la vida. Desapareció del mundo al que hasta entonces había pertenecido e irrumpió en un círculo en el que casi todo se regía por la apariencia. Carmen Menchaca, señora de Jesús Ayestarán, tuvo que olvidarse de un día para otro de casi todo lo que había sido y adaptarse en silenciosa simbiosis a las reglas de la casta a la que pertenecía su marido.

Por eso, Siempre que podía, me encerraba con Julia en el cuarto de planchar y escuchaba absorto las historias sobre una mujer a la que tanto quería, pero a la que me hubiera gustado conocer antes de su matrimonio con el aita.

Julia debió de comentar con mi madre mis insistentes preguntas sobre su juventud, porque en más de una ocasión noté que me miraba con una sonrisa cómplice, dándome a

entender que sabía por dónde iban mis pensamientos, que le gustaba que alguien se interesara por ella misma, tal como había sido en el pasado, al margen del aita.

Tal vez por aquella muda aunque, intensa conexión mi madre siempre salió en mi defensa cuando mis tíos y mis primos se dedicaban a repetir que yo era un poco rarito. También se puso de mi lado incondicionalmente cuando mi padre insistía en que me relacionara con los Igartua, los Mendívil y los Ortiz de Zárate, todos ellos hijos de las familias que, junto con los Ayestarán, controlaban la producción de forjas y acerías de Vizcaya.

Siempre me presionó para que estudiara y me preparara bien para asumir mis futuras responsabilidades, pero en nuestras contadas conversaciones dejaba deslizarse una frase que fue siempre para mí una luz en el horizonte: «Ramón, tú lo que tienes que hacer es prepararte bien para decidir qué quieres ser en el futuro». Siempre estuve seguro de que mi madre tenía muy claro que conmigo la saga de los Ayestarán corría el peligro de romperse.

En las semanas siguientes a la muerte de mi padre, mi tío Javier se presentaba en casa con cualquier pretexto, sin duda agobiado por la incertidumbre que se cernía sobre él con mi llegada a la dirección de Forjas Ayestarán. En una de sus últimas visitas le observé detenidamente. Mientras mi tío entraba en el gran salón noté lo que mi madre me había comentado en varias ocasiones cuando era pequeño: que el hermano de mi padre deseaba aquella casa como nada en el mundo y que hubiera dado cualquier cosa por ser su dueño.

El piso de la plaza Elíptica, con sus casi quinientos metros cuadrados, no era solo la casa que mi padre había heredado del abuelo, sino que se consideraba también el buque insignia de la proyección social de la familia. Las oficinas de Forjas Ayestarán estaban en la Gran Vía, a pocos metros del Banco de Vizcaya, pero el poder de los Ayestarán habitaba en la casa de aquella plaza, frente al Carlton.

A mi tío Javier siempre le había traído de cabeza no vivir entre aquellas paredes, mucho más que no ser el consejero delegado de la sociedad, ya que esta última condición, en la que residía realmente la influencia y el poder económico de la familia, exigía un sacrificio y una dedicación que el hermano de mi padre no podía o no quería asumir.

En aquella ocasión mi tío Javier me dijo: «Ramón, mañana he convocado un consejo de administración y te voy a proponer como nuevo consejero de la sociedad. ¿Qué vas a hacer con la casa?».

A raíz de aquella pregunta se produjo el primer gran drama familiar tras la muerte de mi padre, lo que mi madre llamó posteriormente «nuestro desastre de *Anual*».

Una semana antes yo había recibido la llamada de un agente de la propiedad, Luis Egusquiza, que andaba buscando una buena planta para una compañía noruega exportadora de bacalao que había contratado los servicios de un conocido abogado de Bilbao, muy bien relacionado con el Ministerio de Agricultura y Pesca. Nuestra fachada a la plaza Elíptica era el emplazamiento que necesitaban para alcanzar rápidamente

cierta notoriedad. En aquellos años, mucho más que ahora, la ubicación de la sede de una empresa era un activo de gran importancia, eso que los años han dado en llamar «imagen corporativa».

Tras decidir que aquella operación podía ser el primer hito en mi flamante independencia y tras haber llegado a un acuerdo económico, lo cual no fue difícil, había convenido con aquellos empresarios escandinavos la entrega de la casa en un plazo máximo de tres meses y la inmediata colocación de un gran cartel de Norwfish Co. Ltd. en el balcón del comedor, en primera línea ante los ojos de los viandantes de Bilbao.

La noticia debió de elevar la tensión de mi madre hasta niveles preocupantes; tanto, que rápidamente hizo las maletas y pidió un taxi para que la llevara a San Sebastián. «Ramontxu, hijo, no puedo estar en esta casa cuando llegue tu tío Javier para pedir explicaciones por lo de los noruegos. Estoy en el hotel Londres. Ya me contarás». Sin duda alejarse de aquel problema fue la primera decisión soberana que mi madre tomó desde que se había casado con mi padre, hacía casi treinta años. A mí me pareció una idea excelente.

La colocación del cartel tendría lugar aquel mismo día en que mi tío vino a comunicarme que había convocado un consejo de administración y a preguntarme por la casa.

Mi tío Javier se marchó tras recibir mi confirmación de que estaría puntual en la Gran Vía para la reunión del consejo de administración. Una vez solo de nuevo, imaginé con qué cara

me recibirían la mañana siguiente, cuando hubieran visto ya colgado en el balcón el gran cartel de los bacaladeros.

Aquella noche recibí una llamada de mi madre desde San Sebastián: «Hijochu, mañana me llamas y me cuentas todo, lo del consejo y lo del piso». Después me acosté y dormí como hacía tiempo no recordaba.

La verdad es que me quedé corto. Cuando hacia las once entré en la sede de Forjas, María Díaz de Haro, la eficiente secretaria que había trabajado para mi padre durante tantos años, me saludó con frialdad, sin el menor gesto amigable. «Le esperan en la sala grande. Solo falta usted». María, a la que mi madre siempre odió soterradamente, debía de pensar que si yo había sido capaz de vender el símbolo de los Ayestarán sin pestañear, poco futuro como secretaria podía tener ella, que ni siquiera estaba inventariada.

Entré y me senté en la primera butaca de la derecha, junto a la del presidente, la que había ocupado mi abuelo y mi padre, que en aquella ocasión iba a permanecer vacía. El secretario del consejo leyó exhaustivamente el acta anterior y a renglón seguido la relación de asistentes a la reunión, así como el número de acciones y porcentaje del capital de cada uno de ellos. A mí me correspondían todas las acciones que mi padre había heredado del abuelo Luis y las que con el paso de los años había ido acumulando en sucesivas ampliaciones de capital, acciones que sus hermanos, de vida mucho más disipada, no habían podido comprar. Así pues, era titular de un sesenta y cinco por ciento de las acciones de Forjas Ayestarán. Ese había sido el deseo de mi padre, que había asignado a su

mujer una buena pensión, que le permitiría vivir sin problemas el resto de su vida.

En el orden del día figuraban diversos puntos sobre evolución de las facturaciones, gastos financieros y compras de patentes de forja en Alemania. El último punto estaba reservado a los nombramientos. Fue entonces cuando el secretario tomó de nuevo la palabra para proponerme como vocal y consejero delegado de la sociedad. Se votó y fui elegido máximo responsable de la compañía, pero únicamente con los votos a favor de los seis consejeros que representaban mi participación en el capital, mientras que mi tío Javier, su primo, Enrique Solana Ayestarán, y Antxón Elorza, el abogado de Forjas, se abstuvieron, sin duda afectados por el detonante rebelde de mi decisión sobre la casa de la plaza Elíptica.

Renuncié a tomar la palabra como nuevo consejero delegado y di por finalizada la reunión. Ya en mi nuevo despacho, esperé la visita de mi tío Javier, que se produjo apenas cinco minutos después de haberme sentado en la butaca de mi padre, de estilo inglés, horriblemente incómoda y más parecida a una peana que a un asiento en el que poder trabajar decentemente.

«¿Cuál va a ser la siguiente, Ramón? Porque si realmente no querías la casa de la plaza Elíptica, se la podrías haber ofrecido a alguien de la familia. Creo que escondes sentimientos hostiles hacia todos nosotros. Si no, la verdad, no encuentro explicación a lo que has hecho».

Durante un largo rato me habló del abuelo Luis y de los desvelos de mi padre para que Forjas mantuviera su pujanza en la industria vizcaína. Me dijo también que mi madre se llevaría un disgusto horrible con aquella decisión. Pensé que lo mejor en aquel momento era calmar los ánimos, así que le contesté que la semana siguiente hablaríamos del futuro de la sociedad, que tenía proyectos y que, por lo que se refería al piso de la plaza Elíptica, lo mejor era quitar hierro al asunto, que pensara que con las nostalgias y los símbolos no se hacía crecer la facturación ni se generaban mayores beneficios.

Se despidió con gran solemnidad: «Forjas Ayestarán ha sido mucho más que una gran empresa. Forma parte de la historia de Vizcaya y es un símbolo para las grandes familias de esta sociedad. Al vender la casa de la plaza Elíptica a unos noruegos, te has saltado muchas reglas. Tú verás».

Dediqué el resto del día a revisar los armarios y cajones del despacho de mi padre. Hacia media tarde observé de pronto que en una de las paredes había una gran puerta cerrada con llave. Llamé a María y le pedí que la abriera.

–Es un armario confidencial –me dijo.

–Muy bien –respondí–, porque yo soy el nuevo consejero delegado.

Cuando por fin me trajo la llave, le pedí que bajara al quiosco a comprar prensa americana.

Aquel armario era un trasto viejo, lustrado por los años, con un barniz añejo, agrietado, con el olor a antiguo que acaban

desprendiendo las maderas de calidad. Tenía seis cajones en dos columnas y tres estantes con guías metálicas de las que colgaban carpetas archivadoras. Cogí una silla y me senté frente a toda aquella documentación.

En la última hilera de expedientes había uno sin catalogar, cuyo único indicativo era la fecha en que fue archivado, 27 de junio de 1921, dos días antes de que mi padre muriera. Lo saqué y me lo llevé hasta la mesa del despacho, no sin antes haber cerrado las puertas y haberme guardado la llave en el bolsillo del chaleco.

Se trataba de una oferta de compra de Forjas Ayestarán. Estaba dirigida a mi padre e iba firmada por John Castleright, presidente del consejo de administración de Aceros de Sheffield. Le proponían comprar su paquete de acciones a cambio de un total de doscientos cincuenta millones de pesetas, ciento veinticinco en metálico, y los restantes, si así lo quería, en acciones de Aceros de Sheffield, en cuyo consejo de Londres ocuparía además una de las vocalías.

En la carpeta no figuraba ninguna respuesta. Leí una y otra vez la carta hasta que María regresó con el *New York Times* y el *Boston Globe*. Le pedí que se sentara y le pregunté por la misma. Me dijo que mi padre la había recibido dos días antes de su muerte y que había mantenido una conversación telefónica con Londres. El mismo día en que sufrió el infarto que le llevó a la tumba le había entregado el sobre para que lo archivara en el armario donde guardaba sus papeles secretos. Comenté a María que ya podía retirarse.

Unos minutos después toqué la vieja campanilla de plata que mi abuelo y mi padre habían utilizado para llamar al personal de secretaría. Al instante apareció de nuevo aquella añeja dama, la única empleada de la sociedad, que había entrado a trabajar en Forjas tras la muerte de su marido, Gabriel Barrenechea, ingeniero jefe de la compañía durante casi veinte años. Le pedí que llamara a John Castleright.

La conversación con aquel caballero inglés fue de auténtica etiqueta. Me explicó que había conocido a mi abuelo y a mi padre a raíz de sus importaciones de lingotes de hierro de Bilbao, y que en varias ocasiones se había reunido con ellos en Londres, cuando Forjas decidió comprar carbón inglés para aprovechar los regresos de los mercantes bilbaínos que trasladaban a Inglaterra las exportaciones de la siderurgia vasca. Al parecer, mi abuelo había sido el primero en llegar a la conclusión de que era más barato comprar el carbón en Cardiff que traerlo desde las minas leonesas a través del ferrocarril de La Robla.

A Castleright le sorprendió mi llamada, aunque pareció entender rápidamente la situación cuando le hablé del fallecimiento de mi padre. Tanto se deshizo en elogios sobre él, que su pésame llegó a ser realmente atosigante. Quedamos en que nos reuniríamos en el hotel Carlton el siguiente miércoles a la una, un par de horas después de que el barco de Southampton llegara a Bilbao.

Cuando colgué eran ya las seis de la tarde. María se despidió hasta el día siguiente. Decidí quedarme en el despacho. Encendí todas las luces de aquella sala totalmente forrada en

madera de nogal y comencé a leer los papeles que estaban ordenados en torno a mí. Era toda la historia de Forjas desde que el abuelo Luis construyera la primera fábrica en Somorrostro, en 1880.

Mi abuelo fue uno de aquellos empresarios que supieron ponerse a rebufa de la riqueza que irradiaban las minas de Vizcaya a finales del siglo XIX, cuando la siderurgia mundial se vio sorprendida por la irrupción de un nuevo invento, el convertidor Bessemer, que obtenía acero de gran calidad, pero siempre y cuando el mineral de hierro no fuera fosfórico. En Europa, solo Suecia y las cuencas de Vizcaya ofrecían este tipo de hierro, conocido en el argot minero como «el rubio». Eso supuso el arranque industrial de Vizcaya y el inicio de la transformación de la sociedad vasca, netamente rural y marinera, y regida hasta entonces por principios marcadamente feudales, como los que añoraba el Zanahoria.

Los Ayestarán se colocaron en el camino de los dueños de las principales compañías mineras, de la Orconera, de la Franco-Belga, de Martínez Rivas, Chávarri, Mac Lennan, Echevarrieta, Larrínaga, Arana, Kreizner o Gandarias, entre otros. Muy pronto sus forjas se convirtieron en un proveedor privilegiado para las industrias que iban surgiendo a la sombra de las minas. Por eso buena parte de los trenes mineros fueron contruidos con vías fundidas en los hornos de Ayestarán, y las estructuras navales de los astilleros de la ría tenían esqueletos diseñados y armados por los ingenieros que trabajaban para mi abuelo.

De aquellos ficheros fueron surgiendo casi todos los protagonistas de la vida económica de Bilbao en los últimos cincuenta años, clientes o proveedores de Ayestarán, del abuelo y de mi padre. En una de sus carpetas, la del Banco de Bilbao, se recogían ordenadamente los primeros movimientos bancarios de la compañía en el que siempre fue el primer banco de la ciudad. Allí estaban también reflejadas las primeras compras de acciones del BB, con las que el abuelo intentó inútilmente entrar en su consejo de administración. En las largas tertulias en la casa de Neguri mi padre contaba que ese había sido el gran sueño nunca alcanzado por el abuelo. Le habría gustado codearse con los Orbegozo, Epalza, Zabálburu, Ybarra, Ardíanos, con todos los que desde el Banco de Bilbao impulsaron el crecimiento del gran motor financiero vizcaíno. Lo contaba con melancolía, con una desazón que restaba valor a todos los triunfos en la historia de la empresa. Sus silencios ponían en evidencia el complicado equilibrio que debía de guardar en su interior. Todos aquellos que habían negado el paso al abuelo, paladines de la vida social y económica de Bilbao, eran directa o indirectamente clientes de Forjas. Así pues, resultaba muy difícil lanzarles el menor reproche, imposible echarles en cara que los Ayestarán no hubiéramos sido admitidos en aquel círculo desde el cual en el fondo aspirábamos a ser tan elitistas y excluyentes como ellos.

Aquella era tal vez la única historia frustrante de Forjas Ayestarán, cuyos resultados y buena marcha estaban por lo demás plagados de capítulos gloriosos.

Uno de esos capítulos era sin duda el papel que la compañía había desempeñado en la gran apertura de Bilbao al mundo: la

modernización de la ría, la construcción del muelle de hierro de Portugalete y la del puerto exterior. Allí estaban las cartas en las que don Evaristo de Churruca encargaba a Forjas Ayestarán las estructuras metálicas que servirían de armazón a los bloques de hormigón del rompeolas del puerto del Abra. Aquellos cajones de hierro se remolcaban con flotadores desde Axpe hasta el nuevo puerto, y allí se hundían tras haberlos cargado de hormigón. En una de las estanterías había una foto enmarcada en la que el abuelo Luis aparecía en el acto de inauguración junto a Churruca y al rey Alfonso XII.

Los Ayestarán eran sin duda la cabeza de ratón de la gran burguesía vasca nacida a la sombra de la minería, y poco parecía haberles faltado para llegar a ser la cola de león de la aristocracia vizcaína.

Y ahí estaba yo, frente a los cincuenta largos años de historia. Tenía veinticuatro años y debía tomar decisiones que serían trascendentales para el resto de mi vida. Podía seguir escribiendo más líneas, pasar la página o coger el libro y vendérselo a los ingleses por una fortuna que me situaría entre los vizcaínos con mayor liquidez. Tenía la baraja en la mano y podía comenzar a repartir por donde quisiera.

Tomé el *Boston Globe*. Pasaba las hojas del diario, inmensas, mirando de reojo el retrato del abuelo Luis, la foto de Evaristo Churruca y aquella otra, con marco de plata, en la que el arzobispo de Vitoria bendecía las instalaciones de la planta de Somorrostro. Tenía la sensación de que todos ellos me miraban y me decían: «¡Venga, Ramón! No nos jodas. No vendas Forjas a esos cabrones ingleses. ¡Échale huevos!».

De repente un titular atrapó mi atención: «Los guardacostas de Boston pierden de vista el barco contrabandista La Flamenca». La noticia no ocupaba más que un cuarto de columna. Explicaba que, debido a la densa niebla de la costa este de Massachusetts, La Flamenca había podido sortear los barcos de la Marina norteamericana poco después de haber distribuido un alijo de whisky escocés.

Había sido él, Iñaki Retuerto, el capitán de los cortes de mangas y agitados genitales en el puerto de San Gregorio, aquel a quien había dejado esperándome en la terraza del Mayflower porque la muerte de mi padre me había obligado a salir de Boston con la mayor urgencia.

Tomé unas tijeras, recorté la noticia y la guardé en el cajón central de la mesa.

Aquella mañana había un gran trasiego de gente en el recibidor del Carlton. El hotel estaba prácticamente tomado por invitados de don Ramón de la Sota, que aquel mismo día había presidido la botadura, en los astilleros de Euskalduna, del primer mercante con una eslora superior a los cien metros. En aquel Bilbao pujante de los años veinte era un acontecimiento de primer orden. La industria naval había despegado tras la recuperación definitiva de la ría como puerto y la creación del rompeolas del Abra, que permitía a los barcos de mayor calado fondear a buen abrigo hasta que las mareas les permitían superar la barra. Aquellos avances en la navegación bilbaína coincidieron con la irrupción del vapor, con el desarrollo pleno de la siderurgia y con el papel protagonista de la economía vasca en los grandes proyectos industriales españoles.

Castleright debía de llevar un buen rato esperando en aquel sofá, ya que su taza de café estaba vacía, lo mismo que la botella de agua. Lo identifiqué porque también él parecía estar buscando a alguien con la mirada. Era un hombre que se salía de los moldes ingleses, tanto en lo físico como en sus ademanes.

Tenía el pelo negro azabache y un bigote muy poblado que competía con la protuberancia de sus pómulos. Los ojos un tanto achinados y el cuello corto y grueso le daban un aire más bien mediterráneo. Pensé que seguramente era de alguna de las colonias del Imperio Británico.

Aunque ya me lo había contado durante nuestra conversación telefónica, volvió a evocar los viajes del abuelo Luis para comprar carbón en Cardiff, a explicarme que en Bilbao él había sido el primero en plantearse la posibilidad de buscar materias primas más baratas aprovechando los regresos de los mercantes que iban a Inglaterra cargados de mineral rubio y de manufacturas de hierro.

Debía de estar muy seguro de mi predisposición a su oferta, porque de repente, sin más rodeos, me dijo que Aceros de Sheffield estaba dispuesta a cerrar un precontrato y abonarme en el acto el cincuenta por ciento de la operación, ciento veinticinco millones de pesetas, y la cantidad restante en el plazo de un mes. «Forjas Ayestarán seguirá siendo una empresa vasca, y un miembro de su familia, usted mismo si lo desea, será el presidente honorario de la sociedad». El acuerdo estaba condicionado a la revisión, por parte de auditores neutrales, de las cuentas de la sociedad, y a la tasación y

comprobaciones registrales de los activos patrimoniales de Forjas Ayestarán. Si estaba de acuerdo, debía convocar una reunión extraordinaria para informar al consejo de administración de mi decisión de vender, así como de la voluntad de los nuevos accionistas mayoritarios de llevar a cabo una ampliación de capital, que, por renuncia de los accionistas minoritarios, elevaría la participación de Sheffield hasta el ochenta y dos por ciento. El objetivo final de los ingleses era alcanzar la total propiedad de la compañía en el plazo de un año, pagando al resto de los accionistas el mismo precio pactado conmigo.

Nos despedimos y quedamos en reunirnos la mañana siguiente. Tanto él como yo nos concedíamos veinticuatro horas para reflexionar y recabar cuantos consejos precisáramos para llevar adelante la operación.

Volví a la sede de Forjas y pedí a María que me pusiera con Julio Aguinagalde, un abogado con el que había coincidido en Deusto que había abierto un bufete mercantil en la calle Henao. Tras saludarnos, nos citamos para aquella misma tarde en mi despacho. Dediqué el resto de la mañana a pensar y a recordar.

Tendría unos diez años cuando mi padre me llevó por primera vez a las oficinas de Forjas en la Gran Vía. Fue en verano, durante un rápido viaje desde Plencia, para firmar unos documentos en el despacho del abuelo Luis. Mi madre me vistió con el traje marinero de las grandes ocasiones y me calzó unas sandalias azules bien lustradas. Era mi primera visita a lo que en el futuro sería mi empresa. Mientras el Ford T enfilaba

hacia Bilbao el aita me explicaba que todo aquello que iba a ver me sería entregado algún día para que lo hiciera crecer y para que la familia Ayestarán se consolidara entre la clase dirigente bilbaína.

Recuerdo que, a partir de aquella visita, mi padre me comentaba a menudo los proyectos de la compañía y me hablaba de la marcha de la economía vasca en general. Parecía querer introducirme poco a poco en el mundo de la élite al que él y el abuelo siempre habían deseado pertenecer. «Ramón, yo no tuve tu suerte. Solo pude conocer Forjas por dentro cuando comencé mis estudios en Deusto».

Mi padre estaba convencido de que conmigo los Ayestarán alcanzarían el cénit de la notoriedad social bilbaína y de que mi dirección, al coincidir con el apogeo de la industria y la navegación vascas, me permitiría por fin situarme en ese escalón superior que el abuelo y él no habían podido alcanzar. Estas convicciones las tenía, claro está, antes de que en Santurce, con la Cinta, yo descubriera la otra cara de la industria y de la opulencia.

El éxito de aquel proyecto quedaría garantizado por la creciente cartera de participaciones que primero mi abuelo y después mi padre habían ido acumulando durante los años en que dirigieron Forjas Ayestarán. Allí estaban, ante mí y debidamente contabilizados, los paquetes de acciones del Banco de Bilbao, Banco de Comercio, Crédito de la Unión Minera, Naviera Sota y Aznar, Hidroeléctrica Ibérica y muchos otros. Tal vez pensaron que gracias a ese patrimonio yo, el único hijo de mi padre y el único nieto de mi abuelo, podría

llegar a ser aceptado entre las grandes familias económicas de Bilbao.

Según la última actualización, el valor de todo aquello superaba casi el de mi participación en Forjas Ayestarán y podía considerarse por sí mismo un salvoconducto suficiente para vivir sin sobresaltos y sin apenas obligaciones el resto de mi vida. Bastaba esperar a que los dividendos fueran nutriendo mi cuenta corriente del Banco de Bilbao, entidad depositaria de todos aquellos valores desde que el abuelo Luis iniciara su perseverante ahorro.

Mi padre me había informado hacía mucho de la existencia de aquel tesoro, del que en ocasiones hablaba incluso más que de la marcha de Forjas. Recuerdo que durante la Primera Guerra Mundial la Bolsa de Bilbao vivió sus mejores años, y que aquella cartera de acciones, con la que los Ayestarán nunca quisieron especular, adquiría cada día más valor.

De hecho, en las familias de la burguesía de Bilbao no se hablaba más que del valor de aquellas inversiones. Los crios no lográbamos entender –los mayores nunca nos lo explicaron– por qué aquellos papeles que llamaban acciones valían más hoy que ayer, por qué extrañas razones había personas que ganaban tantísimo dinero sin trabajar, simplemente comprando hoy esos papeles y vendiéndolos mañana.

No obstante, mi abuelo y mi padre tenían ideas propias al respecto. No les importaba lo más mínimo las elevadas plusvalías de sus inversiones. Lo más importante para ellos era que cada año obtenían dinero a cambio de su pequeña

participación en la propiedad de los buques insignia de la banca y la industria vascas.

Los Ayestarán eran industriales prudentes y conservadores que iban a lo seguro. Esa misma línea les caracterizaba en los temas políticos. Mi abuelo solía rememorar los incidentes ocurridos durante la gran huelga de mineros en 1903. Para aquel viejo industrial aquello había sido el mejor exponente de la barbarie que de forma casi inexorable traían los tiempos modernos. Ni el mitin de Bilbao, en el que se reunieron más de catorce mil trabajadores, ni las precarias condiciones y el elevado índice de mortalidad de las minas le parecían motivos suficientes para aceptar la realidad del movimiento obrero. Negaba la veracidad de las crónicas de algunos periódicos extranjeros que describían con todo lujo de detalles el hacinamiento de los barracones y cómo se presionaba a los obreros para que compraran en los establecimientos propiedad de las compañías mineras, situados junto a las mismas bocaminas, de modo que dejaban allí buena parte de su sueldo pocas horas después de haberlo recibido.

Mi padre siempre creyó que la huelga de 1903 fue lo que adelantó la jubilación del abuelo, que desde entonces vivió retirado en Plencia y bajaba a Bilbao solo para las juntas generales y las corridas de la Semana Grande. Mi padre, aunque estaba más al día, redujo el problema del diálogo con los obreros a una cuestión moral, sobre todo cristiana. Su postura era paternalista y, siguiendo los pasos del abuelo, sufrió un gran revoltón con la huelga de los metalúrgicos de 1917, que acabó con la entrada del Ejército en Bilbao y la muerte de diez trabajadores.

Aquel fue el primer aviso de lo que se avecinaba y la confirmación de que el movimiento obrero no era, como pensaba el abuelo Luis, un problema exclusivo de los bilbaínos, sino algo tan extenso como la propia Europa.

Recuerdo que en una visita a Plencia mi padre le comentó el nacimiento de la III Internacional, apadrinada por Lenin desde Moscú, a la que se habían ido adhiriendo partidos de izquierda de todo el continente, incluidos los socialistas y anarquistas españoles. Le contó también la escisión de las Juventudes Socialistas del PSOE y el nacimiento del PCE, con la Ibárruri, Perezagua, Pérez Solis y otros vascos y asturianos a la cabeza. Para el abuelo, que no dejaba de mirar incrédulo el cuadro de Zumalacárregui colgado en la chimenea, todos aquellos cambios resultaron demasiado traumáticos y fueron los que le llevaron a la tumba semanas después. El entierro de Luis Ayestarán fue todo un acontecimiento, y en el panteón familiar del cementerio de Sondica se dieron cita importantes representantes del mundo industrial vizcaíno, aunque, como cabía esperar, al acto no asistió ningún miembro de las grandes familias de la aristocracia vasca. Fue de alguna manera un entierro de segunda división.

Con mi padre a la cabeza Forjas Ayestarán alcanzó sus más altas cotas de rentabilidad y una cartera de clientes que llegó a ser la envidia de la competencia en todo el País Vasco. No había gran empresa, astillero, naviera, planta siderúrgica o compañía de ferrocarril que no contara con ella entre sus proveedores.

Pero aquellos años fueron también difíciles en Bilbao. La margen izquierda fue escenario de innumerables huelgas, y el descontrol del orden público fue parejo al crecimiento del anarquismo. En 1921 el asesinato del gerente de Altos Hornos culminó una espiral que solo se detuvo con la llegada de la dictadura del general Primo de Rivera, casi dos años después. El directorio militar coincidió con el final de mis estudios en Deusto y mi marcha a Boston. Fue en el verano de 1924.

Mi madre, que para entonces había tomado ya las riendas de la casa de Plencia, decidió organizar una gran fiesta para celebrar mi licenciatura en la escuela empresarial de la Compañía de Jesús y mi inminente marcha a Estados Unidos. Convocó a todos los conocidos que pasaban allí el verano, y en las invitaciones dio manga ancha para que cada titular pudiera acudir con acompañante.

Fue entonces cuando conocí a Sofía Berazagutía, la hija de Julen, compañero de estudios de mi padre y uno de los armeros más notables de Eibar. El aita me había hablado mucho de ella, sobre todo después de cada viaje a San Sebastián, que aprovechaba para verse con su viejo amigo. Y la verdad es que no exageraba. Se convirtió en la estrella y en motivo de las mayores envidias femeninas que se recordaban en la vida social de la zona, tanto por su belleza como por el hecho de que una simple eibarresa barrera con sus encantos toda la competencia vizcaína. Mis amigos me dijeron que me había quedado agilipollado. Mi interés por ella fue tan evidente que incluso mi madre tuvo que tomar cartas en el asunto y recordarme que no era la única invitada y que debía, por una simple cuestión de cortesía, prestar cierta atención a los

demás. Tuve que seguir sus indicaciones, de modo que aquella noche se hizo interminable para mí. Pero Sofía se quedó una semana más en casa, tiempo más que sobrado para que la acabara instalando en mi pensamiento como la mujer de mi vida.

La mañana siguiente a la fiesta sentí por primera vez aquello que me habían contado de que hasta las patas de la silla pueden llegar a temblar cuando los ojos de una mujer –solo de algunas, claro, porque si no esta vida sería un suplicio– se clavan en los tuyos. Fue al entrar en la cocina y verla sentada sola a la mesa. Me miró sin pestañear, sin pronunciar palabra, inmóvil, con la taza entre sus manos. Llevaba el pelo recogido en la nuca con un pasador de concha e iba vestida con una blusa blanca sin mangas, una falda roja y alpargatas blancas.

Cuando le dije hola tan solo me salió un hilo de voz, seguramente imperceptible, porque ni siquiera me respondió, lo que aumentó aún más un ritmo cardíaco que pensé que acabaría llevándome a la tumba. Me sentí totalmente ridículo. Caminé como un patán hacia la alacena donde se guardaban las galletas y la leche y me senté junto a ella, no enfrente, como debiera haber hecho, pero dudaba que las piernas pudieran llevarme tan lejos. Se volvió hacia mí y me preguntó por mi viaje a Boston. «¿Y por qué no te quedas en Bilbao?».

Fue entonces cuando pensé que no solo mi estructura corporal, sino también las piezas de madera de la silla se iban a venir abajo. En mi cabeza se instaló el más vehemente deseo de hacerlo, de no marcharme, pero era perfectamente consciente de que mis planes estaban ya demasiado

amarrados. Sentí de pronto que el mundo volvía a ponerse en mi contra, y una angustia insoportable comenzó a presionar mi pecho y a cerrar mi garganta. Afortunadamente, la verborrea matinal de mi madre, que en esos momentos entró en la cocina, atemperó mi absoluta pérdida de control.

Después fuimos todos a la playa. Yo no abrí la boca ni en el camino ni bajo la sombrilla, aunque lo cierto es que probablemente no se dieran cuenta, ya que sus temas de conversación parecían inagotables: las fiestas de Eibar, la verbena del Tenis en San Sebastián, la inauguración del Topo hasta Irún y un repaso casi policial de todos los conocidos. Desconecté y al rato fui a bañarme.

Sorteando las olas y adentrándome unos metros más allá de donde rompían, flotando, pensé que no daba una a derechas en la vida. ¿Cómo era posible que me estuviera enamorando justo cuando me disponía a pasar dos años en el extranjero? Sentía rabia por el curso desajustado de las cosas que me pasaban y un gran temor a perder lo único que hasta entonces había hecho aflorar mis mejores sentimientos. Estaba al borde de las lágrimas cuando vi a Sofía nadando hacia el gabarrón del Náutico, que flotaba, solitario, unos metros más allá. De pronto se detuvo y me llamó. La seguí de cerca hasta la parte posterior, lejos de las miradas de los bañistas. Se agarró a un cabo y se quitó aquel horrible gorro de goma que en aquella época estaba tan de moda.

Seguramente se había dado cuenta ya de que lo mío no eran las palabras, porque sin haber intercambiado una sola me tomó del brazo y me atrajo hacia ella con decisión. Me atrapó

también con las piernas y colocó su boca junto a la mía. Sentí su respiración y recorrí los pocos milímetros que me separaban de sus labios con los ojos cerrados. El sabor de su boca y de su lengua se confundían con el del agua del mar, fría, como siempre, pero no lo suficiente para rebajar la temperatura de nuestros cuerpos. En un auténtico alarde de habilidad, mancos, porque una mano de cada uno de nosotros debía mantenernos a flote, fuimos descubriendo nuestros cuerpos. Sus pechos, ni grandes ni pequeños, tenían los pezones duros. Su cintura era pequeñísima –mi brazo sobraba para rodearla–, y sus glúteos, tal y como había imaginado, tenían una redondez espléndida.

Mientras la acariciaba apenas se movió. Mordisqueaba mi cuello, en ocasiones con tanta decisión que sentí un dolor del que sin embargo no se me ocurrió quejarme. Finalmente giró mi cuerpo hasta colocarme de espaldas a ella, sujetó también con la otra mano el cabo que nos mantenía a flote y se abrazó a mí por detrás con brazos y piernas, a horcajadas. Con los talones buscó mi entrepierna, indiferente ya a los rigores del frío marino, mientras me besaba en la espalda y mordía los lóbulos de mis orejas.

No fue mi indeciso carácter, sino mis hormonas las que tomaron la iniciativa. Solté una mano, me giré, la sujeté por la cintura y la apreté con fuerza hacia mí para que pudiera sentir la dureza de mi miembro. Sofía respondió con movimientos de cadera que no tardaron en situarme en el límite del desbordamiento. Pero de repente se detuvo, me miró a los ojos y me dijo: «Esta noche».

Me soltó y nadó hacia la orilla. Yo me quedé allí, confuso y frustrado, mirándola y esperando que el frío ejerciera sobre mí, cierto efecto relajante, lo que, dado mi monumental calentón, tardó un buen rato en ocurrir. Cuando llegué a las toallas estaba boca abajo, con los ojos cerrados, junto a mi madre, que creo que en ningún momento imaginó lo que acababa de ocurrir.

El día se hizo interminable. Lo peor fue la cena en el porche y la sobremesa, que mis padres decidieron prolongar hasta casi medianoche con interminables anécdotas que acabé por oír sin escuchar. Sofía no me dirigió la mirada ni respondió a los roces de mi pie bajo la mesa. Nada. Como si no existiera.

Y aquella noche no pasó absolutamente nada. Ni el día siguiente, ni el otro, ni el otro. Para gran decepción mía, llegamos a la víspera de su regreso a Eibar como si lo ocurrido junto al gabarrón no hubiera existido más que en mi imaginación. No lograba entender qué había sucedido, aunque no tardé en llegar a la conclusión de que mediaba un abismo entre los sentimientos que yo había ido agigantando en mi cabeza y los suyos, que, vista su indiferencia, debían de ser insignificantes.

Mi estado de ánimo cayó en picado y llegué a sentirme un simple juguete, un juguete playero, y en esos momentos recordaba las advertencias del Zanahoria en Tudela, que me repetía que con las mujeres había que andar con mucho ojo, porque todas –menos la Virgen María y la madre de uno– eran en el fondo unas marranas redomadas. No obstante, me resistía a hacer extensivo a Sofía ese epíteto.

A la mañana siguiente su padre vino a buscarla. Recuerdo con qué superficialidad Sofía se acercó a mí para despedirse y me dijo: «Bueno, Ramontxu, a ver si nos volvemos a ver...». Se metió en el coche y ni siquiera volvió la cabeza cuando arrancó y se alejó hacia la carretera general.

Lo cierto es que marché a Boston perdidamente enamorado de aquella guipuzcoana a la que no había podido expresar mis sentimientos. Pero no tardé mucho en saber el porqué de aquella indiferencia. José Miguel Azcoitia me explicó en una carta que Sofía se casaba con un joven diputado en Cortes, Fernando Arruabarrena, que había montado casa en Bilbao y que estaba encinta. El sofocón fue mayúsculo y contribuyó a que aumentara todavía más mi escepticismo frente a lo que me rodeaba.

Me sentía incómodo en aquel despacho añejo con aires de mausoleo. Tenía veinticuatro años y todo el personal administrativo de Forjas casi me doblaba la edad, aún más el del consejo de administración. Mi actitud me delataba y no había que ser demasiado observador para darse cuenta de que yo no encajaba ni con calzador en aquel lugar que la sociedad bilbaína me había reservado.

Llamaron a la puerta. Era Julio Aguinagalde, al que la alopecia había envejecido una decena larga de años. Me vino a la cabeza que su padre también era calvo y que su abuelo, que había sido alcalde de Bilbao durante la última guerra carlista, apenas lucía cuatro pelos en el cuadro que colgaba en los pasillos del ayuntamiento. Julio era enjuto, de complexión pícnica, y llevaba una levita estrecha por los hombros que iba

ensanchándose hasta llegar a las caderas, donde su figura empezaba a estrecharse de nuevo hasta los tobillos, sumamente delgados, como los de un pollo atado. Parecía un tentetieso. Sin embargo, mantenía la misma sonrisa de siempre, la que precedió a nuestra primera conversación en el recreo de párvulos. Le hice pasar y sentarse en una de las butacas chester del despacho. Lo primero que me dijo fue: «Bueno, Ramón, no te podrás quejar. Estás forrado», así que no me sorprendió su perplejidad en cuanto supo que le había llamado para que me asesorara en la venta a Sheffield de mi participación en Forjas Ayestarán. No lo entendía, no le cabía en la cabeza cómo podía cerrar de un plumazo aquella historia empresarial tan envidiada por la clase burguesa bilbaína. Para él vender Forjas era huir del apogeo industrial de Vizcaya, eludir como una gallina el papel que me correspondía, «Y total, ¿por cuánto?».

Los doscientos cincuenta millones que me iban a pagar los ingleses despejaron sus reservas y abrieron su apetito de abogado. Administrar, asesorar, ahorrar impuestos, poner en orden toda aquella madeja de intereses y la posibilidad de ser asesor de Forjas hasta que los británicos eligieran un nuevo abogado le permitirían arreglar sus cuentas durante un par de años. Era sin lugar a dudas el trabajo más importante que le habían encargado desde que había salido de Deusto. A los pocos minutos su imaginación viajaba por los caminos de la codicia.

Revisamos la carta de Castleright y fuimos apuntando en un papel todos los pasos que debían seguirse. La elegía de Forjas

Ayestarán era jugosa. Julio no tardó en poner encima de la mesa su gran preocupación:

–Ramón, con este dineral te puedes retirar para toda la vida. Es muy importante que lo tengas a buen recaudo, seguro.

Puede que fuera entonces cuando salió de mí la única muestra de orgullo familiar, un gesto tan trascendental como infundado:

–No quiero tener un duro, una sola acción, en el Banco de Bilbao. Yo a esos tíos que tanto han despreciado a los Ayestarán no les confío un solo real de mi fortuna.

Julio se deshizo en argumentos contrarios a mi decisión, pero yo lo tenía muy claro: a los del BB ni una perra chica. Y así fue, desgraciadamente para mí.

Aguinagalde se retiró a su despacho para redactar el primer contrato de venta de Forjas, y yo me dirigí caminando hasta la casa de la plaza Elíptica. Creo que aquel fue el paseo más consciente por un camino recorrido muchas veces con la indiferencia propia de los urbanitas más rutinarios. Era mi ciudad, la de siempre, con la que me disponía a romper los lazos que nos unían. Pensaba, y así fue, que la liquidación del patrimonio familiar, su venta a los ingleses, me iba a desterrar socialmente.

En el bolsillo llevaba el recorte del *The Globe* que hablaba de La Flamenca y de Iñaki Retuerto. Entré en el Café Elíptica y pedí una copa de coñac francés, y luego otra y otra, hasta pillar una cogorza descomunal. A las doce de la noche, cuando cerraron y

salí, apenas podía andar apoyado en la pared de Gran Vía. Al llegar a la plaza Elíptica y ver el cartel que los noruegos habían colgado en el balcón del salón de casa, sentí unas ganas enormes de vomitar. Me senté en el banco de piedra y esperé a que el sudor frío desapareciera de mi frente. Un rato después caí vestido en la cama.

Hacia las diez de la mañana me desperté con una resaca horrible y la sensación de ser, pese a mi inmensa fortuna, uno de los individuos más infelices del mundo. Sonó el teléfono. Era Julio Aguinagalde, que me confirmaba que estaría puntual en el Carlton, que había escrito el contrato de compraventa y que lo había revisado su tío Juan, que era abogado del Estado excedente. «Oye, Ramón, sobre lo del Banco de Bilbao... he estado pensando que podrías dejar tu cartera y tus depósitos en el Crédito de la Unión Minera. Son los mejores. Conozco a varios que han doblado su capital con ellos». Quedamos en que después de la entrevista con Castleright iríamos a ver a Víctor Sodupe, jefe de grandes cuentas de aquel banco que tenía su sede en la plaza Circular.

Leí de nuevo el recorte del *The Globe*. ¿Dónde estaría Retuerto? Aquel reencuentro había dejado en mí una impronta muy especial. Desde aquellos días en que me rebelaba interiormente por el destino que mis padres me habían marcado al frente de Forjas, la imagen del capitán de La Flamenca se había situado en mi horizonte como un modelo de auténtica independencia.

Tomé un atlas y busqué San Gregorio en el índice onomástico. Allí estaba aquella pequeña república caribeña a la

que mi amigo aludía en su cuaderno de notas. Cincuenta mil habitantes, la pesca de la langosta, el coral y el cultivo de la caña. Eran todas las referencias que figuraban en el diccionario geográfico de aquel minúsculo estado.

Dejé el recorte sobre la mesa y tomé *La Ría*. Sus ecos de sociedad eran el pulso social de Bilbao, tanto, que el que no conseguía salir en sus páginas era una insignificancia en la vida de la ciudad. Mi amigo José Miguel Azcoitia controlaba personalmente aquella sección. Las malas lenguas relacionaban su elevado tren de vida con el dinero que recibía, sin conocimiento de su padre, de los bilbaínos deseosos de salir retratados o citados en el periódico. Pero al margen de aquellas habladurías, nadie discutía que José Miguel era una de las personas más enteradas de los trapos sucios y componendas de la alta sociedad. Hacía dos años que no sabía nada de él. Le llamé y me pareció que se alegraba de oírme. Quedamos en vernos en el Café Gran Vía un par de horas después.

Comenzamos a hablar en la barra donde le puse al corriente de la venta de Forjas y de mi deseo de apartarme de la carrera empresarial bilbaína. No salía de su asombro, aunque la elevada suma de dinero le llevó por fin a aceptar que todo tenía un precio, incluso la renuncia a la notoriedad social.

Pero creo que sabía perfectamente por qué le había llamado, ya que no tardó en cambiar de tema. Me contó que Fernando Arruabarrena, diputado en Cortes, vivía al margen de Sofía y llevaba una doble vida en Madrid, adonde no había querido llevarla so pretexto de no alejarla de su familia. Sofía no era

A continuación propuse y aprobé el nombramiento de John Castleright como nuevo consejero delegado y el mío propio como presidente de honor de la sociedad, lo que equivalía a convertirme, a mi edad, en la reina madre de Forjas Ayestarán. Hice pasar entonces al inglés, que esperaba en mi despacho, lo que provocó la airada salida de mi tío Javier. La reunión fue breve, y media hora después Castleright, Julio Aguinagalde y yo acabábamos de perfilar la venta de la compañía, cuyo pago total se concretaría en los tres días siguientes, tras la revisión de los libros y balances por parte de los auditores.

Julio y yo acudimos después al despacho de Víctor Sodupe, el director de grandes cuentas del Crédito de la Unión Minera, un experto en adulación. El Crédito de la Unión Minera se había puesto de moda en Bilbao por su agilidad en los años previos a la Primera Guerra Mundial. Sus agentes habían obtenido cuantiosas plusvalías para sus clientes y para el propio banco moviendo carteras de renta variable y suscribiendo emisiones de deuda norteamericana. Fundado por medianos y pequeños industriales, el Crédito sorteó una suspensión de pagos que a punto estuvo de arrastrar a todos los bancos bilbaínos. Las dificultades que generó el conflicto bélico, principalmente la suscripción de deuda pública rusa y japonesa que el banco había realizado en París, cogió al Crédito a contrapié. El conocimiento público de esta situación sembró el pánico en la mayoría de sus clientes, que retiraron los fondos, lo que a su vez hizo tambalear las estructuras de los otros dos grandes bancos, el Bilbao y el Vizcaya, que para tranquilizar a sus accionistas y clientes tuvieron que publicar sus balances a 31 de agosto, un mes antes de lo que tocaba, y demostrar así su solvencia. Los obispos y párrocos vascos, como no podía ser de

otra manera, salieron en ayuda de la banca local, y la Cámara de Comercio editó una proclama llamando a la sensatez y tildando de cobardes y malos patriotas a quienes, dejándose llevar por los rumores, estaban retirando el dinero de los bancos y cajas de ahorros. Pero un año después el Crédito de la Unión Minera volvió a despegar, aunque con menos bríos, llegando a ofrecer hasta un dos por ciento de interés por los depósitos de sus clientes, cuando la competencia no remuneraba siquiera con un cuartillo los ahorros que administraba. Llegó a situarse en segundo lugar, tras el Bilbao y antes que el Vizcaya, en la carrera del mercado financiero vasco.

Tal vez esos vaivenes y las dificultades de toda su historia como banco convirtieron a los responsables del Crédito en imaginativos gestores de inversiones lo que pudieron demostrar desde 1915, a rebufo de las oportunidades que les ofrecía la resaca de la guerra de los alemanes contra medio mundo. Y uno de aquellos expertos era Víctor Sodupe.

Tenía unos cuarenta años y lucía un mostacho poblado, de trazado optimista, con los extremos hacia arriba, que hacía difícil distinguir cuándo estaba realmente sonriendo. Poseía una mirada profunda y un gran dominio de la escena. Tres pasos separaban su mesa de la ventana que daba a la plaza Circular, justo lo que daba cada vez que quería impresionarnos con una reflexión acerca de los trascendentales designios que pesaban sobre las inversiones.

«Mire usted, Ayestarán, la clave de todo esto es la información. En este negocio uno o dos días pueden hacer

cambiar el resultado de toda una vida de prudentes inversiones. En la Bolsa de Londres todo es más fácil. Allí se sabe casi todo con mucha más rapidez. Aquellas palomas mensajeras de Reuters que cada día cruzaban el Canal han sido sustituidas por modernos sistemas de radiotelegrafía. Ha sido un salto de gigante que también nuestro banco está dando de forma decidida. Si usted quiere asegurar y aumentar su patrimonio, debe confiar en el Crédito de la Unión Minera».

Tuviera o no razón, lo cierto es que me convenció. Del Crédito fui directamente a la notaría de Ortiz de Zárate, donde apoderé a Julio Aguinagalde para que en mi ausencia defendiera mis intereses ante el nuevo banco. Al salir sentí que comenzaba a dibujarse ante mí un nuevo horizonte, aunque tenía también la sensación de que estaba rompiendo con algo mucho más sólido que una simple tradición familiar.

Paseé, dándole mil vueltas a mi nueva situación, y un par de horas después acabé frente al portal de Colón de Larreategui 16, la casa de Sofía. Era uno de aquellos edificios de Bilbao nacidos de la mano de la explosión del hierro, con cancelas forjadas y remates de bronce en pomos y cerraduras. En sus portales, impecables, competían la elegancia de los mármoles de color marfil y negro, los moldes de escayola de diseño barroco y las maderas nobles de los pasamanos de la garita del portero y de la caja del ascensor. Aquella casa tenía seis plantas, y en una de las ventanas del entresuelo, donde se sucedían despachos de médicos, abogados y representantes, colgaba un cartel que anunciaba un alquiler.

Decidí entrar y preguntar al portero, un hombre consumido que no debía de pasar de los cincuenta kilos. Alternaba sus palabras con accesos de tos seca, casi desgarradora. Llevaba un cigarrillo liado a mano, amarillo y apagado, en una de las comisuras de los labios, y sus uñas eran un cúmulo escandaloso de mugre, seguramente por la carbonilla de la caldera de la calefacción.

Mientras buscaba el teléfono del propietario de aquel despacho pude ver la lista de vecinos en el marco de los timbres, situado junto a la puerta del ascensor. «Fernando Arruabarrena, 2.º izda.». Salí, crucé la calle y miré hacia las ventanas, con temor pero con el deseo de que aquella guipuzcoana de mis fantasías apareciera y me reconociera. Pero no lo hizo.

Aquel día mi madre regresaba de San Sebastián después de dos semanas en las que, muy inteligentemente, había decidido quitarse de en medio. La casa de Neguri tuvo siempre algo mágico, ya que en ella, lo mismo que en la plaza Elíptica, estaba escrita buena parte de la historia familiar. Mi abuelo Luis estudió en el colegio de los jesuitas en Carrión de los Condes, donde coincidió con José Amann, que luego sería precursor de Neguri, la Ciudad del Invierno. Después José fue a Madrid a estudiar medicina, y el abuelo regresó a Bilbao, a Deusto. Volvieron a encontrarse al acabar la segunda guerra carlista, cuando el joven Amann decidió colgar el bisturí a cambio de la dirección de la compañía de tranvías de Bilbao a Algorta, propiedad de su familia. Fue entonces cuando Forjas, gracias a la amistad que habían iniciado de escolares, se convirtió en el proveedor principal de aquella empresa. Mi

abuelo y mi padre contaban una y otra vez que José Amann tuvo una gran visión en el negocio de los servicios y fundó la sociedad Baños del Nervión, punto de reunión social de los bañistas más adinerados de la época, cuando aún las aguas de la ría permitían la presencia de nadadores. Amann, ya mejor empresario que médico, se hizo con el control del tráfico ferroviario de uno y otro lado de la ría cuando fusionó su línea con la que cubría el recorrido entre Bilbao y Santurce, propiedad de la familia Chávarri. Su inquieto carácter y el buen conocimiento que tenía del urbanismo que rodeaba las vías le llevó poco después a constituir Sociedad de Terrenos de Neguri, propietaria de siete millones de pies de terrenos baldíos situados entre Las Arenas y Algorta, al abrigo de los vientos del norte, para construir un barrio residencial parecido a las city gardens británicas. En 1909 ya existían cinco kilómetros de calles urbanizadas con todos los servicios y habían edificado veinte casas, una de ellas la del abuelo Luis, que al menos en aquella ocasión se había adelantado a los que tanto admiraba y que años después acabarían siendo vecinos suyos.

Mi madre me esperaba sentada frente a la chimenea francesa sobre la que lucían, debidamente bruñidas, una decena de placas conmemorativas de las obras civiles de Bilbao, el gran Bilbao, en las que Forjas había participado activamente. Eran en conjunto una galería de hitos sin rostro, capítulos deshumanizados de la historia familiar. Cuando entré en la sala pensé que a ella todo aquello tampoco le decía casi nada.

Dejé mi capa a Horacio, el guardés que también hacía las veces de mayordomo, y me senté frente a ella con la copa de jerez que, como siempre, me servía cuando llegaba antes de la cena. Creo que hasta entonces nunca me había sentado frente a ella a solas, sin la presencia de mi padre o de cualquier otro Ayestarán. Ella quería saber qué proyectos tenía en la cabeza, qué pensaba de mi futuro, pero, en contra de lo que yo presentía, no parecía sentir angustia por todo ello. De hecho, fue lo primero que me dio a entender.

«Ramón, todo lo que empieza acaba. Estás en tu derecho a equivocarte o a acertar, porque en este momento no sé si lo que has hecho con Forjas es bueno o malo. El tiempo te lo dirá».

Mi madre ofrecía un aspecto envidiable. Tenía una figura impropia, casi insultante, para su edad. Medía casi un metro setenta, pero su cuello fino y elegante le hacía parecer aún más alta. Su reciente viudedad parecía haberle devuelto la vida. Nunca la había visto así, o acaso lo que sucedía era que nunca me había fijado en ella de verdad. Me observaba atentamente y en su mirada había un aplomo especial, una sonrisa de cierta complicidad que con el tiempo he acabado entendiendo bastante bien. Ella también se sentía libre, auténticamente independiente, para decidir sobre su futuro. Miraba por la ventana del salón hacia la lejanía, más allá de donde su vista podía alcanzar, y seguramente dejaba volar su imaginación hacia viejos recuerdos o secretos personales. Aquella noche habló mucho por teléfono y pasó varias horas encerrada en su habitación, escribiendo en su secreter, a la luz de una tulipa inglesa que mi abuelo Luis le trajo en uno de sus viajes a

Cardiff. La mañana siguiente, al levantarme, la encontré desayunando en el comedor, leyendo *La Ría*.

–¿Y ahora qué vas a hacer? –me preguntó.

–Vivir –me limité a contestar.

Mi madre me miró muy seria, sin el menor pestañeo. Su semblante había cambiado.

–Vivir, morir... ¿No te parece demasiado poco? ¿No tienes ningún proyecto personal más creativo? ¿Qué balance quieres que hagan de tu vida el día que mueras?

Insistí en que lo que quería era vivir la vida e ir decidiendo en cada momento qué cosas me interesaban. Le dije que en mis planteamientos personales no cabían esquemas como los que habían regido en las últimas generaciones de los Ayestarán, que quería llegar a viejo sabiendo que había agotado hasta el último minuto de mi vida disfrutando y sintiendo intensamente todo lo que me rodeaba.

Mi respuesta dejó a mi madre decepcionada. En aquella conversación, la primera de ese estilo que mantenía con ella, fuimos repasando juntos las contradicciones de lo que había sido mi vida: mi paso por el colegio de curas, mi lugar destacado en la orla con el mejor expediente de preuniversitario no era ya el precedente de un destino glorioso hacia la cúpula de Forjas, como tampoco mi paso por Deusto ni mi notable calificación en Boston. Todo aquello que tanto orgullo había despertado en mi familia no era la evidencia de la mejora de la raza, de la estirpe. Para mí solo había sido la

aceptación de unas reglas del juego que me habían permitido sobrevivir hasta que había podido decidir por mí mismo.

«Ramón, de verdad, ¿desde cuándo has pensado así?».

Mi madre no salía de su asombro. Le conté cómo desde muy pequeño, desde que íbamos a casa del abuelo a Neguri, envidiaba a aquellos niños que se tiraban desnudos a la ría desde los espigones y cogían cangrejos en las rocas de los rompientes de Plencia. Cómo cuando pasábamos por Zarauz, ya adolescente, lo que realmente me apetecía era mezclarme con los de mi edad, que bailaban y arrimaban la cintura al son de la orquestina en la plaza de los Fueros, en lugar de asistir a las repolludas fiestas del Náutico. Cómo cuando iba a San Mamés con el aita, a tribuna, miraba con envidia a los chavales que veían de pie el partido y gritaban desde detrás de las porterías. Cómo cuando acompañaba a mi padre a los hornos de Forjas me sentía diferente, fatalmente diferente a los demás chicos de mi edad, sucios, desnutridos, merodeando en torno a los barracones que se suponía eran sus viviendas.

A mi madre le salió la vena religiosa: «Pues con tanta inquietud, lo que podrías haber hecho es meterte a cura e ir por ahí impartiendo caridad».

La verdad es que a aquella mujer, pese a sus reticencias respecto al tipo de vida que había compartido con los Ayestarán, aquel día se le debieron de desmontar buena parte de sus esquemas. Mis planteamientos antiaristocráticos, anticapitalistas en la teoría –no en la práctica–, hostiles con las tradiciones de las grandes familias bilbaínas y además

licenciosos y hedonistas debieron de ser difícilmente digeribles en una sola dosis.

Salí de casa poco después de que me anunciara un nuevo viaje a San Sebastián, una ciudad en la que me confesó que siempre había querido tener una casa. Un piso en Miramar, de poco más de cien metros cuadrados, pero con vistas espectaculares a la Concha, tenía todas las papeletas para convertirse en la nueva casa de mi madre. Era evidente que quería dejar definitivamente Bilbao.

En la inmobiliaria, muy cerca de la sede de Forjas, sacaron la ficha y el plano de la oficina de Colón de Larreategui: un recibidor, dos despachos, una pequeña cocina y un baño, con ventanas a la calle y un patio interior, lo que sumaba unos ochenta metros cuadrados. Firmé el contrato y entregué una cantidad a cuenta para que la propia gestoría se encargara de pintar, barnizar y decorar el despacho y una habitación que dedicaría a dormitorio. En una semana estaría todo listo.

De allí fui a la sede de Forjas, donde debía revisar todos los papeles del despacho de mi padre y retirar todo aquello que no tuviera que ver con la compañía. Había quedado con Castleright en que podría comenzar a trabajar allí la siguiente semana.

María me abrió y sin mirarme a los ojos me comentó que en mi mesa, sobre el tapete de cuero y bajo la campanilla, encontraría una lista de llamadas y cartas pendientes de respuesta. Desapareció con pasos silenciosos por una de las puertas que daban a la recepción.

Decidí comenzar mi trabajo de selección de documentos por el armario de expedientes confidenciales, aquel que tan celosamente había custodiado la secretaria de mi padre hasta que le reclamé la llave. Saqué todas las carpetas de una de las hileras y las puse sobre el sofá chester. Allí estaban, entre otras, las relativas a las acciones que había heredado, parte de mi gran patrimonio. Lo aparté todo para llevarlo a mi nuevo despacho de Colón.

Mi abuelo y mi padre habían guardado también allí la documentación relativa a la colaboración de Forjas Ayestarán con Evaristo Churruca en sus proyectos del puerto del Abra. Estaba la historia de la compañía, y en buena medida también la de la propia industria vizcaína. Debía dejarlo todo allí, aunque pensé comentar a Castleright que si no le interesaba conservar esos documentos, debía donarlos a quien supiera valorarlos, tal vez a la Cámara de Comercio, Industria y Navegación, en cuyo impulso los Ayestarán habían colaborado de forma decidida.

Al cabo de un par de horas había revisado, no con mucho detalle pero sí lo suficiente como para hacer una primera clasificación, casi todo el material. Una vez vacío, el armario tenía una profundidad chocante, un fondo mucho menor del que cabía suponer por la medida exterior del costado. Golpeé con los nudillos en la madera posterior. Detrás había un espacio hueco. Con unas tijeras conseguí la suficiente holgura entre la unión de las dos planchas del fondo para descubrir que allí se escondían varios libros contables, atillos de papeles y algunos sobres, seguramente tanto de mi abuelo como de mi padre, documentos escondidos en extraña complicidad. Cogí

una gubia de la caja de herramientas de la oficina y abrí aquel imprevisto escondite.

Tomé uno de los tomos y me senté en el sofá orejón, donde la luz de la lámpara de pie con tres bombillas permitía leer con más claridad aquellos trazos a pluma, bastante desdibujados por el paso de los años.

Era la doble contabilidad de Forjas Ayestarán. Los ingresos no declarados a la Hacienda Foral en los comienzos de su vida empresarial, los impuestos evadidos, sus liquidaciones en negro con las medievales ferrerías vizcaínas que le proveían de forjas para atender las demandas de las industrias que nacían junto a las minas y la ría.

Allí estaba la respuesta a mis reticencias al manoseado civismo fiscal de los Ayestarán, al que con tanta frecuencia mi abuelo recurría cuando se presentaba ante nosotros como un ciudadano ejemplar. Su discurso era recurrente, de invocación a la solidaridad social a través del cumplimiento de las obligaciones como contribuyente. Era siempre igual, y surgía al hilo de cualquier desastre administrativo. Lo mismo podía ser el descarrilamiento de un tranvía –«Con toda la contribución que pagamos, ya podrían dar un repaso a las vías»– como las noticias del dispendio de la corona en sus viajes de verano –«¡Qué bien se gasta el dinero que ganan los demás!». Lanzaban esos comentarios en las interminables sobremesas. Todos guardábamos un silencio sepulcral porque el tema se nos escapaba. No entendíamos ni sabíamos de qué iba aquello, aunque, en vista de la ceremonia con que hablaban mi abuelo y mi padre, suponíamos que se trataba de algo muy importante.

Y ni se nos pasaba por la cabeza que eso de la responsabilidad fiscal era una de las mentiras más comunes de los mortales.

En una caja vieja atada con un burdo nudo apareció también una sucesión de papeles del siglo XVIII sobre la adopción por parte de Diego Ayesatarán, jauntxo de Elgoibar, del niño Simón Expósito, educado en la inclusa de San Sebastián por las madres adoratrices, a las que aquel señor guipuzcoano, como prueba de agradecimiento, cedía en propiedad los terrenos aledaños a su convento.

En aquel papel se leía: «No habiendo podido tener descendencia por el fallecimiento de la muy ilustre señora María de las Mercedes Arbaiza, don Diego Ayestarán ha solicitado y le ha sido concedido proahijar al niño Simón Expósito, tutelado, por desconocimiento de la identidad de sus auténticos padres, por las muy reverendas madres adoratrices de la muy noble ciudad de San Sebastián. De ahora en adelante el joven Simón pasará a llamarse don Diego Ayestarán Arbaiza y será heredero de todos los derechos, propiedades y fueros que le corresponden por ser hijo ante la ley del jauntxo de Elgoibar». El legajo llevaba firma del delegado real en la capital guipuzcoana y el sello de la Cancillería de Madrid, a 12 de septiembre de 1716.

Estaba claro. Mi abuelo, mi padre y con toda seguridad todos mis antepasados en línea directa hasta Diego Ayestarán habían guardado con gran celo aquel documento que echaba por tierra el pedigrí de la ascendencia feudal de la familia.

Mi sorpresa iba en aumento. Nieto de un defraudador al fisco y descendiente de un hijo de padres desconocidos. Eso es lo que era y lo que jamás se me había desvelado, ni siquiera en la intimidad familiar. Seguí abriendo carpetas y desatando legajos, todos de mi abuelo y referidos a las chapuzas que le habían permitido aumentar su lucro en los negocios y elevar su nivel social en Bilbao.

En mi infancia Diego Ayestarán había sido una referencia de grandeza, de orgullo y sobre todo de casta familiar. Su contribución a la corona de España durante los levantamientos de Bolívar y San Martín le valieron la concesión real del marquesado de Villabona y llegó a desempeñar la representación regia durante la Matxinada de Guipúzcoa, un levantamiento en que los agricultores lucharon contra el aumento del precio del pan. Un retrato suyo a caballo destacaba entre los libros del abuelo en la casa de Neguri, presidiendo silenciosamente el honor de la familia. Su título nobiliario había sido cedido en vida por mi abuelo a mi tío Javier, previa renuncia de mi padre, en buena medida por haberle apartado de la dirección de Forjas. Aquella distinción aristocrática, no obstante, volvería a mí tras el fallecimiento del hermano de mi padre, que no había tenido descendencia y que ya parecía imposible que pudiera tenerla.

En la pared del fondo había un baúl de aproximadamente un metro de largo por medio de ancho y otro tanto de alto. Estaba tallado con relieves trazados con compás que le daban un aire gótico y dos dibujos de sirenas en sus costados. Estaba cerrado con candado. Abrí el cajón de la mesa y saqué un manojo de

llaves. Escogí una, la que por su forma y antigüedad encajaba mejor, e intenté abrirlo. Lo conseguí.

En su interior había una tela y varios libros de gran tamaño. En uno de ellos podía leerse en grandes letras grabadas «Gran Logia de Vizcaya», y a continuación, en letras menores, «Reglamento de los hermanos». Lo abrí. En la primera página leí «Febrero de 1923», es decir, seis años atrás.

Había otro volumen envuelto en un tapete de terciopelo rojo y con bordados que reproducía la simbología de la masonería. Se trataba de un cuaderno con tapas de cuero sin título ni leyenda alguna. Era fino, no más de cien páginas, las diez o quince primeras manuscritas. En la primera de ellas aparecía una lista de nombres con su rango escrito a la derecha, formando dos columnas. Mi padre, el Gran Maestro, presidía aquella lista de hermanos masones. También mi tío Javier aparecía como miembro destacado de la Gran Logia de Vizcaya, que había decidido el cese de su actividad ante la prohibición y persecuciones ordenadas por el general Primo de Rivera tras la instauración de su dictadura.

Decidí que toda aquella documentación debía quedar bien guardada en mi nuevo despacho, así que seleccioné los papeles relativos a la doble contabilidad de Forjas, la cara insolidaria de mi abuelo, los certificados de adopción de Simón Expósito, mancha de nuestra hidalguía, la secreta condición de mi padre y mi tío, y los metí en el baúl junto con todo aquel tesoro de títulos de gran valor que mi padre había ido atesorando para mí. En aquella arca de madera metí toda la herencia, la

auténtica, que yo recibía como último eslabón de la estirpe de los Ayestarán.

Eché el candado, arrastré el arcón hasta la alfombra del despacho, recompuse los falsos fondos del armario lo mejor que pude y volví a colocar en su sitio toda la documentación histórica de Forjas. Llamé entonces a Iñaki, el cochero de la compañía, para que llevara hasta la oficina de Colón aquel legado que mi padre y mi abuelo habían querido regatearme.

De camino hacia la casa de la plaza Elíptica unas cinco personas me pararon para darme el pésame por la muerte de mi padre, entre ellas el padre Recondo, provincial de la Compañía de Jesús en Bilbao, que, aferrándose a mi brazo con una intensidad molesta y mirándome a los ojos con profundidad casi cómica, me transmitió su convencimiento de que en el fondo la muerte de mi padre me había situado en el dintel de la gloria personal y profesional. «Tienes la oportunidad, Ramontxu, de entrar en el grupo de los elegidos, de ser uno de los príncipes industriales de Vizcaya». Tuve que hacer un esfuerzo de autocontrol para no soltar una gran carcajada ante la gilipollez de aquel religioso. Pensaba para mis adentros que, de haber sabido el auténtico rumbo que había decidido dar a Forjas y a los lugares de honor que la historia había reservado a los Ayestarán, le habría dado un síncope.

Tras él tropecé con Luis Sertucho, secretario del consejo de administración del Banco de Bilbao, que ya sabía de mi decisión de depositar en el Crédito de la Unión Minera toda la cartera de acciones de la familia y cancelar mis cuentas con su entidad. Intentó ser despiadado conmigo. Me dijo que no se podían

tomar decisiones como aquellas y pretender seguir viviendo en Bilbao como si nada hubiera ocurrido. Que aquello no beneficiaba a Forjas. Fue entonces cuando decidí dar carácter público a la venta de la compañía a Aceros de Sheffield. «Mire, Sertucho, el problema no es Forjas, de la que ya no poseo una sola acción. Es una cuestión personal. He decidido dejar su banco porque creo que estoy haciendo algo que mi padre, y tal vez incluso mi abuelo, deseaban profundamente, pero nunca se atrevieron a hacer. Vaya usted a ver a Castleright, el nuevo consejero delegado de la sociedad, y si le ofrece buenas condiciones, seguro que estará interesado en trabajar con ustedes». Se quedó espantado y, por la cara que puso, pareció entender lo que dormía en el fondo de mi decisión. No en balde Luis Sertucho había sido en dos ocasiones, según comentó mi padre en casa, el que había vetado la entrada de los Ayestarán en el consejo del banco. Le di la espalda y continué mi camino.

Al llegar a casa descolgué el teléfono y llamé a mi madre a San Sebastián. No sabía nada, ni de la adopción de Diego Ayestarán, ni de la doble contabilidad, ni mucho menos de la militancia masona de mi padre y de mi tío Javier. Lo de Diego Expósito la dejó indiferente, incluso creo que en el fondo le alegró. Otro tanto por lo que se refería a la doble contabilidad de Forjas para eludir obligaciones fiscales. Pero la noticia de que su marido era masón le provocó un auténtico berrinche. ¿Qué dirían en Eibar y en San Sebastián? De haberlo sabido en vida de mi padre, habría bastado para romper su matrimonio. «Yo, Ramontxu, a tu padre le he perdonado de todo, mucho más de lo que te puedas imaginar, pero te aseguro que si llego a saber que era masón, voy al Tribunal de la Rota y pido la

nulidad, ¡qué vergüenza!». Me rogó encarecidamente que aquella historia no saliera jamás a la luz.

Tras colgar me dirigí al nuevo despacho de Colón, cuyo portal estaba cerrado con llave. Debían de ser las once de la noche, el portero se había retirado ya, así que introduje la llave de hierro y di dos vueltas a la izquierda hasta que la hoja de la puerta batiente quedó libre y cedió hacia el interior. Subí al primer piso y encendí la luz de la entrada. Fui revisando una a una las habitaciones. Todas estaban ya pintadas. Conté las cajas de madera con los muebles que la gestoría había comprado en las fábricas de Orio. En la pieza que había reservado como dormitorio estaba ya montada la cama en la que dormiría los días que decidiera no ir a dormir a Neguri. En poco más de una semana podría ocupar aquel lugar e iniciar mi nueva vida lejos de Forjas. Yo solo.

Miré entonces por la ventana. Era un patio interior pequeño, no más de cuatro o cinco metros entre pared y pared. Hacia abajo, una claraboya de vidrio y plomo daba luz al portal. Por encima asomaban las ventanas de la mísera vivienda del portero, prácticamente una ratonera encorsetada entre el ascensor, la escalera y la primera planta, a la que se accedía desde un semirrellano, entre la planta baja y el entresuelo.

Ninguna de las restantes oficinas aparecía iluminada. Solo las bombillas de algún piso superior daban algo de claridad. Miré hacia arriba. Desde una ventana abierta, en una habitación con la luz apagada, se veía una silueta. Era una mujer inmóvil que parecía mirar en mi dirección. «¡Sofía!», la llamé. Se retiró

rápidamente, cerró la ventana y en un instante el patio quedó a oscuras.

Apagué la luz de mi habitación, tiré el colchón en el suelo y me tumbé a esperar que ella apareciera de nuevo. El sueño y el cansancio vencieron mi resistencia y me quedé dormido hasta la mañana siguiente, cuando me despertaron unos carpinteros sobresaltados al ver que alguien al que no conocían había pasado allí la noche. Me identifiqué y recompuse lo que pude mi peinado y el nudo de la corbata antes de salir y bajar los peldaños hacia el portal, donde un hombre de complexión atlética, de unos cuarenta años, entraba con una maleta grande con cinchas de cuero.

El portero, que acababa de dar lustre a los bronce, le saludó reverencialmente: «Buenos días, señor Arruabarrena, ¿cómo ha ido por Madrid? ¿Qué tal el general Primo de Rivera?». Aquel hombre, altivo, no respondió a ninguna de las preguntas. Ni siquiera le devolvió el saludo. Entró en el ascensor, pulsó el botón de su piso, se colocó bien el sombrero y recompuso el peinado de su bigote. Era él, el marido de Sofía, que volvía a Bilbao para investirse de nuevo con la dignidad y la decencia que públicamente acompañaban a aquella clase de ilustres ciudadanos. Al cruzarse conmigo no supo quién era su nuevo vecino.

Me dirigí hacia el Mercado Nuevo y desde allí a la plaza Elíptica para organizar la mudanza y seleccionar los muebles que debían ir a San Sebastián, los que había que trasladar a Neguri y las cosas que me llevaría de mi despacho-vivienda de

Colón. Cuando llegué, los empleados de la empresa que había contratado mi madre ya me estaban esperando.

Aquella mañana fue la primera que Tomás, el portero de la calle Colón, había ido a comprarme la prensa inglesa y americana. Así lo habíamos acordado el día anterior, cuando tomó nota de mis datos en el cuaderno que guardaba en el cajón del garito de madera de la portería: mi nombre, dónde localizarme cuando no estuviera en mi despacho y los diarios que, como hacía con el resto del vecindario, debía comprar cada día. Con aquel trabajo al margen de sus competencias se metía cada mes en el bolsillo unos duros extra de los que a nadie debía rendir cuentas, ni siquiera a su mujer. Como mi encargo era algo más complicado –comprarme regularmente *The Boston Globe*, *The New York Times* y *The Times*–, acordamos que le pagaría diez duros al mes, que, unidos a las horas de limpieza que su mujer haría en mi oficina, cien duros más, hacían de mí uno de los vecinos más generosos. Seguramente por eso a Tomás no le pareció que el quiosco del Carlton estuviera lejos, ni siquiera aquella mañana de marzo en que en Bilbao no paraba de caer una lluvia fina y obsesiva.

Desplegué aquellos enormes periódicos y fui pasando las hojas, atrapadas entre sí por el mordiente que la plegadora de las rotativas hace antes de escupir cada ejemplar. Aquel papel desprendía el inconfundible olor a tinta y plomo que me recordaba mis visitas a *La Ría*, cuando José Miguel y yo éramos jovencitos.

En *The Boston Globe* busqué la sección de noticias marítimas con la esperanza de dar con alguna noticia de La Flamenca, de

Retuerto y de sus aventuras huyendo de los guardacostas norteamericanos. No encontré nada. Tampoco en *The New York Times* aquella goleta era noticia. Busqué entonces en las páginas de anuncios clasificados y anoté los de dos agencias de detectives, una de Nueva York y otra de Londres. Ambas estaban especializadas en temas marítimos, en búsqueda de información sobre navieras, derrotas recientes de barcos y corresponsalías en los países con banderas de conveniencia, Liberia y Panamá.

Redacté un telegrama destinado a ambas agencias: «Les agradeceré recaben la mayor información posible sobre la goleta La Flamenca y su capitán, el comandante Iñaki Retuerto. Mis últimas noticias le sitúan en Boston, en un incidente aduanero con los guardacostas norteamericanos. Otro posible destino, escala o lugar de información puede ser la isla de San Gregorio! Espero sus noticias». Dicté este texto a la secretaria de Julio Aguinagalde, mi abogado y apoderado, y le indiqué que se hiciera un primer pago a los destinatarios mediante transferencias bancarias desde el Crédito de la Unión Minera. Cualquier información debería llegar por correo urgente directamente a mi despacho de la calle Colón.

Al rato me llamó José Miguel Azcoitia desde su despacho de *La Ría*. Se había enterado de que había alquilado una oficina y quería saber si tenía inconveniente en que su diario publicara la noticia de la venta de la mayoría del capital de Forjas a los ingleses. Le dije que no, pero con la única condición de que no mencionase a mi madre en su crónica, que la dejara vivir en paz y sobre todo que no dijera que se había marchado a vivir a San Sebastián.

Me comentó entonces que mi tío Javier se había ido de la lengua en una cena en el Club Marítimo del Abra y que, bastante colocado, había jurado recuperar el honor de la familia y comprar la marca Ayestarán a los ingleses para ponerla como blasón de nuevos y electrizantes proyectos industriales vizcaínos. En los brindis había derramado alguna lágrima invocando el nombre de mi abuelo Luis, pero no mencionó el de su hermano, mi padre, al que debió de condenar a la inexistencia por el mero hecho de haber contribuido a traerme al mundo. Después José Miguel me previno. Me dijo que me andara con cuidado, ya que la venta de la sociedad y mi enemistad con mi tío Javier no eran los mejores precedentes para vivir tranquilo en Bilbao.

Cuando le dije que el despacho al que había llamado estaba en Colón de la Larreategui 16, debió de echarse las manos a la cabeza. Sin duda al darme aquel dato no había imaginado que lo utilizaría para instalarme cerca de Sofía Berazagutía. «No sabes dónde te metes», me dijo.

Llamé al bufete del tío Javier, pero no conseguí pasar de su secretaria, que me dijo claramente que el hermano de mi padre no quería volver a hablar conmigo. Aquella llamada debió de actuar como revulsivo, porque a los pocos días recibí una carta suya en la que me notificaba que acababa de ceder su título de marqués de Villabona a Emilio Ayestarán, un primo hermano suyo, un personaje que había estado vetado en vida de mi abuelo por problemas hereditarios. Si el tío Javier había cedido su título a Emilio Ayestarán, no podía haber sido más que por una razón, el dinero, que seguramente sería mucho a tenor del ostracismo que aquella rama de la familia había

padecido desde las disputas de mi abuelo y su hermano a finales del siglo pasado. Que los Ayestarán de Bilbao, los acaudalados e influyentes forjadores, acudieran a ellos con tan preciada venta, la del marquesado de Villabona, debía de haber resultado gratificante para los primos de Eibar con los que nunca nos habíamos relacionado, ni siquiera en los entierros, que es donde algunos llegan a olvidar fugazmente sus odios más ancestrales.

Decidí no amargarles aquella satisfacción, pero sí poner al hermano de mi padre en su lugar. Tomé la pluma y el tintero y redacté una cuartilla en la que le preguntaba si no estaría interesado su primo Emilio en saber que Diego Ayestarán, el procer de la familia, no había sido sino un huérfano adoptado en la inclusa de San Sebastián. «Aunque dudo que estés al corriente de este detalle, ya que en los últimos años has estado más preocupado por borrar el rastro que has ido dejando como gran hermano de la Logia de la Gran Masonería de Vizcaya».

José Miguel Azcoitia llamó a la puerta cuando estaba cerrando el sobre. Su conversación conmigo le había intranquilizado y quería ver sobre el terreno cómo me iban las cosas. Paseó por toda la oficina hasta llegar al dormitorio. Miró por la ventana.

—Pero bueno, ¿sabes cómo se las gasta Fernando Arruabarrena? ¿Nunca te han hablado del talante de este hombre? ¿No sabes que es uno de los asesores con más influencia del general Primo de Rivera?

Nos sentamos y hablamos. José Miguel me dio más detalles de la vida de aquel influyente tradicionalista. A él se adjudicaba en Bilbao la responsabilidad de multitud de detenciones y juicios sumarísimos ordenados desde Madrid a raíz de la expansión del anarquismo. Hacía y deshacía a su antojo en los ayuntamientos de San Sebastián y Bilbao, y marcaba las pautas en la redacción de los planes generales urbanísticos una vez que sus testaferros habían tomado posiciones inversoras en terrenos aún sin recalificar. Según los más entendidos, sus hombres estaban inmejorablemente situados en las aduanas de Bilbao y Santander. Y además Arruabarrena era buen amigo de mi tío Javier y había mantenido muy buenas relaciones con mi padre.

–Tiene mucho poder, da miedo.

–¿Y Sofía?

–Olvídate de ella, solo te creará problemas.

Una vez solo decidí abrir el bálul de los secretos familiares que había traído desde el despacho de Forjas. Tomé el libro de la Gran Logia y empecé a leer con más detalle. Era una larga lista de hermanos masones. Allí aparecían conocidos personajes de la burguesía bilbaína, con nombres y apellidos, y otros que solo figuraban por sus iniciales.

Entre la tapa posterior y la última página había un sobre lacrado que contenía una carta manuscrita de mi padre en la que declaraba «dormida» la Gran Logia, a la espera de que la situación política permitiera su reaparición sin traumas. «Nuestra seguridad está a salvo. En Madrid, nuestro hermano

F. A. cuida de que no sean tomadas decisiones contrarias a esta familia. Es a él a quien debemos acudir en el caso de que la situación empeore». Al final de esa carta, que era la original, figuraba una relación de destinatarios a los que muy probablemente se les había enviado copia. El último nombre era el de F. A., y su destino, el hotel Palace de Madrid.

Seguí mirando y encontré un papel más, un tarjetón. En él mi padre informaba a «Mi querido Fernando» que todos los hermanos de la Logia de Vizcaya habían recibido copia de la carta que le adjuntaba. «Cuida de nosotros desde tu despacho político de Madrid. Recibe un abrazo de tu buen amigo, Jesús Ayestarán». Seguramente mi padre habría repetido aquellas líneas porque no habían acabado de gustarle, pero por alguna razón había decidido no romper aquella primera versión.

Aquel hombre era sin duda Fernando Arruabarrena, el diputado, el hombre influyente del que José Miguel Azcoitia me había recomendado alejarme. Era el marido de Sofía Berazagutía. Y era además otro masón redomado, como mi padre y como mi tío.

Me dirigí a mi habitación y miré hacia el segundo piso. No se veía una luz ni se oía un susurro. Aquella noche fui a dormir a Neguri, desde donde llamé a mi madre a San Sebastián. Ella recordaba perfectamente a Arruabarrena como un hombre hosco, frío, una persona que estaba en todas las salsas y sobre todo que sabía por dónde pisaba. Nadie se explicaba el origen de su dinero, que, por el ritmo de vida que llevaba, debía de tener en abundancia y que no casaba con el sueldo de diputado en las Cortes y funcionario excedente de la

Diputación Foral. Según recordaba mi madre, a mi padre no le gustaba hablar de él y había cortado drásticamente los comentarios que a veces se habían hecho en su presencia. «Tu padre nunca quiso compartir, ni conmigo ni con el resto de la familia, detalles sobre su relación con Fernando Arruabarrena». Las palabras de mi madre acabaron de dibujar un perfil siniestro del marido de Sofía Berazagutía, un personaje que comenzó a ser obsesivo para mí.

Dormí, aunque muy poco, en la casa de Negiuri. Intentaba poner en orden tantas emociones y sobre todo marcarme unos objetivos mínimamente razonables para el futuro.

La mañana siguiente decidí volver a mi despacho de Forjas para dar un repaso a los papeles de la dirección de la compañía y buscar nuevos datos sobre un pasado del que había vivido tan inocentemente alejado.

La policía estaba en la puerta. Dos hombres de semblante serio me esperaban. Tenían un aspecto vulgar, cortados con el mismo patrón de indumentaria, peinado y mostacho que en aquella época caracterizaba a no pocos inspectores del cuerpo general y otros funcionarios. En un rincón de la estancia estaba Castleright, que, con la cara demudada, me saludó levantando la mano.

Después de presentarse, me preguntaron si conocía la causa del asalto. Estaba todo patas arriba, los expedientes en el suelo, la madera de los paneles que forraban las paredes había sido forzada y hasta la tarima del suelo estaba hecha un mar de astillas. Querían saber si se me ocurría quiénes podían haber

sido los autores de aquel atropello y me pidieron que les dijera lo antes posible si echaba en falta documentos y objetos de valor. Así quedamos, aunque yo no tenía la menor intención de aclararles qué podía haber traído a los ladrones a Forjas. Estaba claro que la razón de todo aquello la tenía a buen recaudo, en la oficina de Colón.

Acompañé a Castleright hasta el hotel Carlton y procuré tranquilizarle asegurándole que todo aquello nada tenía que ver con la compañía que acababa de comprar. Me pidió referencias de Julio Aguinagalde, se las di y me preguntó entonces si me molestaría que Sheffield vendiera la marca Forjas Ayestarán a mi tío Javier. No puse la menor objeción, convencido de que el desprestigio de la compañía fundada por mi abuelo sería pleno cuando el hermano de mi padre se iniciara en el mundo de la siderurgia. Aquella pregunta me demostraba además que los datos sobre la cena de mi tío en el Club Marítimo que me había dado José Miguel Azcoitia, las del brindis prometiéndose rescatar el honor de la familia de las manos inglesas, eran rigurosas y que la locura de aquel hombre no había hecho más que comenzar.

¿Habría recibido ya mi carta sobre Diego Expósito y la Gran Logia? Evidentemente sí.

Del Carlton me dirigí al despacho de Colón, y de allí, sin mediar apenas tiempo, al Crédito de la Unión Minera, donde Víctor Sodupe me acompañó hasta las cajas fuertes, en una de las cuales deposité los documentos tan celosamente guardados por mi padre y por mi abuelo. Me informó entonces de que mi cartera de acciones se había revalorizado un uno y medio por

ciento desde que decidí confiar en el banco. Tan solo habían pasado quince días.

De nuevo en mi despacho de Colón, encontré dos notas que habían metido por debajo de la puerta. Una era de Julio Aguinagalde, que quería saber qué había pasado en Forjas, y otra de José Miguel Azcoitia, que me pedía que fuera a verlo lo antes posible a su periódico. Allí me dirigí.

José Miguel quería saber qué estaba pasando, por qué habían asaltado la sede de Forjas, qué escondía yo o si sabía por qué había ocurrido. Me dijo que en Bilbao no se recordaba nada igual en los últimos tiempos y que la policía andaba con la mosca detrás de la oreja. «Estás en el punto de mira de mucha gente. Lo mejor que podrías hacer es largarte una temporada. Desaparece una temporada de Bilbao».

Salí del edificio de *La Ría* y decidí ir caminando hasta Colón. Era una noche fría y húmeda. Apenas se veía un alma en la calle y solo un par de camiones que recogían la basura rompían el silencio. El rótulo luminoso del diario de José Miguel casi se perdía a mis espaldas y por delante aún me quedaban unos doscientos metros para llegar a San Vicente. Un coche que bajaba hacia los muelles me deslumbró con sus faros, tanto, que no pude distinguir que alguien se dirigía hacia mí.

Quedé hecho un trapo, desfigurado, con incontables golpes en el cuerpo, inconsciente, hasta que alguien me llevó al hospital. Cuando desperté, pude ver a mi madre y a Julio Aguinagalde. Me mostraron la portada de *La Ría*: «Ramón Ayestarán agredido por unos desconocidos». La crónica aludía

también al asalto de la sede de Forjas, y José Miguel Azcoitia, en un artículo que firmaba en la misma página, se preguntaba si la policía de Bilbao estaba realmente interesada en llegar al fondo de lo que estaba ocurriendo en torno a mi persona. Aunque sin afirmar que hubiera relación directa entre ambas cuestiones, Azcoitia informaba también acerca de la reciente venta de Forjas a los ingleses.

Del hospital me llevaron a la casa de Neguri, donde la convalecencia de mis heridas me brindó la oportunidad de pensar en los consejos de José Miguel y decidir poner distancia, al menos durante un tiempo, con el clima de beligerancia que habían originado mis decisiones familiares y empresariales.

Para mi madre, la primera persona que supo de mis proyectos, aquello fue un auténtico alivio que le permitiría vivir sin sobresaltos en su nueva casa de San Sebastián, cada día más lejos de los Ayestarán, de los que, tanto por el desprecio que percibía en sus silencios como por solidaridad hacia mí, prefería no saber demasiado en el futuro.

Un mes después ultimaba mis preparativos para viajar a Londres y a Estados Unidos. Despaché con Julio Aguinagalde los poderes para que tramitara mis órdenes bancarias. Mi cartera de acciones en el Crédito de la Unión Minera y mis títulos de deuda norteamericana, todo lo que Víctor Sodupe tenía depositado en su banco, sería reflejado en informes trimestrales que mi abogado y amigo me haría llegar. Julio quedó también al cargo de mantener siempre en condiciones el despacho de la calle Colón, que aquella tarde de septiembre había acabado de poner en orden antes de ir a Neguri y

después al puerto para embarcar rumbo a Londres. Se fue y me quedé solo.

Fui hasta la habitación que daba al patio y miré hacia arriba, buscando alguna luz en la casa de Sofía. De nuevo me disponía a alejarme de ella, y otra vez volví a sentir la misma desazón de Plencia, dos años antes, cuando viajé a Boston dejándola atrás. Desde que Azcoitia me había escrito informándome de su boda, pocos habían sido los días en que no había pensado que aquella mujer debería haber sido mía, que era incomprensible que se hubiera echado en brazos de aquel oscuro sujeto. En mi fuero interno no renunciaba a que algún día pudiera venirse conmigo, aunque para ello tuviera que romper todas las ataduras que la unían a Arruabarrena.

La luz de la ventana se encendió y su silueta apareció dibujada en el patio. Creo que pasaron unos minutos hasta que el galope de mi corazón y la adrenalina me dejaron por fin articular una sola palabra: «¡Baja!».

Unos golpes discretos en la puerta precedieron a su aparición ante mí. Estaba aún más bella que en la fiesta de Plencia. Esbelta, con una larga melena morena recogida sobre la cabeza, labios marcados y un cuello muy delgado, de apariencia frágil. Solo sus ojeras ensombrecían algo su aspecto.

No habló. Me besó como tantas veces había soñado en Boston, pero su decisión desbordó sobradamente mi imaginación cuando muy poco después hacíamos el amor con auténtica furia, como si ambos nos jugáramos la vida en aquel instante.

Sabía mucho más que yo –acaso yo no sabía nada– de las artes de la cama. Tomó siempre la iniciativa, la primera, la segunda y la tercera vez. No me dejó hablar y tapó una y otra vez mis labios con la mano cuando le pregunté por su vida, si era feliz, si creía que su marido la quería. Me respondió únicamente con su cuerpo desnudo, excitando el mío y no dejando lugar para las palabras.

Estuvimos así unas dos horas, hasta que una voz grave, tosca, gritó su nombre dos pisos arriba. Se levantó de un salto, comenzó a vestirse a toda prisa y me dijo adiós. Durante unos minutos escuché los gritos de Fernando Arruabarrena, que ahogaba con sus voces la voz acongojada de Sofía.

Camino de Neguri, donde la mañana siguiente había quedado muy temprano con José Miguel Azcoitia para que me llevara al barco de Londres, no dejé de pensar en ella y en el final de aquella discusión. Fernando Arruabarrena aparecía ante mí aún más perverso que en la descripción que mis amigos y mi madre habían hecho de él. Era un hombre frío en la política, implacable en sus decisiones y con toda seguridad impredecible en sus reacciones. Una desazón se instaló en mí, pese a lo cual decidí no compartir con nadie la aventura de mi despacho de Colón.

En aquellos momentos, la víspera de mi viaje a Londres y Boston, mi cabeza estaba ocupada por un conjunto de sentimientos confusos de amarga ilusión, melancolía y ánimo de venganza. Aún hoy no sabría definir con más claridad aquellos días, ni siquiera si aquel ardiente encuentro con Sofía escondía sentimientos reales o era un capítulo más de mi

heterodoxo y bastante errático comportamiento. Acaso mi irrupción en la vida de la mujer de Arruabarrena no respondía sino a la necesidad inconsciente de encontrar argumentos con los que llenar mi vacío personal. Había destapado, puede que en el fondo sin ilusión real y sin la menor lógica, una caja de truenos buscando en ella unos recuerdos muertos, irreales y sobre todo irrecuperables. Todo aquello hacía que me sintiera mal, con un desasosiego para el que no encontraba explicación ni consuelo.

Me eché en la cama, con una copa de whisky en la mesilla, y miré al techo preguntándome qué coño me proponía hacer con mi vida. Entre aquellas paredes, en la ciudad que mi abuelo había elegido para acercarse a una meta social que nunca había llegado a alcanzar, me miraba en mi propio espejo con un despiste horrible y la mente obtusa por el dinero que me había caído tras la muerte de mi padre. Creo que fue eso, el dinero, lo que acabó de nublar la inteligencia con que Dios me trajo al mundo.

Dormí hasta que José Miguel Azcoitia llamó al timbre repetidamente y Horacio, el guardés, me avisó para que comenzara a prepararme. Mi amigo, que había traído bajo el brazo un ejemplar de *La Ría*, se mostraba silencioso y parecía evitar mirarme a los ojos. Sentado en una silla de aquel recibidor acristalado, observaba impávido el retrato del general Zumalacárregui que tantas horas había mirado en mi infancia, cuando pasaba horas y horas junto al fuego de la chimenea con York, el perro de mi abuelo Luis.

—¿Qué vas a hacer con ese cuadro?

—No creo que mi madre se lo quiera llevar a San Sebastián. No sé, puede que incluso le pudiera sacar unas pesetas si se lo vendo a mi tío Javier. Para él todo lo que hay en esta casa, lo mismo que en la de la plaza Elíptica, forma un conjunto de símbolos sagrados. Creo que para un fetichista como él este cuadro sería una adquisición de gran valor. Pero no, se va a joder, porque si de mí depende, no lo tendrá nunca.

Desde Neguri hasta la aduana José Miguel quiso hurgar un poco en mis sentimientos hostiles hacia la familia que me lo había dado todo, sentimientos que él no podía acabar de entender. Su amistad conmigo no había sido una barrera para decirme en más de una ocasión que no me comprendía, que mi fortuna y mi aparente infelicidad no se correspondían. Siempre le había cerrado las puertas de mis pensamientos. Aquel día también.

El City of London estaba amarrado en la primera dársena. Era un barco nuevo, con un pabellón inglés impecable, en la misma línea de los uniformes de los oficiales que esperaban al final de la pasarela a los pasajeros que iban llegando. A proa la grúa iba elevando las plataformas de madera con los equipajes que los estibadores amarraban con mallas de cuerda para evitar que cayeran al agua.

En un escritorio improvisado con cajas y un tablero, un guardia civil sellaba los pasaportes de los viajeros y el médico del navio revisaba los certificados de vacunas que las autoridades británicas seguían exigiendo a los que llegaban desde el continente, especialmente desde España y Portugal. Tras pasar ese trámite, la naviera ofrecía a los pasajeros un

librito sobre Londres y sus alrededores. Era como si desde aquel momento, al subir por la pasarela, comenzaras a sentirte fuera de España y formarás ya parte del Imperio.

Aquel Welcome me sonó a música celestial, como si estuviera traspasando el umbral de una nueva vida y dejara atrás para siempre todo lo que durante tantos años no había podido comprender. Estaba dando la espalda al pasado, y no tenía la menor intención de girar la cabeza.

Tardamos poco más de una hora en soltar amarras y enfilar hacia la bocana del puerto, desde donde la costa de Vizcaya comenzó a diluirse entre la bruma. Dediqué el resto del día a tomar notas en mi camarote. Eran instrucciones para que Julio Aguinagalde transfiriera los intereses de mis cuentas a plazo y mi cartera a las oficinas principales del Lloyds en Londres, desde donde me resultaría mucho más fácil disponer de efectivo, ya fuera en la misma Inglaterra o en Boston, adonde me dirigiría para seguir la pista de Retuerto.

Al llegar al hotel George V pedí que telegrafiaran a Julio Aguinagalde avisándole, de que por correo certificado, le enviaba todas las órdenes para el Crédito de la Unión Minera, con los números de mis nuevas cuentas en el Lloyds y la petición de que enviaran a Boston copia de mi firma de cara a posibles reintegros en efectivo.

Ya en la habitación llamé a mi madre a San Sebastián. Estaba muy disgustada y hablaba atropelladamente. Me contó que mi tío Javier no pensaba más que en vengarse de mí, que le había enviado a un abogado para recordarle que, contrariamente a lo

ocurrido con la casa de plaza Elíptica, tenía derecho de tanteo sobre la de Neguri, y que en aquella ocasión no estaba dispuesto a perder ninguno de sus derechos.

Salí a la City a ver cómo iban los mercados y me complací viendo que los valores de mi cartera gozaban de muy buena salud. Fui a la agencia de viajes Cook y encargué un pasaje para el barco que al día siguiente partía hacia Boston. Me senté en un café e intenté sin éxito escribir unas líneas a mi madre para tranquilizarla. Desistí porque pensé que trasladarle mis erráticos pensamientos era en el fondo una desconsideración.

BOSTON, 1930

El Mayflower no había cambiado desde el día de mi reencuentro con Retuerto. El mismo trasiego de gentes, no menor el del alcohol que iba desde la barra hasta las mesas y aún mayor el paisaje de barcos que, amarrados y abarloados, descargaban o esperaban mercancías. Busqué mesa entre aquel bullicio y acabé sentándome en uno de los dos taburetes situados en torno a una mesa redonda en la esquina, al abrigo de dos celosías que marcaban los límites de la terraza del establecimiento con la calle.

Esperé a que el camarero, el mismo que nos había servido las cervezas al Zanahoria y a mí, advirtiera mi presencia y se decidiera a preguntarme qué deseaba beber. Tardó bastante en venir, pese a que su mirada se había cruzado con la mía nada más sentarme. Todos le llamaban Sebastiao. Debía de ser portugués o brasileño. Era un personaje de entre cincuenta y cincuenta y cinco años, de mi misma estatura, de ojos brillantes, de pelo negro azabache muy rizado, seco como la cecina. Su musculatura, como si de un tapiz se tratara, apenas cubría las aristas de sus huesos. Sus movimientos eran lentos. Respondía a los encargos sin apremio, no permitiendo que la demanda de jarras le agobiara. Tomaba nota en una libreta,

trazaba una raya horizontal entre una y otra comanda y continuaba, sin cambiar de ritmo, recogiendo las copas vacías, pasando el trapo húmedo por las mesas y vaciando los ceniceros, como dando a entender a los clientes que sí, que ya sabía lo que querían tomar, pero que les serviría cuando a él le diera la gana. Con la misma parsimonia volvía con la bandeja llena de cervezas y las dejaba una a una frente a los gaznates ávidos de toda aquella clientela. Era el pequeño rey de aquel diminuto reino. En aquellos parajes nadie le tosía, ni siquiera los que estaban por encima de él. En cuanto a mí, por muy llenos de dinero que tuviera los bolsillos, no era más importante que cualquiera de los estibadores sentados en las mesas cercanas, que ganaban diez dólares semanales.

Tuve que esperar hasta el cierre, alternando la cerveza con la limonada, para que Sebastiao mostrara interés por mí. En ese momento se acercó, se sentó a mi mesa en la banqueta libre y me preguntó: «Busca La Flamenca, ¿verdad?».

Me contó entonces que aquella goleta no había vuelto a amarrar en Boston desde el incidente con los aduaneros y que nadie le había dado noticias sobre su paradero. Se quedó mirándome fijamente y me preguntó: «¿A usted también le debe dinero?». Decidí pagar a Sebastiao las deudas de Retuerto, cincuenta dólares. Pensé que era la única manera de ganarme su confianza y obtener alguna información más acerca de mi amigo. Le pregunté entonces por San Gregorio, aquella pequeña isla caribeña de la que, según me había contado el Zanahoria, escapaban en La Flamenca sin pagar las tasas del abrigo portuario.

Estaba en el buen camino. Sebastiao recogió enseguida el testigo de los dólares y de mis datos sobre Retuerto y La Flamenca y comenzó a hablar de aquella isla. Se trataba de una pequeña república a pocas millas de la isla de Granada. Debido a su pobreza, ninguno de los países limítrofes había puesto reparos a su independencia. A finales del siglo XIX anexionarse aquel pequeño territorio suponía también obligarse a unos gastos de mantenimiento a cambio de casi nada. Porque, según Sebastiao, San Gregorio no contaba con más riqueza que algo de pesca, que no llegaba para cubrir las necesidades de la población local, y un mínimo comercio con los pocos que se apartaban de las principales rutas atlánticas y se decidían a fondear allí.

Retuerto, como otros hombres en deuda con la ley, había encontrado allí un lugar en el que se le preguntaba poco por el origen de su dinero y se le toleraban toda clase de irregularidades administrativas. En San Gregorio se podía cambiar el nombre de un barco y el de sus tripulantes sin ningún tipo de aval.

No era fácil ir. Había que esperar algún mercante que incluyera en su derrota una escala en San Gregorio, y por supuesto disponer de una buena cantidad de dinero para acabar de persuadir a su capitán. Según Sebastiao, debía de estar a punto de llegar a Boston el Reina Elisa, un tres palos de Funchal que en otras ocasiones había seguido esos rumbos hacia el sur. Pagué mis cervezas y dejé una buena propina al portugués, sin olvidar comentarle que algo más le caería si me avisaba a tiempo de la llegada de aquel barco de Madeira.

De nuevo en el hotel, calculé la diferencia horaria y llamé a Bilbao. Allí era media tarde. La voz de Julio Aguinagalde sonaba muy lejana y resultaba muy difícil sincronizar la conversación. Podía escuchar mis propias palabras solapadas sobre las suyas si no ponía cuidado en dejar una pequeña pausa entre lo que él y yo decíamos. Al margen de aquella circunstancia, lo cierto es que la actitud de Julio parecía distante, de sus palabras no se percibía el menor calor, ni una pizca de alegría de escucharme. Me confirmó que había llevado a cabo todos los trámites que le había pedido desde Londres, incluida la firma a la sucursal del Lloyds de Boston, donde también podría recoger un paquete con correspondencia llegada a mi despacho de Bilbao.

«Ramón, antes de dejar Bilbao, ¿llegaste a ver a Sofía Berazagutía?», me preguntó de repente. No quise responder a aquella pregunta, que me heló por unos segundos la sangre. Después de colgar la angustia se apoderó de mí, pero decidí dar portazo a aquella llamada y sumergirme una vez más en el alcohol, aunque el recuerdo de mi encuentro con Sofía en la oficina de Colón y sobre todo de los gritos de Arruabarrena pesaron como una losa en mi cabeza. ¿Qué habría pasado allí tras mi marcha?

Mi tendencia a la bebida como confidente silenciosa y discreta había empezado en mi viaje a Bilbao, tras mi urgente regreso desde Boston por la muerte de mi padre. Hasta entonces no había sentido necesidad de diluir mis problemas en la bruma que se eleva desde la copa, en esa anestesia de la voluntad y el miedo que para ser eficaz debe ser alimentada constantemente y no morir en el retorno brusco hacia la realidad. Desde que había ahogado en coñac mi decisión de

vender la casa de la plaza Elíptica, me había ido refugiando una vez tras otra en el alcohol, que me transportaba a mi infancia.

A partir de aquellas cogorzas que fui agarrando desde mi ingreso en el mundo real empecé a entender las noches de Bilbao en que mi madre, tras los visillos del salón, miraba hacia las ventanas del bar del Carlton para ver si mi padre se decidía a cruzar la plaza y sumarse a la sopa, que muy a menudo se enfriaba sobre la mesa. Entendí también por qué mi madre me enviaba en más de una ocasión a cenar a la cocina con la Cinta.

Pero en Boston mis borracheras me parecían mucho más elegantes que las de mi padre en Bilbao. Seguramente él también pensaba que sus castañas en el Carlton tenían mucho más fundamento y mucha más ceremonia que las que supongo había agarrado mi abuelo Luis.

Entre copa y copa, con los consiguientes resacaes, pasé tres días en la capital de Massachusetts a la espera de la llamada de Sebastiao. En ningún momento fui más allá del Café Union, en la esquina siguiente de mi hotel, adonde tres días después un botones me trajo el mensaje.

El Reina Elisa era un carguero de vapor que hacía cabotaje de norte a sur, desde las costas de Terranova hasta el puerto panameño de Colón, llevando y trayendo las mercancías de importadores y exportadores cuyos volúmenes de carga no eran suficientemente grandes para fletar un barco propio. Aquel barco de Madeira, como muchos otros, era la única vía que los comerciantes de la costa este canadiense y norteamericana tenían para poder estibar sus productos en las

bodegas de los grandes cargueros que bajaban hacia Perú y Chile y subían hasta las costas californianas.

En aquella ocasión los salazones de arenque y bacalao canadiense ocupaban buena parte de sus bodegas, lo que era evidente al olfato desde los muelles. Su tripulación se ajustaba perfectamente a los estereotipos que el cine ha ofrecido siempre sobre los navegantes ilegales.

Entrar en el Reina Elisa fue algo así como decir adiós a la civilización, como cortar el cordón umbilical de mis comunicaciones. A bordo de aquel casco de madera calafateada, en el camarote diminuto que me iba a costar cien dólares de entonces, comenzaba a sentir la impresión de que me estaba alejando infinitamente de mis orígenes. Zarpamos aquella misma noche y con mar picada pusimos rumbo hacia Granada, mi destino. Dos días después amarrábamos en Manhattan, y tras descargar parte del pescado y cargar tabaco y aceites, continuamos descendiendo hacia el Ecuador.

Como el Reina Elisa no tenía que descargar ni cargar mercancías en Granada, el capitán decidió ahorrarse las tasas portuarias y optó por bajarme a un bote y hacerme llegar a remo hasta el muelle. En la aduana, tras explicar que estaba de paso y que no tenía ninguna mercancía que declarar, me informé de que la única vía para arribar a San Gregorio era llegar a un acuerdo con alguno de los pescadores que cada noche salían para pescar langosta a pocas millas de mi destino último. Allí mismo, con la ayuda del gendarme, apalabré mi transporte, y aquella tarde cargué mis maletas en la cubierta de un pesquero, un pequeño barco de madera, con un mulato

llamado Koldo a la caña del timón. Realmente intrigado por su nombre, acabé confiándole que yo era vasco y que su nombre era común en mi tierra.

«Yo también soy vasco –me dijo–. Me llamo Koldovika Ezquiaga».

Debo confesar que en aquellos momentos hubiera disfrutado como nadie paseando con mi abetunado paisano del Caribe por la Gran Vía, haciéndole subir a la sede de Forjas y sobre todo presentándoselo a mi hidalgo tío Javier. Mira por dónde, mi primera gran sorpresa desde mi emancipación había sido descubrir que aquellas historias que el Zanahoria contaba sobre Aitor Antxa, lejos de ser producto de la imaginación de mi amigo, se correspondían fielmente con la realidad de la vida misma. El infiel Aitor, el que hizo que el espíritu de Angustias, la cubana, se quedara para siempre habitando Antxaundi, no debía de haber sido el único en romper corazones y dejar descendencia en el Caribe. ¿Sería el espíritu de Angustias también negro, como la piel de Koldo?

Cuando se veía ya el puerto de San Gregorio, Koldo me preguntó por mis planes. Le extrañaba que un europeo tan trajeado y equipado se trasladara desde Europa hasta aquella isla casi perdida. Cuando le conté que iba a ver a Retuerto, el capitán de La Flamenca, sonrió de oreja a oreja y me preguntó: «¿Tu también eres pirata?».

Una vez en tierra me acerqué a un hombre que dormitaba sobre unas redes de pesca, entre cajas de madera y sacos de sal. Le pregunté por Retuerto y por La Flamenca, y como si del

mismísimo demonio se tratase, salió corriendo hacia las calles que rodeaban el puerto. Poco después volvió acompañado de una mujer impresionante, una caribeña de anuncio de ron, y de un marinero que más bien parecía su guardaespaldas. Se acercó a mí, me tomó del brazo y sin mostrar la menor simpatía me preguntó a qué se debía mi interés por el Zanahoria y su barco.

–Soy Ramón Ayestarán, amigo suyo.

Desde lo alto de una casa colonial que dominaba la plaza, con miradores y puertas de cuarterón, una voz ordenó al marinero y a la caribeña que me dejaran tranquilo.

–¡Ramontxu, joder! ¿Qué coño haces tú aquí?

Minutos después estábamos en torno a una larga mesa, en uno de cuyos extremos se amontonaban varias decenas de cartas marinas enrolladas. Las apartó aún más y extendió una, que sujetó con dos candelabros de bronce. Señaló con el dedo un pequeño punto y me dijo: «Mira, estás aquí, en el quinto coño, muy lejos de Bilbao».

La cerveza comenzó a correr. Apurábamos una jarra tras otra dejándonos llevar por la alegría del encuentro, por la narración de nuestras experiencias recientes, animados por aquella caribeña que nos reponía la bebida y cuya presencia era un regalo para la vista.

Retuerto me contó que, tras mi súbita marcha de Boston, coló el mayor cargamento de alcohol que se recuerda en la historia del contrabando de la Costa Este norteamericana, y

que La Flamenca, con todas sus velas desplegadas, había podido con los guardacostas de Massachusetts. Aquel incidente le había obligado a trasladar temporalmente su campo de operaciones hacia el sur, donde se dedicaba desde hacía meses a traficar en colaboración con los contrabandistas de Miami. Allí el negocio era menor, dado que los grandes mercados estaban más al norte, en torno a las grandes ciudades americanas, pero también lo era el riesgo, ya que los esfuerzos policiales americanos estaban concentrados especialmente en Nueva York y Boston.

–Pero volveré pronto, ya lo verás –me dijo.

Le puse al corriente de mi vida desde mi regreso a Bilbao, de la muerte de mi padre, de mi herencia y de mi decisión de romper con todas aquellas tradiciones que, como él bien sabía, nunca había compartido. La liquidación de todos los negocios, la venta del piso de la plaza Elíptica a los noruegos y de Forjas a los ingleses le dejaron realmente sorprendido.

–Debes de haber dejado atrás mucho rencor. Ten cuidado si vuelves algún día.

De pronto, al recordar lo que Koldo me había dicho poco antes de llegar a San Gregorio, sentí la necesidad de preguntarle:

–Oye, ¿de verdad eres pirata?

Iñaki tardó unos segundos en responderme. Se levantó y miró hacia el puerto.

–¿Ves? Ahí no está La Flamenca. Está en una dársena al otro lado de la isla, en un lugar no visible desde el mar, ni siquiera sus mástiles. Está allí fondeada porque es el barco más buscado por los americanos. Pero ni siquiera cuando llegan a este puerto consiguen dar con ella. Ni con ella ni conmigo, porque toda esta gente me ayuda y me avisa cuando se acercan para que tenga tiempo de atravesar la isla, embarcar y poder huir si las cosas se ponen feas. Esta es la vida que llevo. Sí, la verdad es que soy como un pirata, pero no como aquellos de Isla Tortuga, porque yo no mato a nadie. Me limito a ganar dinero rápido y a burlar la ley.

Aquel reencuentro se prolongó hasta bien entrada la noche, con música sabrosa y dos invitadas que fueron recibidas por el Zanahoria con repetidos toques en las nalgas.

–Mirad, bonitas, este es mi amigo Ramontxu. Espero que no pueda olvidar esta noche en toda su vida, así que a ver cómo os portáis con él. ¡Eh, Ramón, ven para acá!

Tal y como suponía, Iñaki era todo un pendejo, un auténtico profesional del pendoneo, mucho más de lo que yo me habría atrevido a soñar. Puso a girar el gramófono con unas rumbas que casaban perfectamente con aquel par de esculturales caribeñas, a las que los primeros ritmos hicieron un efecto casi automático. Sus caderas –no sé cómo demonios conseguían mover solo las caderas– empezaron a crear un ambiente enloquecedor, mucho más para un inexperto como yo. Él comenzó a acompañarlas con dominio de la escena, mirándolas a los ojos al tiempo que su cintura las rozaba una y otra vez. Y yo con una cara de gilipollas que válgame Dios.

Mi amigo se fue a dormir sin despedirse. En un momento dado me encontré solo y muy turbado con aquellas dos hembras a las que mi amigo ni siquiera me había presentado. Ellas siguieron bailando solas, para mí, excitándose mutuamente con contoneos y roces. De repente empezaron a desabrocharse los botones de sus blusas, soltaron el lazo de sus pareos y se quedaron sin más ropa que unas diminutas braguitas. Sus pechos no necesitaban ayuda para mantener los pezones en una agresiva horizontalidad.

Supongo que se dieron cuenta de que me costaba desinhibirme, porque no tardaron en traer más ron de la cocina. Me tomé un vaso de un solo trago. Las dos mujeres se dirigieron entonces al baño que comunicaba con la habitación. Oí cómo se duchaban dando cuenta de otros dos vasos de ron. Empecé a sentirme mucho más relajado. Aquello nada tenía que ver con los ataques de orquitis a los que estaba acostumbrado tras haber pasado toda una noche bailando con alguna de las buenas chicas del Náutico. No podía achantarme ante la flagrante realización de mis más osadas fantasías.

Unos minutos después regresaron del baño envueltas en una toalla. Me tumbaron en la cama, me desnudaron y se recostaron una a cada lado tras haber arrojado las toallas al suelo. Aquellas dos mujeres me transportaron, me confundí entre sus cuerpos, que a aquellas alturas ya no sabía distinguir, y descubrí, desde una perspectiva muy poco habitual por aquella época, detalles fantásticos del erotismo.

Cuando desperté ya no estaban allí, ni tampoco en el comedor, donde Iñaki Retuerto estudiaba una carta marina y

me esperaba para desayunar. Después del desayuno nos pusimos en camino hacia la dársena en la que estaba escondida La Flamenca. Caminamos poco más de una hora por senderos de vegetación cerrada, escuchando el ruido ensordecedor de cientos de ranas y pájaros de cantares distintos. Cuando por fin volvimos a ver el cielo abierto, apareció a nuestros pies, en un entrante angosto del mar, La Flamenca. Tenía echada el ancla y estaba amarrada por sus dos costados a cuatro enormes palmeras. Una pasarela comunicaba la cubierta con una atalaya de rocas por la que descendimos con cuidado.

A bordo estaba Tomás, el contramaestre, el segundo de la nave, aunque mostraba tanto respeto por mi amigo, que entre ellos parecía mediar un abismo. En aquella goleta el Zanahoria, más que el capitán, parecía un auténtico almirante.

Iñaki me presentó: «Este es mi amigo Ramontxu, el que me dejó tirado en Boston».

En su camarote hablamos del futuro. Le propuse entonces trabajar juntos, realizar grandes operaciones de contrabando. Haríamos una primera inversión para comprar cualquier producto rentable, tabaco, alcohol, lo que fuera. Yo pondría el dinero y él su experiencia, e iríamos al cincuenta por ciento.

«¿ Estás seguro ?», me preguntó.

CARIBE, 1930

Dos meses después de nuestro reencuentro compartí con el Zanahoria la primera adrenalina en mi nueva vida. Fue una noche de mayo en la que La Flamenca acercó su proa a Puerto Cabezas, al norte de Nicaragua, para descargar el primero de los cargamentos de armas que habíamos embarcado en Panamá con destino a la guerrilla de Augusto César Sandino. Las características de aquel viaje, sobre todo nuestra relación con los insurgentes contra el poder americano, produjeron en mí una gran excitación, una especie de valor electrizante que llegó a confundirme.

Iñaki debió de darse cuenta, porque antes de arriar los botes me cogió aparte y me explicó que todo aquello de la revolución era otra de las grandes quimeras que mantienen hipnotizadas las mentes menos cultivadas y de bolsillos más huecos. Con el mismo convencimiento con que años atrás había demonizado la máquina de vapor, proclamado la insuperabilidad del agnosticismo o defendido con pasión el hedonismo por el hedonismo, era corrosivamente escéptico con los ideales revolucionarios.

«Fíjate en que todas las revoluciones que han triunfado se han basado en el sacrificio de los hambrientos, de los desarraigados, y mira si es difícil encontrar regímenes derrocados exclusivamente por los más cultivados. Ni este Sandino ni ningún otro que lo suceda sabrá salvarse de la codicia que provoca el poder. Es siempre lo mismo. Cuando ya están arriba, cierran la puerta a sus espaldas y comienzan a protegerse de los siguientes insurgentes, que casi siempre vuelven a caer en la misma trampa de la demagogia de los salvadores».

Retuerto no se identificaba con aquellos libertadores, ni siquiera le interesaba estar al corriente de los proyectos que proponían. Se conformaba con que cumplieran los términos del acuerdo de compra. Y me advirtió que también yo debía asumir aquella postura si quería seguir siendo socio suyo.

Entregar armas en Nicaragua no ofrecía mayores dificultades, era un negocio fácil, así que pudimos repetir la misma operación en los siguientes meses, mientras esperábamos que el olvido de los guardacostas norteamericanos nos permitiera hacer nuevas incursiones en el mercado del alcohol, auténtico filón para los navegantes audaces en aquellos años.

Cuando por fin consideramos que había transcurrido un tiempo prudencial, pusimos rumbo a Boston, donde Retuerto se proponía contactar con el clan de irlandeses que controlaba el tráfico de whisky hacia Estados Unidos. Iba a proponerles comprar la carga en alta mar y, para no competir con ellos, colarla en Nueva York, donde además el precio del whisky en el mercado negro alcanzaba niveles muy superiores. Para ello

teníamos que ir a Massachusetts y sacar de mi cuenta en el Lloyds el dinero necesario para llenar nuestras bodegas de cajas de whisky.

En aquella semana de navegación tuvimos la ocasión de mantener largas conversaciones sobre las cosas de la vida que nos parecían más importantes. Retuerto, desde la fantasía de su vida aventurera, había evolucionado hacia el escepticismo, se mostraba incrédulo ante los grandes debates que ocupaban a la sociedad. Para él la lucha de clases no era más que la manipulación de los trabajadores por parte de poderes indefinidos, y como prueba de sus ideas apuntaba la relación entre sindicatos y partidos obreristas. Su crítica también alcanzaba a los sindicatos americanos, ya que decía que en América no era fácil saber hasta dónde llegaba su poder, que en algunos casos no era más que una extensión de los intereses del propio capital.

Monarquía o república ya no era un debate importante para él, pese a su origen carlista, y tanto daba Borbones sí, Borbones no. Retuerto decía que lo que tenía que hacer España era conquistar primero sus libertades y sobre todo educar a su gente al margen de la demagogia, ya fuera de derechas o de izquierdas.

Sin embargo, su filosofía frente a la vida seguía siendo la defensa de una libertad radical del individuo para elegir su propio futuro. En eso no había cambiado. Aunque traspasaba las fronteras de la ley a diario, había llevado a su propia persona aquellas propuestas que tanto había defendido de

niño. Con el tiempo he llegado a pensar que para el Zanahoria la libertad era simplemente ser siempre distinto de los demás.

A medida que nos acercábamos a Boston, la tensión de Retuerto y de la tripulación de La Flamenca fue aumentando. No era la primera vez que llegaban con identidad falsa, en este caso The Southwind, pero la última huida de los guardacostas les había hecho presentir muy cerca las frías celdas de la prisión. Aún recordaban cómo la oscuridad plena y el silencio de la tripulación durante toda la noche habían conseguido que sus perseguidores perdieran una estela a la que seguir. Cuando finalmente los vientos limpiaron la visibilidad, La Flamenca estaba millas mar adentro, libre de peligro.

The Southwind había recibido un buen lavado de cara en San Gregorio antes de poner rumbo al norte. La pintura verde del mascarón había dejado paso al negro, y un juego de velas nuevo había sustituido las que muy probablemente recordarían los aduaneros de Boston. El mismo Retuerto y el resto de la tripulación, también yo, habíamos adecuado nuestra indumentaria y vestíamos los uniformes oficiales de la Marina mercante de Nueva Zelanda, cuyo pabellón ondeaba a popa.

Las operaciones de amarre fueron lentas debido al tráfico del puerto y tuvimos que esperar a que quedara espacio para situar el barco cerca de los tinglados de la sociedad portuaria. Un funcionario subió a bordo y despachó con el contramaestre la derrota que nos proponíamos llevar a cabo, comprobó nuestra carga y finalmente nuestro libro de bitácora, una auténtica historia imaginada, con falsificaciones minuciosas de sellos de puertos que La Flamenca jamás había visitado.

Aunque con bastante retraso, el Zanahoria y yo nos proponíamos tomar aquellas cervezas que nunca llegamos a compartir por causa de mi urgente regreso a Bilbao. Eran aún las once de la mañana. Pensábamos que sobre las siete de la tarde cumpliríamos con el ritual, saludaríamos a Sebastiao, el portugués, y conectaríamos con los capos del alcohol de Boston. Para entonces yo debía haber sacado del Lloyds los cinco mil dólares que, a ojo de buen cubero, Retuerto calculó que nos costaría llenar las bodegas de cajas de whisky, una tercera parte de lo que podíamos sacar por ellas en Nueva York.

Me vestí de paisano y me perdí entre las calles próximas al puerto. Media hora después era recibido en el despacho del director del banco. Era el 26 de octubre de 1930 y hacía cuatro meses que no habíamos leído un diario ni sintonizado una emisora de radio. Su cara era circunstancial. Cuando le vi, no supe si mi presencia le producía simpatía o antipatía. Me pidió que me sentara. Tocó la campanilla y apareció su secretario, un hombre que, como él, se ajustaba perfectamente a los moldes de los empleados bancarios de los años veinte.

«Señor Ayestarán –comenzó a hablar con gran solemnidad–, mucho me temo que tiene usted serios problemas. Imagino que estará al corriente de los sucesos de Nueva York, de la caída de las bolsas, de la desconfianza de los inversores. Nadie se ha librado, y en Europa, también en España, los bancos pequeños, entre ellos el suyo, se han visto arrastrados por el pánico».

De un cartapacio con mi nombre escrito en perfecta letra redondilla fue sacando y me entregó varios telegramas que habían ido llegando de Bilbao durante las últimas semanas. Eran de Julio Aguinagalde. Todos se referían a lo mismo. El Crédito de la Unión Minera había suspendido pagos, y buena parte de sus directivos, entre ellos Víctor Sodupe, habían sido cesados. Algunos estaban incluso en chirona, y el banco, con todas mis acciones y saldos de cuentas corrientes, intervenido. En el último telegrama que leí, el más largo, Aguinagalde me informaba de que el Banco de España había garantizado saldos hasta cien mil pesetas (el mío superaba los cincuenta millones tras la venta de mis acciones a Sheffield), y nada decía de las carteras de acciones. Es decir, que todas aquellas participaciones que mi familia había ido acumulando durante dos generaciones y que junto con el negocio de Forjas constituían el patrimonio familiar no eran aparentemente más que humo. No quedaban más que las cien mil pesetas que, aun siendo una cantidad considerable por aquellas fechas, apenas me permitían más que solucionar mis problemas a corto plazo y me abocaban a tener que pensar en trabajar.

Hasta aquel desastre se habían ido acumulando intereses en el Lloyds por un valor de quince mil dólares. Con aquel dinero tenía por lo menos para volver a Bilbao, asistir a la junta de acreedores y dejar a Retuerto aquellos cinco mil dólares para comprar el whisky.

De regreso al puerto pensaba que aquel banco, el del Crédito de la Unión Minera, estaba dando un auténtico vuelco a mi vida. En aquel momento, con mis quince mil dólares en Boston y las cien mil pesetas en Bilbao, me parecía un poco más al

resto de los mortales. Lo que tenía no alcanzaba siquiera el valor de La Flamenca, así que mi patrimonio era más modesto que el del Zanahoria. Cuando, ya a bordo, le conté a Iñaki Retuerto lo que me había sucedido, comenzó a caminar por su camarote rascándose la barba. Me miraba una y otra vez y fijaba su atención en los cinco mil dólares que acababa de poner sobre la mesa.

«Con este dinero, y el que saquemos en Nueva York, y el de muchas otras operaciones como las que a partir de ahora vamos a hacer –me dijo– puedes olvidarte para siempre de Bilbao y de todos ellos. Tú ahora lo que tienes que hacer es aprender a navegar».

Desde aquella bienvenida a mi nueva vida comencé a ver claro el horizonte. Ni licenciado por Deusto, ni graduado en Boston, ni empresario, ni patricio en Bilbao. Iba a ser contrabandista. Me iba a ganar la vida con el extraperlo, vulnerando la línea de lo legal para llevarme un dinero al bolsillo. Sin duda mi madre, tan lejos, en San Sebastián, no podía imaginar el rumbo que estaba tomando mi vida. Para acabar de liquidar definitivamente mi pasado decidí volver a España para verla y hacerme de paso con las cien mil pesetas que, según Aguinagalde, el Banco de España me garantizaba como antiguo cuentacorrentista del Crédito de la Unión Minera.

Aquella idea fue rechazada tajantemente por el Zanahoria, que aquella noche no paró de repetirme una y otra vez que estaba cometiendo el mayor error de mi vida. «No es bueno remover el pasado cuando se ha decidido romper con él», me

repitió mientras buscaba soluciones para que pudiera encontrarme con mi madre. «No vuelvas a Bilbao, queda en Londres con ella, pero no en España». Retuerto insistió en su recomendación los días siguientes, siempre que encontraba ocasión, mientras navegábamos hacia aguas internacionales al encuentro del barco irlandés que nos entregaría la carga de whisky.

Aquella noche, muy brumosa, descubrí también el placer del miedo, el riesgo de la aventura. Los semblantes de aquellos marineros de Belfast que iban envolviendo en redes las cajas de licor y las colgaban de las poleas que las trasladarían hasta nuestra cubierta eran hieráticos, apenas pestañeaban ni se movían. Retuerto estaba a bordo con ellos, junto a su capitán, como garantía del pago del whisky cuando todo hubiera sido entregado. Tras el transbordo de la última caja y la entrega del fajo de cinco mil dólares se colgó de la polea y desde La Flamenca tiramos de él.

Cuando todo parecía haber acabado sonó un ruido ensordecedor y algo silbó por encima de nuestras cabezas, yéndose a estrellar contra el palo de la goleta irlandesa, que a partir de aquel momento perdió toda posibilidad de huir del vapor que oíamos acercarse a nosotros. Retuerto, que salvó por los pelos el pellejo, ordenó izar todo el velamen, y La Flamenca comenzó a perderse entre la bruma mientras podían oírse las voces de detención tras el abordaje de los aduaneros de Boston. Navegamos con sigilo los dos días siguientes, hasta que las luces de Nueva York aparecieron por fin en el horizonte.

No teníamos que entrar en el puerto, ya que el Zanahoria había acordado un punto de encuentro exterior con los destinatarios de nuestra carga. Aquella prudencia se había convertido en necesidad después de que los guardacostas de Boston hubieran atrapado el barco irlandés, y a esas alturas sus tripulantes deberían de haber contado ya todo lo que sabían, incluida la identidad circunstancial de nuestro barco.

Había rumiado aquella decisión desde que salimos de Boston y decidí comentarla de una vez con Retuerto. Tenía que viajar a Bilbao para salvar el dinero que el Banco de España me garantizaba, cerrar el despacho de Colón y despedirme de mi madre. No podía imaginar decir adiós a todo aquello sin una explicación mínima. Como imaginaba, el Zanahoria no compartió conmigo la oportunidad del viaje e insistió en que lo de mi madre lo podía resolver perfectamente en Londres.

«No me digas por qué, pero yo, en tu lugar, después de todo lo que me has contado, no regresaría jamás a Bilbao».

Aquella misma noche me perdía entre los tinglados del puerto de Nueva York, a la búsqueda de un taxi, con el propósito de tomar el primer barco que partiera con destino a Inglaterra. Atrás, con los beneficios de aquella partida de alcohol, rumbo hacia el sur y con el acuerdo mutuo de reencontrarnos en San Gregorio un mes después, Retuerto debía de seguir maldiciendo mi escasa inteligencia.

Llegué a Londres diez mañanas después, y pocas horas más tarde miraba hacia el horizonte desde la cubierta del ferry sabiendo que muy pronto volvería a ver las costas de Vizcaya.

BILBAO, 1930

Sentí unas náuseas parecidas a las que me provocó la paliza que recibí en Bilbao tras vender Forjas, aunque en esta ocasión sí que reconocí a mis agresores. Eran dos guardias civiles bastante más altos que los que me habían detenido al pie de la pasarela del ferry. Ocurrió después de sellar mi pasaporte y comprobar que mi nombre coincidía con uno de los que figuraban en la lista que tenían sobre la mesa. Medieron pocos segundos hasta que me vi esposado y empujado a golpes de culata de carabina hasta el coche celular que estaba aparcado frente a nosotros. Caí de morros en la chapa del suelo y me descarné la piel del pómulo derecho. Sangraba abundantemente, pero no podía quitarme las gotas que poco a poco fueron tiñendo de rojo toda mi cara.

Intenté explicarles quién era y pedirles que llamaran a Julio Aguinalalde, que les haría salir del horrible y desgraciado error en el que habían caído. Respondieron a mis palabras con la puntera de sus botas y un «¡Calla cabrón!» que pronunciaron casi al unísono.

El trayecto fue largo, con repetidos frenazos y tirones de embrague mientras atravesábamos las empedradas calles de

Bilbao, posiblemente la Gran Vía y tal vez también la plaza Elíptica hasta llegar a la comisaría de la calle Henao.

Fumaban y hablaban sin prestarme la menor atención, apoyándose en el cañón de sus carabinas. Eran iguales, casi dos clones: el mismo uniforme, los mismos herrajes y cartucheras, el mismo bigote de trazo escéptico. Ambos olían a sudor, a la mugre que escondían sus guerreras y sus pantalones, más fuerte aún que la que se acumula en las sotanas de los curas de pueblo.

No sabían por qué me habían detenido, aunque no les cabía la menor duda de que yo era culpable de algo, así que no se lo pensaban dos veces para zurrarme ante cualquier movimiento o palabra. Así funcionaban las cosas. Como pude comprobar aquel día, la Guardia Civil era un cuerpo entregado, de fe ciega, nacido para servir al orden y además muy disciplinado. Para ellos el acatamiento de las órdenes tenía un valor supremo, y la simple curiosidad les estaba vedada. Si había que detener a alguien, algo habría hecho.

Colocar a un hijo en la Guardia Civil era en aquellos años un auténtico seguro de vida para las clases rurales. Era la otra emigración de andaluces, extremeños y manchegos hacia los núcleos urbanos de Madrid, Barcelona y el País Vasco. El orden en los pueblos, las funciones de policía judicial, las fronteras, los puertos y las aduanas, como había ocurrido en mi caso, eran algunos de sus cometidos.

Aquellos dos no esperaron siquiera a que se abriera la puerta. Apenas había acabado de detenerse el coche celular en

el patio de los juzgados cuando ya me arrastraban hacia los adoquines que cubrían el suelo. Me llevaron en volandas cogido por los sobacos hasta unos aseos donde otro guardia me pasó un trapo húmedo por la cara y un cepillo por el pelo. Me hicieron caminar por un pasillo de paredes blancas revestidas con baldosas hasta que tras una puerta se abrió ante nosotros la «sala del crimen», como se llamaba a los juzgados en aquella ranchera desgarrada en la que el cantante pedía la pena de muerte si es que querer era un delito.

Me hicieron pasar y me sentaron en un banco sin respaldo en el que, como dos candelabros, se situaron también mis acompañantes. Frente a nosotros, a una altura superior, un hombre de pelo cano, que por sus rasgos no debía de pasar de los cincuenta, ordenaba diversos legajos. Leía a través de sus lentes y repartía en varios montones la documentación.

–Su nombre...

–Ayestarán, Ramón Ayestarán.

Buscó en la mesa y tomó una carpeta gris con una etiqueta numerada en el lomo. Soltó los lazos que la cerraban y acercó a sus ojos un papel que transparentaba varios sellos de tinta. Leyó y me dijo:

–Se le acusa a usted de ser el autor del asesinato de la señora Sofía Berazagutía, señora de Arruabarrena, aparecida muerta en su vivienda de la calle Colón de Larreategui el pasado 25 de febrero. Existe un testigo que afirma haberles visto juntos por última vez la misma tarde de su asesinato.

La voz no me salía de la garganta, tanto por la congoja como por la ausencia de una idea clara que transmitir. No podía decir aquello tan vulgar de «Soy inocente», tópico en los reos del celuloide. Simplemente yo no tenía nada que ver con aquella historia que, a tenor del volumen de papeles que contenía la carpeta gris, debía de haber generado ya toda suerte de argumentos y pesquisas.

Recordé de repente aquella pregunta telefónica de Julio Aguinagalde en torno a Sofía Berazagutía. Debí haberle preguntado y no haber escondido mi aventura con la mujer de Arruabarrena. Tal vez si lo hubiera hecho así, habría decidido no regresar a Bilbao y, como me proponía el Zanahoria, habría seguido a bordo de La Flamenca, viviendo del extraperlo en la costa Este de Estados Unidos.

Tardé poco tiempo en ser consciente de la gravedad de mi problema. A mis espaldas se abrieron las puertas de la sala y varias personas hicieron crujir con sus pasos la tarima de madera que cubría el suelo. Fueron tomando asiento a mi derecha. Eran Fernando Arruabarrena, mi tío Javier y Julio Aguinagalde, los tres juntos, escandalosamente mancomunados en la mesa de la acusación. El marido de Sofía, el hermano de mi padre y Julio, mi gran amigo de Deusto. ¡Qué gran confabulación!

Aguinagalde se puso en pie y comenzó a leer el pliego de acusaciones y pruebas que habían provocado mi detención. Dijo que el 25 de febrero Tomás García, el portero de la calle Colón, me había visto abandonar mi despacho y subir a pie hasta el segundo izquierda, donde vivían Fernando

Arruabarrena y Sofía Berazagutía, que había podido distinguir mi silueta en los ventanales de la habitación que daba al patio de luces y que un día después, el 26 de febrero, don Fernando, al regresar de Madrid, había descubierto el cuerpo muerto de su mujer, que había sido estrangulada.

¡Falso! ¡Todo falso! Para empezar, yo no había subido a casa de Sofía; era ella la que había bajado a mi despacho. Pero lo más grave era que Fernando Arruabarrena había regresado aquella misma tarde a su casa, no un día después, como parecía haber declarado Tomás. ¿Qué significaba todo aquello?

Miré a Julio esperando inútilmente que me respondiera algo, aunque fuera con una mueca de impotencia. Hice otro tanto con mi tío Javier, que mantuvo su mirada y un gesto irónico que delataba hasta qué punto gozaba de una situación que había estado deseando desde la muerte de mi padre.

Los tres se levantaron al tiempo y, tras entregar al juez los documentos en los que se ratificaban en sus declaraciones a la policía, iniciaron el camino de salida de la sala. Solo el hermano de mi padre se acercó a mí y me susurró al oído algo que nunca he podido olvidar: «Ramón, no te queda nada, ni dinero, ni poder».

Fue el último en salir. Avanzaba con paso solemne, ridículo, en la línea de lo que había sido toda su vida. Si mi padre o mi madre le hubieran podido ver con aquellos ademanes, sin duda no habrían podido reprimir la risa. Pero en aquellos momentos, acaso por primera en toda su desdichada existencia, tenía la sartén por el mango. Mi tío Javier iba a dar inicio a su gran

venganza, la gran escena en la que se le iban a reparar todas las injusticias históricas. A través de mí se disponía a enterrar todos sus complejos y a aplacar por fin sus rencores.

Aquel juez despachó el asunto en pocas palabras—«Prisión incondicional»—, no sin antes preguntarme si quería comunicar a alguien cuál era mi situación.

Hablé con mi madre. La conferencia duró poco más de una hora, siempre escoltado por aquellos dos candelabros vestidos de verde y con un tricornio a modo de mecha. Fue la penúltima vez que oí su voz, y la verdad es que hubiera preferido no hacerlo, ya que al menos hoy conservaría un buen recuerdo de ella. En aquella conversación sentí hasta qué punto me había quedado realmente solo. Sus palabras aludían exclusivamente a la deshonra. Todo el problema de aquel momento no era si yo debía o no estar detenido, si había asesinado o no a Sofía Berazagutía. Lo único importante era el bochorno que suponía tener un hijo en la cárcel, que en San Sebastián pensaran que el nieto de los Menchaca era un asesino. No escuchaba, solo lloraba. No pudo oír nada de lo que le intentaba explicar, ni mis juramentos de inocencia, ni el convencimiento de que había sido él, Fernando Arruabarrena, el que había matado a Sofía. No se enteró de que mi abogado, Julio Aguinagalde, se había pasado al bando de quienes me querían encerrar en prisión de por vida, como mínimo. Seguramente tampoco concedió ninguna importancia a las palabras de mi tío Javier tras mi detención. El honor, la honra y sobre todo el miedo a las consecuencias que podría tener defender a su hijo pudieron más que el cariño y la comprensión, como había sucedido

desde los catorce años, cuando había empezado a defender mis propias ideas.

Tras aquella conversación me trasladaron a los calabozos de la Audiencia, y de allí, en un furgón de hierro, aunque sentado en lugar de tirado, ingresé en el penal del Dueso, que fue mi casa durante los seis meses que precedieron a la vista.

El juicio ejemplar complació a todos, tanto a los más necesitados –nada mejor que ver a un rico en el banquillo– como a los que habían escrito sin líneas el código deontológico de los todopoderosos. Para los primeros mi procesamiento aliviaba el rencor que destilaba su lucha de clases y la miseria que padecían. Para los segundos mi juicio debía servir de ejemplo para todos aquellos miembros de la oligarquía a los que en lo sucesivo se les pasara por la cabeza cambiar las reglas del juego.

Mi tío Javier; al que la muerte de mi padre y mis miserias asesinas habían encumbrado socialmente, estaba exultante y era el más radical y ferviente defensor de la pena capital para mí. Así lo había declarado en el pliego de acusaciones que había depositado en el juzgado: «Pese al dolor que produce en mi corazón por ser hijo de mi difunto hermano, pido que le sea aplicada la pena más severa a mi sobrino Ramón Ayestarán».

Fernando Arruabarrena, monárquico de pro, fiel a la dictadura de Primo de Rivera y buen camaleón político, asumió en aquellas fechas el más desgarrador de los victimismos. Se presentaba como un hombre de familia profundamente afectado por la incursión de quienes no valoran el matrimonio,

de los que hacen del adulterio un juego o incluso un reto de superación de su propia masculinidad. Su papel de cornudo no pareció afectarle excesivamente durante la vista pública, que llenó planas y planas de los diarios de Bilbao. El asesinato de su mujer le había rehabilitado, había actuado como una bula amnésica frente a sus conocidos y crónicos devaneos. Seguía siendo el hombre influyente de siempre y tenía cogidos por los huevos a todos aquellos que en Bilbao habían acudido a él en demanda de favores. Es decir, a muchísimos de los proceres de la vida económica y social, entre ellos mi tío.

Aguinagalde, el gran Judas de mi vida, hizo gala de una frialdad pasmosa. Actuó como si no me conociera de nada. Me miraba de forma ausente, sin la menor sorpresa o rubor. Tenía buen aspecto, iba mejor vestido y había engordado más de cinco kilos, posiblemente gracias a los millones que me había robado. Solo él había podido entregar a mi tío Javier aquel cofre de madera que había depositado en la caja fuerte del Crédito de la Unión Minera.

Frente a los tres no conté con más ayuda que la de un abogado de oficio que me asignó el magistrado que llevó mi caso. Era un hombre que aparentaba más edad que la que realmente tenía, treinta y cinco o treinta y seis, y que había pasado sucesivamente por el seminario y por las aulas de la Facultad de Derecho de Salamanca. Me contó que se había trasladado a Bilbao porque en la ciudad de fray Luis de León y de Unamuno no tenían futuro quienes habían renunciado a la vocación para abrazarse al mundanal placer. Y es que Jonás Guijarro, ese era su nombre, se había enamorado de una novicia clarisa a la que había conocido en la procesión del

Corpus. En Bilbao nadie le había preguntado por aquel trance personal, aunque lo cierto era que él tampoco había sido excesivamente explícito con su currículum. Trabajaba en los casos que le caían por turno y en la asesoría jurídica del Sindicato del Metal. Vivía con la joven religiosa en una pensión y estaba ahorrando para poder montarse un pequeño despacho e incluso tener un pasante propio.

Pero cuando estuvo al corriente de todas las acusaciones y pruebas en mi contra, comprendió que conmigo no iba a llegar al estrellato judicial ni a obtener mucho beneficio. Me lo dijo claramente: «A ti, si te salvo la vida, ya te puedes dar con un canto en los dientes». Guijarro era un hombre franco, y en aquella ocasión su sinceridad tomó tintes fúnebres. Me propuso que aceptara mi culpabilidad, porque solo así él podría alegar atenuantes, como pérdida pasajera de la racionalidad, turbación, alcoholismo u obsesión sexual, a elegir alguna de ellas, o todas juntas, según la gravedad con que se iniciara la vista. Aquella confesión y las debidas gestiones ante el Gobierno de Madrid podrían librarme del garrote.

Me resistí hasta una semana antes del comienzo del juicio en la Audiencia de Bilbao, justo hasta el momento en que mi madre y mi tío Carmelo vinieron al Dueso a verme. Entonces perdí las pocas esperanzas que todavía me quedaban de defender mi inocencia. Mi madre gimoteaba y pronunciaba frases ininteligibles con un hipo que hoy me parece cómico. Se tapaba la cara con las manos, y cuando las retiraba para mirarme, agudizaba más el llanto, tanto, que los guardianes entraban en el consultorio alarmados. Mi tío Carmelo, que había conseguido aquella visita gracias a la influencia que el

provincial de la Compañía tenía en Santander, tranquilizó una y otra vez a los celadores hasta que, al ver que el estado de ánimo de su hermana no mejoraba, les pidió que se la llevaran de allí.

Como en la víspera de mi marcha a Tudela, mi tío permaneció al principio en silencio. Por fin me puso la mano en el hombro y me dijo: «Ramontxu, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes ahí dentro que tanto te corroe? ¿Por qué has arruinado tu vida?». Durante un largo rato me dejó responderle. Me recordó los disgustos que le había dado a mi padre, mis extrañas ideas sobre los anarquistas, mi amistad con Retuerto, la venta de la casa de la plaza Elíptica y de Forjas, mi desaire al Banco de Bilbao, mi ruina por confiar mi dinero a un banco casi en quiebra... y el asesinato de Sofía. Me pidió que me declarara culpable argumentando también él que era la única posibilidad de salvarme de una muerte segura, y puso tanto el acento en la bondad de aquella decisión, que hubo momentos en los que me pareció que el reo era él y no yo. Pero para mí era evidente que lo único que deseaba era redimir la mala imagen de la familia, limpiar con mi arrepentimiento su gran problema social. Un penado deja de estar en el recuerdo de las personas transcurrido cierto tiempo, mientras que un ejecutado planea siempre en la memoria de los que quedan. Con el paso de los años Ramontxu Ayestarán se habría evaporado entre rejas, habría desaparecido de sus vidas.

Decidí hacerles caso, declararme culpable, y así se lo hice saber a Jonás Guijarro, que me felicitó efusivamente, como si acabara de tocarme la lotería. Empezó a preparar mis palabras

y a coordinar las gestiones necesarias para conseguir la conmutación de la pena.

Creo que todos lo sabían. Lo noté nada más entrar en la sala y ver a mis tres acusadores con cara de evidente felicidad. Me miraron con ironía e indiferencia, lo que hizo que me sintiera diminuto y se disparara de forma imparable mi odio hacia ellos.

El juez me pidió que me levantara y me preguntó si conocía las acusaciones contra mí. Tras responderle afirmativamente, me inquirió acerca de mi inocencia o culpabilidad.

Tardé unos segundos en hablar, los mismos que dediqué a repasar con la mirada a todos aquellos que habían asistido a ver cómo me condenaban. Mi madre no estaba, tal vez había delegado su misericordia en su hermano. José Miguel Azcoitia tomaba notas en un cuaderno. Me dedicó la primera sonrisa que vi desde mi detención. Reconocí a compañeros de Deusto, a vecinos de mis padres, al doctor Ochandiano, médico de cabecera –como su padre y su abuelo– de la familia Ayestarán. Al fondo, sentada en un rincón, con un pañuelo anudado a la cabeza, con unos pocos años más, con aquellas dos tetas inmensas que tanto me reconfortaron en mi soledad y en mi desgracia, mirándome como lo había hecho antes de abandonar la casa de mis padres, estaba la Cinta. Al cruzar mi mirada con la suya mis ojos se cuajaron de lágrimas y una incontenible angustia cerró mi garganta.

«¡Di la verdad, Ramontxu, di siempre la verdad!», gritó con su inconfundible timbre de voz.

Dos agentes del orden la tomaron por los sobacos y la sacaron de la sala en volandas mientras un murmullo que pronto se convirtió en verborrea generalizada hizo que el magistrado aporreara la mesa con una maza de madera y ordenara silencio. Volvió entonces a preguntarme sobre mi inocencia o mi culpabilidad.

Renacieron en mí aquellos adolescentes sentimientos del día previo al despido de la Cinta y de mi destierro a Tudela. Lo dije. Justo lo contrario de lo que esperaban todos, mi abogado, mi madre y los tres risueños acusadores: «Soy inocente, señoría, y el autor del asesinato es aquel hombre –señalé a Arruabarrena–, que desde que se casó con Sofía Berazagutía no hizo otra cosa que engañarla y maltratarla. Junto a él se sienta una persona llena de amargura y rencor, el hermano de mi padre, que solo busca venganza, y, cómo no, también un amigo desleal, su abogado, que lo fue mío hasta hace muy poco. Inocente, señoría, soy inocente hasta la médula».

El revuelo fue mayúsculo, aunque breve, ya que Jonás Guijarro pidió al juez una demora para recomponer su estrategia. La vista se reanudó la mañana siguiente y se prolongó una semana, durante la cual el peso de la confabulación me llevó a la antesala del garrote.

La tarde anterior al dictado de sentencia José Miguel Azcoitia vino a visitarme a la celda de la Audiencia, donde me alojaba provisionalmente, a la espera de que me fuera adjudicado un destino definitivo. No nos veíamos desde mi marcha a Londres, cuando me previno acerca de Fernando Arruabarrena. No me recordó aquel capítulo para no mermar aún más mi escasa

autoestima. Prefirió agotar su paquete de cigarrillos recordando los tiempos del colegio y las fiestas en Neguri. Estoy convencido de que fue una terapia intencionada, tal vez porque pensaba que ya me quedaba muy poco en este mundo. Una tras otra fueron desfilando por aquella mesa del locutorio las conquistas del hijo del editor de *La Ría*, auténtica envidia de sus amigos. Siempre afirmaba que las chicas bien de Guecho preferían para las aventuras, que no para los amores serios, a los mortales más vulgares, como él, y no a los de clase alta, como yo, que estábamos llamados únicamente a mantener la reproducción de la aristocracia. Hilaba aún más fino. El fariseísmo de la burguesía bilbaína partía precisamente de ese error de planteamiento. ¿Cómo algunos de los adinerados empresarios, banqueros y delfines de la industria naval vasca iban a llevar una vida clara, sin subterfugios, cuando antes de quedar atados por sus insípidos matrimonios de conveniencia no habían podido gozar de las dulzuras y glorias de las que los menos afortunados disfrutaban de forma casi instintiva? «A vosotros solo os quieren para llevaros al altar y convertiros en el principal activo de su patrimonio. Fíjate en tu padre o en tu abuelo, e imagina lo que hubieras podido ser tú si no...». Aquel día en la celda me contaba que, desde su condición de periodista liberal, seguía decidido a consolar a cuantas aristócratas quisieran poner a prueba las más íntimas reacciones de su condición femenina. Su vitola de columnista leído, el mundo que había recorrido y las confidencias que acerca de él se hacían entre no pocas jóvenes de clase alta bilbaína le llevaban a pensar que aquella forma de plantearse la vida aún no había sido amortizada del todo. En ningún momento me habló de mis desgracias. Antes de marchar prometió volver a visitarme.

José Miguel Azcoitia no faltó a la sesión en la que el juez comunicó la sentencia. Se sentó en primera fila. Cerca de él, un par de hileras atrás, estaba de nuevo la Cinta, aparentemente más tranquila que el día de su sonoro alegato por mi sinceridad. El resto de la sala estaba bastante despoblado. Al fin y al cabo el laconismo y la frialdad de la sentencia no merecían las esperas y los controles a los que el público se había sometido durante toda la semana, cuando podía presenciar en vivo y en directo el morbo de aquel folletín de la burguesía de la ciudad. De alguna manera todos habían visto ya saciada la sed de venganza pública que reportaba un juicio de aquellas características. Presenciar –y leer en los periódicos– todos los detalles de aquella historia, cuya gravedad se había ido agigantando a medida que transcurrían las sesiones de la vista, reconfortaba a la mayoría. La pena de muerte era un final cantado.

El magistrado pasó largo rato hablando con Aguinagalde, que recorría una y otra vez los metros que separaban su mesa del estrado. Los dos leían una nota manuscrita que Julio acabó entregando personalmente tras entrar en la secretaría de la sala y pasarla a limpio en una máquina de escribir cuyas teclas podíamos oír claramente desde la sala. Poco a poco los rumores se fueron apagando y los culos se acomodaron en los bancos. El magistrado ordenó que me pusiera en pie.

También se levantó Jonás, que para la ocasión se había puesto de punta en blanco, camisa almidonada, traje príncipe de Gales, seguramente heredado, porque le iba grande, y los codos y la corbata negra no podían disimular el brillo. Llevaba el pelo tan engominado que su cabeza parecía cubierta por un

casco de charol. Su indumentaria le hacía parecer otra persona y le investía de un cierto distanciamiento respecto a mí. Lo sabía todo: lo que el magistrado iba a leer y los términos que mi tío Javier y Arruabarrena, con el concurso de Julio Aguinagalde, habían pactado para no perpetuar en la memoria familiar el recuerdo de una ejecución. La sonrisa de mi abogado no se diferenciaba demasiado de la de mis acusadores.

El juez fue claro: se me consideraba culpable de un delito de asesinato y se decidía la aplicación de la pena de muerte. Sin embargo, la acusación entendía que mi errática conducta personal, familiar y social obligaba a un análisis psiquiátrico por si fuera procedente elevar al Gobierno la súplica de indulto que estaba previsto para los dementes. Culpable y además gilipollas. Todo en quince o veinte líneas.

La sala comenzó a vaciarse mientras dos tricornios volvían a colocarme las esposas y me pedían que me acercara a la presidencia, donde el juez me notificó que aquella misma tarde sería ingresado en el psiquiátrico de Oña. De allí pasaría a formar parte de la población reclusa del Dueso hasta mi ejecución, si los médicos decidían finalmente que estaba cuerdo.

Me metieron en un coche celular con cierta consideración –aquellos guardias pensaban ahora que estaba loco– y me pusieron una prenda que me iba a ser familiar en las siguientes semanas: la camisa de fuerza.

Ante aquellos enfermeros desensibilizados por la rutina mis explicaciones fueron inútiles. Seguramente todos los pasajeros con destino a Oña decían que estaban cuerdos y que un cúmulo de errores les había llevado a aquel siniestro viaje. En pocos segundos era un muñeco sin brazos, inmovilizado por unas correas que ataban mis manos a los costados de mi cuerpo y hacían de mí un ser desarmado, incapaz de retomar la vertical cuando los frenazos de la furgoneta me lanzaban contra las paredes acolchadas.

OÑA, 1933

El viaje a la locura duró unas cuatro horas. Después, cuando comprendí que yo era uno más en aquel horrible submundo de idiotas, comencé a sentirme todavía más diminuto.

Pelo rapado, revisión médica y una cena frugal (sopa de ajo y revuelto de huevos con tomate) antecedieron mi primer sueño en una gran sala en la que mi cama de hierro era una de las veinte que se alineaban en dos filas. En penumbra, porque los otros locos estaban ya dormidos hacía rato, me desnudé y me acurruqué bajo el par de mantas con las que había de defenderme de aquel horrible frío burgalés.

En Oña, siguiendo sin duda las presiones que llegaban de Bilbao, reunieron todos los argumentos necesarios para demostrar que yo estaba mal de la cabeza. Lo tuve claro desde la primera sesión de psicoanálisis a la que fui sometido. Dos médicos perfectamente sincronizados empezaron a lanzar una batería de preguntas cuyas respuestas estaban ya implícitas en el enunciado. Fui descubriendo así que la falta de afecto paterno me había llevado en la adolescencia a incomunicarme; que mi madre, con su mal administrada compasión, había inculcado en mí un inconcreto sentimiento de culpabilidad; que

mis años en Tudela habían provocado una horrible obsesión sexual, y, ahí es nada, que mis años de Boston me habían llevado al consumo de opiáceos, lo cual había dejado graves secuelas cerebrales. Con semejantes antecedentes se podía concluir que yo no era una persona normal y que el asesinato de Sofía Berazagutía había sido consecuencia de mi enajenación.

Tras las pruebas me integré en la rutina del hospital, donde tanto mi instinto de supervivencia como el hecho de descubrir que otros internos tampoco tenían nada de locos me ayudaron a aceptar mi situación. El Gobierno del general Primo de Rivera, sin duda debidamente aconsejado desde Bilbao, conmutó mi sentencia de muerte, que fue sustituida por una orden de reclusión perpetua en Oña.

Así empecé a pasar las hojas del calendario de mi nueva vida, en la que, a diferencia de lo ocurrido desde mi nacimiento, yo ya no era nadie. Había perdido los rasgos de mi personalidad y tenía que defender mi supervivencia en un nuevo mundo de tarados, celadores implacables y maricones, bajo el invisible control de una dirección hospitalaria cuyo principal objetivo era nuestra anulación personal.

En los tres años que sucedieron a mi indulto todos los internos caímos en la tentación de reafirmar nuestra independencia, hicimos pequeñas tentativas de rebelión personal e incluso manifestaciones espontáneas de nuestra condición humana. Todos éramos cruelmente conscientes de lo que nos estaba ocurriendo, de que la medicación actuaba como hormigón en nuestros cerebros y nos hacía perder la

voluntad, pero nos sentíamos incapaces de expresar nuestros pensamientos. En esas circunstancias tan solo nos quedaba el recurso de la mirada: las pastillas no podían matar el horror que se había instalado en nuestros ojos.

Mi soledad fue eternizando los segundos, los minutos, las horas y los días. Cada mañana me levantaba sin conciencia ni perspectiva de cuánto tiempo llevaba encerrado. El final y el principio se convirtieron en términos inconcretos, y hasta mi propia identidad comenzaba a ser difusa. Yo era R. A-122, la matrícula que figuraba en mi ropa, en mis sábanas y en la chapa remachada al pie de mi cama. Mis pensamientos empezaron a morir pese a seguir mi cuerpo con vida. Las reflexiones, ideas y rebeliones que habían circulado por mi cabeza desde que tuve uso de razón se calcificaban en mi cerebro. Estaba sucumbiendo como persona.

Habían pasado ya casi seis años cuando una mañana de domingo vino a visitarme José Miguel Azcoitia. Estaba yo en el huerto cuando un celador se acercó hasta el cruce de dos acequias donde yo acostumbraba a trabajar cerrando o dando paso al agua que regaba los surcos de cebollas, acelgas, coles y tomates que formaban parte de nuestra dieta. Era el único acto soberano, posiblemente la única muestra de dignidad que mantenía como persona. Mi aspecto debió de alarmar a José Miguel, que me preguntó reiteradamente si aquellos cabrones me tenían drogado. Nadie podía conservar su carácter en un lugar como aquel. De alguna manera aquello era mucho peor que una prisión, porque a los reclusos carcelarios les queda al menos la esperanza del final de la condena, de la ejecución, de la posibilidad de fugarse e incluso del suicidio.

Mi amigo me habló de Castleright, aquel inglés que me había sucedido como consejero delegado de Forjas Ayestarán. Días atrás le había llamado a su despacho de *La Ría* preguntándole por mí. Sabía de nuestra amistad y había seguido la vista judicial por los periódicos. Aquel empresario metalúrgico, que como muchos otros ingleses formaba ya parte de la otra inmigración de Bilbao, la que no padecía el menosprecio ni vivía hacinada en las bocaminas, parecía haberme tomado aprecio y, según José Miguel, creía que yo era incapaz de haber cometido un asesinato como aquel del que se me había acusado. Le había entregado unos papeles que pensó que podrían ser de mi interés. Se referían a actividades ocultas y prohibidas de mi padre y de mi tío, y en ellos aparecían conocidos personajes de la vida empresarial y política de Bilbao. Dichos papeles daban cuenta de los donativos que la Gran Logia de Bilbao había recogido para ayudar a los hermanos detenidos desde la instauración de la dictadura del general Primo de Rivera, en su mayoría abogados. Se trataba de sobornos para aligerar condenas y comprar voluntades, cantidades entregadas a Fernando Arruabarrena para gestiones en varios juzgados de Bilbao y Madrid.

Azcoitia sentía auténtico pavor ante todas aquellas revelaciones que Castleright debía de haber hallado en algún otro recoveco del despacho de mi padre en Forjas. Eran papeles recientes, no históricos, ya que en ese caso habrían ido a parar al armario de doble fondo en el que hallé los antecedentes bastardos de la hidalguía Ayestarán y los libros de la masonería bilbaína. Me quedé sobrecogido. Habían sido precisamente los descubrimientos de la historia oculta de los Ayestarán los que me habían llevado a la ruina y a pagar por un

delito que no había cometido. No quería volver a meter la mano en el fuego, al menos hasta que Arruabarrena dejara de ser inexpugnable. Le pedí a mi amigo que los guardara bien y que no hablara a nadie de su existencia.

OÑA, 1936

Aquella mañana no nos despertaron las campanillas de los celadores, sino las detonaciones de los disparos que llegaban desde la carretera de Burgos. Al principio eran espaciados, pero su frecuencia fue cada vez mayor hasta acabar convirtiéndose en estallidos continuados y sobrecogedores. Quienes apretaban el gatillo estaban en las calles de Oña. La dirección del psiquiátrico decidió agruparnos en los sótanos, junto a la carbonera, y esperar a que la situación se aclarase.

Aunque los locos de Oña no nos hubiéramos enterado, en aquellas fechas el país estaba revuelto. Poco a poco se iba sabiendo qué capitanías habían decidido sumarse al alzamiento de Franco y Yagüe, y quiénes se mantenían fieles a la República. Lo único que trascendió a través del capellán del hospital fue que Burgos se había alineado en el lugar que le correspondía, junto a la decencia, la moral y la defensa del cristianismo. Aquel cura, que también era coadjutor de la parroquia del pueblo, nos hizo rezar en agradecimiento a Dios por la inteligencia de los burgaleses y condenó de forma vehemente el comunismo y el anarquismo, que habían llevado el desorden y el pecado a toda España. Ahí estaban de nuevo los cabrones anarquistas, los mismos a los que mi padre

denostaba y cuyo largo brazo alcanzaba a mi encierro como demente. Pensé que el destino los estaba cruzando de nuevo en mi camino y afiancé aún más mi antigua tendencia filoanarquista.

De repente se oyeron disparos mucho más cerca y, tras una sonora patada en la puerta, la sombra de varios milicianos se proyectó de forma fantasmagórica sobre la pared de la carbonera.

–¡Salid de ahí, cagaos!

Nos comportamos como un rebaño presa del pánico. Fuimos avanzando casi en cuclillas hacia el umbral y poniéndonos de pie de espaldas a la pared del pasillo. Cuatro personas avanzaron con paso decidido hacia nosotros. Una de ellas empezó a leer los nombres de una lista. A medida que nos identificábamos, otro miliciano leía el diagnóstico de nuestra enfermedad, como si aquella desgracia fuera lo único que importaba de nosotros.

–Tomás Revuelta.

–Esquizofrénico.

–Jesús Santos.

–Paranoico.

–Germán García.

–Psicópata.

–Blas Rodríguez.

–Manía persecutoria.

–Ramón Ayestarán.

–Fobias.

Formábamos un conjunto patético, seguramente hilarante para aquel pelotón de milicianos. Recuerdo que me sentía como aquel tonto del pueblo que, cómo no, también existía en Plencia, cuando pasaba los veranos con mis abuelos. Aquellos hombres no nos tiraban piedras, como nosotros hacíamos de crios, pero apenas podían contener la carcajada ante el espectáculo de tanta demencia. Se miraban unos a otros y se congestionaban sonoramente, como una olla a presión, dejando escapar su cruel alegría por lo cómico de nuestras taras.

–Mirad, aquí guardan los ricos sus hijos tontos –acabó diciendo el que parecía llevar la voz cantante en el grupo.

Casi todos los internos comprendimos que en aquellos hombres no encontraríamos compasión. Tras haber hallado la tara de la demencia entre los ricos, parecían disponerse a proyectar sobre nosotros alguna suerte de venganza. No cabía otra explicación cuando la culata de sus carabinas comenzó a caer sobre nuestros riñones con auténtica violencia.

Nos agruparon en un rincón, sin más atuendo que aquel horrible camisón que nos igualaba a todos en la línea más baja de la humillación. Éramos unas cuantas cabezas rapadas, caras

enjutas por el hambre, ojos sin apenas pestañas, y piernas y brazos con más pellejo que carne. Nos dijeron que iban a matarnos, por fascistas.

Mientras tanto decidieron tomar el dormitorio de internos y dar rienda suelta a sus pasiones. Corrió el vino, la risa se desbocó y los revolcones de milicianos y milicianas dieron al lugar un ambiente lúbrico y carnal. Pese a los efectos del bromuro, apenas podía disimular mi erección cuando las primeras braguitas comenzaron a caer en las baldosas del dormitorio, los somieres iniciaron su rítmico chirriar y los jadeos de ellas y ellos comenzaron a confundirse. No me perdí ni una escena. Si me matan, pensé, que sea empalmado y que mi último pensamiento sea un brindis al sol de la lujuria. Los demás internos, totalmente acogotados, no paraban de temblar y llorar, incapaces de apreciar un espectáculo al que sin duda no habían podido asistir en toda su vida. Aquellos milicianos y milicianas acabaron levantando la veda de las pasiones prohibidas y yaciendo juntos en varios colchones esparcidos por el suelo, metiéndose mano en un ejercicio de auténtico cooperativismo sexual, de manera que era imposible determinar quién echaba un polvo con quién.

Mi erección debía de estar rozando el clímax cuando una miliciana corpulenta y de grandes caderas se volvió hacia donde yo estaba. Clavé los ojos en sus enormes tetas, que se mantenían erguidas. Por un momento me parecieron idénticas a las que la Cinta me había ofrecido en Bilbao poco antes de salir hacia el exilio tudelano, justo antes de obsequiarme con la mejor paja de mi vida. Cuando por fin levanté la mirada pude

comprobar que eran efectivamente idénticas. La miliciana era la Cinta.

Se levantó, se cubrió con una sábana y se acercó a mí señalándome con un dedo y repitiendo una y otra vez: «No puede ser, no puede ser, pero si eres tú, Ramontxu Ayestarán». Me abrazó y volví a sentir de nuevo aquel inconfundible olor a la Cinta, aunque en aquella ocasión mezclado con el de las feromonas libertarias. Luego me sacó de aquel rincón y me incorporó a su grupo de conmlitones anarquistas, a los que me presentó como un rebelde y un luchador contra la oligarquía capitalista.

Me acababa de salvar la vida.

Me emborracharon, me enseñaron canciones anticlericales, y las cuatro milicianas del grupo, entre ellas la Cinta, me metieron mano con total descaro hasta hacer estallar aquel barril de pólvora que tenía dormido entre las piernas. Unas horas después, vestido con un mono azul y una boina negra, con cartucheras y un máuser al hombro, salía de aquel manicomio en el que mi tío Javier y Fernando Arruabarrena habían querido enclaustrarme de por vida.

Atrás se oyeron varias descargas y posteriormente un silencio que únicamente rompieron las botas de cinco anarquistas que se incorporaron a nuestro grupo. Poco después el hospital era destruido por las llamas. En aquellas cenizas quedaba diluido mi pasado y se borraba mi existencia oficial como persona. Ramón Ayestarán había perecido víctima de la actividad

revolucionaria, como último castigo a su errática y equívoca existencia. Aquella mañana me sentí extrañamente libre.

Nos dirigimos hacia el norte, caminando por la orilla de las carreteras, a rebufo del polvo que los camiones de tropas leales a la República iban dejando a su paso mientras huían de la ofensiva de los acuartelamientos de Burgos, que tras el alzamiento de Franco tomaban posiciones frente al País Vasco y Santander. Llegamos a pie hasta Pancorbo y pasamos Orduña apiñados en la caja de un camión incautado a un transportista de Briviesca en nombre de la libertad y que, a tenor de las manchas de sangre que teñían los listones de madera del suelo, ya debía de haber servido en el escenario de la guerra.

De madrugada volvía a entrar en Bilbao. Era un radiante 20 de julio de 1936 y hacía pocas horas los cuarteles de Garellano, como los de Loyola en San Sebastián, habían acabado de sumarse a la caótica legitimidad de la República, una vez arrestada la mayor parte de la oficialidad. Mientras bajaba desde Begoña con mi atuendo libertario me preguntaba qué nuevas emociones me estaba reservando la vida. En menos de treinta años había pasado de rico burgués a desahuciado demente y, gracias a mis contactos con la revolución antifascista, a enemigo formal del orden constituido.

Al verme rodeado de tanto cenetista no pude evitar dibujar una sonrisa irónica en mi cara y preguntarme dónde carajo se habrían metido mi tío Javier, mi madre y Fernando Arruabarrena. Porque para todos ellos, tan de derechas, tan carlistones y meapilas, caer en el bando rojo era lo peor que les podía haber ocurrido.

El camión echó el freno en Santurce, frente a la estación, no muy lejos de aquella casa en la que tiempo atrás había descubierto que existía la miseria. Nos acomodaron en las oficinas de Berriozúa e Hijos, que aún mostraban en sus paredes las huellas de la sangre de sus propietarios y directivos, fusilados horas después del alzamiento por los mismos obreros que durante años les habían tratado con temor reverencial, como los obreros de Forjas a mi padre y a mi abuelo, que muy posiblemente habrían tenido ese mismo fin si la muerte no, les hubiera retirado de la circulación antes de la Guerra Civil.

Aquella primera noche apenas pude conciliar el sueño. En mi catre, junto a unos archivadores de madera repletos de albaranes, no conseguía poner en orden mis ideas ni decidir qué debía hacer. Llevaba casi seis años alejado de la vida, un paréntesis demasiado largo en el que habrían ocurrido demasiadas cosas, historias que desconocía y que la Cinta me había contado por encima durante el viaje desde Oña. En cualquier caso, se trató de generalidades sobre lo ocurrido en España, pero nada concreto sobre lo que a mí más me interesaba: mi familia y aquellos que me habían llevado a la ruina tanto material como moral.

La caída de Primo de Rivera, la llegada de la República, la libertad, la huida de los Borbones, la lucha de clases, el contubernio de la Iglesia contra el pueblo, la rebelión de los fascistas frente a la legalidad... todos estos temas habían acabado por convertirse en auténticos tópicos en mi cerebro gracias al énfasis y a la intención con que mis compañeros me habían hablado desde que me uní a ellos. No me habían

ofrecido razonamientos documentados y profundos. Todo era categórico, beligerante, como lo eran también las circunstancias que estábamos viviendo. Las convicciones se imponían sobre la objetividad. Para la Cinta y sus milicianos había llegado la hora de la venganza y de la redistribución de la riqueza. En más de una ocasión me pregunté si aquella mujer que me salvó la vida en Oña no se habría echado en brazos de la revolución a raíz de mi defensa frente a mi padre tras el viaje a Santurce, si habría seguido almidonando los cuellos de las camisas de una familia decente como la Ayestarán de no habernos movido de casa aquella tarde, y si también yo habría acabado casado con una respetable burguesa y colaborado a traer al mundo a un nuevo líder industrial para mayor gloria de Bilbao y su historia.

Los anarquistas y los comunistas, que compartían responsabilidades en la Junta de Defensa de Bilbao, mantenían un difícil conflicto, además del bélico, debido a su alianza con los nacionalistas del PNV. De gran tradición católica, los seguidores de Arana comenzaban a sufrir un calvario de contradicciones y confusión tras las homilías de los obispos de Vitoria y Pamplona condenando la República y pidiendo a los vascos que lucharan juntos contra el comunismo.

Aquella fórmula que unía a devotos gudarís y a verdaderos revolucionarios era, como bien ilustraba la Cinta, una auténtica casa de putas que no podía llevar a nada bueno. Por eso para los anarquistas, entre los que ya me contaba, era importante acabar de quitar los privilegios a los auténticos causantes de tanta injusticia, la oligarquía vasca. No obstante, para aquella burgalesa eran evidentes, y así me lo hizo saber, las

contradicciones que me podría provocar la venganza que ellos proponían. Esa fue la razón por la que no quiso incluirme en el pelotón que la mañana siguiente acudiría a arrestar a una larga lista de capitalistas enemigos de la República para llevarlos a las bodegas del Machichaco, fondeado en la ría y custodiado por una guardia anarquista que desde el comienzo de la guerra no dejaba aproximarse a nadie. Era una auténtica cárcel del pueblo en la que no valían las amistades ni las recomendaciones que estaban salvando la vida a más de un detenido en las prisiones de ladrillo y barrotes. En aquellas bodegas se encontraban casi cuatrocientas personas en situación límite.

Pero pese a los deseos de la Cinta, decidí sumarme al amanecer a aquel siniestro convoy, aunque opté por no bajar de la cabina del camión durante los arrestos, tal vez porque no sentía odio suficiente para arrancar de sus casas a aquellos acomodados bilbaínos para llevarles camino del pánico. Sus figuras pasaban por delante de los faros, empujadas por los fusiles de los milicianos, que, para aumentar aún más el miedo de aquel paseo, se cagaban en Dios y en la Virgen Santísima antes de escupir un amenazante: «¡Sube ya, que te liquido, cabrón fascista!». La Cinta notó que no me sentía bien y decidió enviarme de vuelta a Santurce en cuanto el primer camión descargó a su pasaje.

Cuando amaneció todos dormían. Yacían vestidos sobre unos jergones, sudados por la humedad que llegaba desde la ría, despidiendo un olor ácido a muda vieja. La Cinta ocultaba la cabeza bajo el puente de un escritorio. Su aspecto, que yo tanto había idealizado a lo largo de mi adolescencia, había

adquirido rasgos muy agresivos. Su cara estaba visiblemente descuidada y llevaba el pelo recogido de cualquier manera en un moño. Tenía la boca abierta y respiraba sonoramente, casi roncando.

Bajé a la planta baja y entré en la administración de aquella compañía, que desde el estallido de la revuelta fascista era administrada por un comité de producción coordinado por un oficial gudari que había estudiado ingeniería industrial. Tomé la guía de Bilbao y busqué el teléfono de *La Ría*, diario al que sus orígenes liberales habían salvado de las primeras quemas.

José Miguel Azcoitia enmudeció al reconocer mi voz tres años después de su visita a Oña. Me creía muerto en el incendio del manicomio y, como más tarde me contó, hacía dos días su diario había publicado una esquila rogando una oración por mi alma, pagada por mi tío Carmelo desde San Sebastián.

Una hora después nos abrazábamos en la estación de Santurce y caminábamos juntos hacia la fábrica de los Berriozúa. Me miraba de arriba abajo una y otra vez, asombrado, sin dar crédito a aquella reaparición mía investido de todos los símbolos que socialmente habían sido inimaginables en un Ayestarán.

Nos sentamos en un banco y le pregunté por los míos. Mi madre estaba bien, en un San Sebastián en manos de los franquistas, muy a gusto con la nueva situación dada su línea de mujer vasca de orden y buena cristiana. Por noticias que le llegaban desde el otro lado del Deva, donde se había estabilizado el frente, sabía que los Menchaca habían sido de

los primeros voluntarios franquistas a la hora de tomar el control del Ayuntamiento y la Diputación de Guipúzcoa.

Mi tío Javier se había incorporado al grupo de empresarios vascos que apoyaba el nacionalismo. Liderado por José Antonio Aguirre, los nacionalistas vascos presionaban al Gobierno de la República para que propusiese al Congreso, y este aprobase, el Estatuto para Euskadi. Tenían la fuerza del dinero y la convicción de que era la primera gran oportunidad que se les presentaba para concretar mínimamente el autogobierno. La aproximación de mi tío al nacionalismo empresarial le había librado de las detenciones de los últimos días de julio y de la incertidumbre que pesaba sobre todos aquellos burgueses, la mayoría de ellos tradicionalistas, que ahora vivían en las bodegas y camarotes del Machichaco. Hizo lo que ni mi abuelo ni mi padre habrían permitido nunca.

Los poderes que yo había otorgado a Julio Aguinagalde habían hecho posible que el hermano de mi padre obtuviera la propiedad de la casa de Neguri, donde había fijado su residencia. Desde allí, y en su condición de vecino de Guetxo, se había ido aproximando discretamente a la periferia ideológica de José Antonio Aguirre, inminente lehendakari, para ponerse en la estela empresarial afín al partido de Arana Goiri.

Tras llegar a un acuerdo con Castleright había rescatado la marca Ayestarán, de modo que la sociedad creada por mi abuelo era ya indisimuladamente Sheffield, mientras que Forjas servía de blasón para un negocio de simple intermediación. Javier Ayestarán estampaba su apellido en

todos aquellos productos de forja salidos de las fundiciones vizcaínas con escasas relaciones con la República y el PNV. En pocas palabras, su negocio no tenía el menor riesgo, ya que él ponía el precio al comprar, añadía el margen y únicamente funcionaba por pedido, sin stocks.

José Miguel me contó que el hermano de mi padre era probablemente una de las personas que más beneficio estaban sacando de la situación por la que atravesaba la única provincia vasca en manos de la República. Su nivel social había crecido, y en la última junta de la Bilbaína había sido elegido presidente tras asegurarse sin miramientos y con grandes dosis de coacción de que nadie más postulara para el cargo.

Tan intensa había sido su metamorfosis, que en la balaustrada del segundo piso de la casa Neguri flameaba una ikurriña. Cabía suponer que el retrato del general Zumalacárregui había desaparecido de la chimenea del salón. Mi tío Javier y mi tía Begoña estaban tomando clases de euskera y no faltaban ningún domingo a las citas del batzoki de Guetxo, siempre después, claro está, de la misa de doce, que oficiaba el párroco del municipio, confesor personal de José Antonio Aguirre.

José Miguel Azcoitia no quería ni imaginar cuál sería la reacción del hermano de mi padre si supiera que yo, además de vivo, me encontraba en Bilbao.

Su relación con Fernando Arruabarrena había acabado meses antes del 18 de julio. Nadie sabía nada de aquel siniestro personaje que había llevado a su mujer a la tumba y a mí a la

ruina. Los pelotones de milicianos, los guardias de asalto e incluso los destacamentos de la Guardia Civil le tenían en sus listas de personas más buscadas. Pensaban que seguía en Bilbao, porque su proyección política se habría hecho notar desde el bando nacional si hubiera escapado de Vizcaya. Sus más allegados, todos fervientes partidarios de los militares alzados en Canarias, estaban arrestados y muy poco se podía apostar por su futuro.

En cuanto me hubo resituado en el panorama de todo lo que había dejado atrás hacía más de seis años, José Miguel quiso saber de mis proyectos. Le mostré entonces mi nueva identidad, Antonio Molina García, perteneciente a un profesor de instituto afiliado a la CNT que había caído en los escasos tiroteos que habían tenido lugar en las afueras de Burgos, donde los republicanos apenas habían podido resistir unas horas el empuje de las tropas franquistas. La Cinta guardaba aquel carnet como si fuera lo más importante de su patrimonio, lo que me había hecho pensar que debía de haber mantenido con él una relación muy especial. Le respondí que buscaba vengarme, hundir a todos los personajes que habían hecho de mi desafortunado viaje de Nueva York a Bilbao la peor decisión de mi vida. Quería ver en la ruina al hermano de mi padre, y peor aún a Arruabarrena, y me disponía a realizar cuantas maldades pudiera, a mover con sigilo los mismos hilos que ellos habían sostenido para llevarme a Oña. Le pedí entonces que me diera aquellos papeles que Castleright había encontrado en el despacho de Forjas, en los que ambos quedaban retratados como redomados masones.

Me ofreció una llave de una caja de seguridad del Banco de Bilbao, el mismo banco que yo había abandonado por rebeldía, y que en esos momentos, ¡las vueltas que da la vida!, guardaba el único patrimonio con cierto valor que me quedaba. Tras considerarlo, le pedí a mi amigo que de momento la conservara en su poder.

Aquella mañana la Cinta se había levantado combativa y quería vengar la derrota de las tropas republicanas y nacionalistas en su intento de tomar Vitoria. Aquella frustrada ofensiva era una aspiración y un balón de oxígeno que Vizcaya necesitaba para recuperar la moral por el aislamiento de la franja norte, que formaba con Santander y Asturias, tras su desconexión con Francia. La vía marítima era la única que aquellas provincias leales mantenían con el Gobierno de la República y necesitaban, por simple cuestión de credibilidad, tomar la iniciativa con eficacia.

Se descartó el ataque a San Sebastián. Las tropas de Mola, estabilizadas en Deva y con el muro natural de las montañas de Elgueta y Elgoibar, obligaban a una estrategia a largo plazo, la misma que había inducido a los requetés a detener su avance hacia Bilbao hasta la primavera.

Villarreal era distinto, ya que solo contaba con un pequeño destacamento defensivo, y las tropas republicanas estaban bien situadas en los últimos promontorios del cinturón natural que separa Álava y Vizcaya. Llegar desde allí a Vitoria, que estaba al mando del general Solchaga, al que las necesidades de Asturias y el frente del Ebro habían dejado militarmente exiguo, sería un simple paseo. Aquella villa alavesa era la mejor

presa y sobre todo la mejor propaganda que necesitaba el mando republicano. Pero en la noche, con menores efectivos y haciendo del pánico un arma, los dos mil requetés venidos desde Pamplona y Vitoria evocaron en el siglo XX los mismos comportamientos que los franceses en la Batalla de Roncesvalles, donde los tambores se mostraron mucho más eficaces que la mejor de las artillerías. En Villarreal, aquella noche del 30 de noviembre los soldados euskaldunes, los milicianos y los voluntarios huían hacia Urquiola y Durango como caballos en estampida, sin valor para mirar atrás y comprobar hasta qué punto el ratón era capaz de espantar al elefante. Atrás quedaba todo el alarde de artillería y munición para más de diez mil soldados y la última posibilidad que las autoridades bilbaínas tuvieron de contener el avance de las tropas de Mola y Franco hacia Bilbao, que culminaría siete meses después.

«¡Cago en Dios, Ramontxu, que esos fascistas nos han puesto en ridículo!».

Era pura cólera, pero en el fondo dirigida más a los oficiales que habían ordenado la retirada que a los contados pero efectivos requetés de Mola. La Cinta había abierto la espita del escepticismo y comenzaba a vislumbrar el desastre que se avecinaba en el frente Norte.

«La guerra se gana en los campos de batalla, y allí no vale para nada que unos tengan la razón y otros no. Frente al enemigo, aunque sea facha, lo único que importa es ser superior», repetía con rabia.

Mi asombro ante aquella mujer no paraba de crecer. Mientras escuchaba sus argumentos sobre la mejor estrategia bélica me remontaba a mi niñez, cuando ella apenas opinaba sobre cuestiones mucho menos trascendentales. Me resultaba imposible encontrar en aquellos años tan serviles un antecedente válido que explicara hasta qué punto la anarquista que me protegía había iniciado entonces la forja de su auténtica personalidad. Desde su despido de la casa de mis padres hasta nuestro reencuentro en Oña habían transcurrido catorce años –yo tenía veintiocho y ella ya alcanzaba los cuarenta– en los que habían ocurrido muchas cosas.

La Cinta vagó por Santurce –su destino siempre estuvo ligado a la margen izquierda– buscando amparo y apoyo. Solo consiguió paños calientes que duraron un par de semanas, hasta que se agotó la solidaridad de los amigos de su cuñado, el que se había lanzado por la ventana. A partir de entonces, y con el poco dinero que su sueldo le había permitido ahorrar, tuvo que buscarse la vida, lo necesario para comer y dormir. Como muchas otras en aquellos años, se convirtió en presa fácil de quienes saben aprovecharse de la debilidad femenina. Tuvo que tirar del vértice de sus caderas para poder subsistir. Prefería abrirse de piernas a cambio de las monedas de los burgueses que extender la mano públicamente para satisfacer el ego caritativo de multitud de insolidarios.

Fue a parar a un piso de meretrices cercano al teatro Arriaga que regentaba Dolores Ortiz, una riojana bien relacionada con la corte y el Gobierno civil. Por las diez habitaciones de su piso había pasado lo mejorcito de la sociedad bilbaína, en un alarde de confidencialidad en el que colaboraban, cuando así era

necesario por la relevancia política de los clientes, destacados agentes de la Comisaría General de Policía de Bilbao. Lola Ortiz había adornado todo aquel turbio negocio con dosis de gran elegancia, de tal manera que la sala a la que acudían las señoritas cuando sonaba una discreta campanilla parecía una sala versallesca en la que coincidían lo mejor de lo mejor, la creme de la ciudad. Allí, previo pago del importe, se prodigaban en besamanos y «Señorita, usted primero» antes de dirigirse a los catres, en los que por fin daban rienda suelta a sus instintos más prepotentes, aquellos que, por las razones que fueran, no podían liberar en sus casas.

Todos ellos se parecían. Bueno, casi todos.

La Cinta conoció a un hombre cuya identidad le fue siempre vetada. Era atractivo, rondaba entonces los cuarenta y le ofreció placeres que nunca había conocido. Aunque siempre supo que todo aquello era consecuencia de un simple acuerdo económico con Lola Ortiz, la fuerza del placer acabó llevándola a un encoñamiento casi obsesivo. Rodrigo –así se hacía llamar el notable cliente– acabó dándose cuenta de la situación, tanto por el calor de miradas y palabras como por el empeño que la Cinta puso en la cama en cada uno de los polvos que compartió con él. Entonces le montó un piso en Begoña, donde no le faltó de nada, salvo compañía. En la casa de Lola Ortiz podía charlar con sus compañeras entre servicio y servicio. Allí, sola, tras comprar y limpiar, comenzaba a contar las horas esperando a que el bombín de la cerradura girara y Rodrigo apareciera por el umbral de la puerta. Cuando así ocurría, el tiempo pasaba volando, prácticamente en su totalidad en la gran cama en la que aquel hombre volcaba con furia sus deseos para gran

regocijo de la Cinta. Pero no había más que eso, furia y pasión, nada de cariño y ni la menor confidencia.

Pasado casi un año aquella futura revolucionaria había caído en una profunda melancolía que no pudo encontrar peor complemento que un embarazo no deseado. En su oficio estar preñada equivalía al retiro forzoso, a la vuelta al pueblo o al paso por la consulta de alguna de las comadronas que deshacían el nudo de la descendencia y retornaban a su estado natural a las prostitutas de la ciudad.

Rodrigo propuso a la Cinta aquella opción, le dio dos mil pesetas y escribió en un papel las señas de la consulta. Ahí comenzó el drama. Tras escuchar un «Quiero que tengamos éste hijo», aquel hombre descubrió su auténtica cara violenta. Pegó a su amante hasta dejarla tirada en el suelo, la arrastró hasta la puerta y la metió a trompicones en el coche. La condujo hasta una decrepita casa de pisos de la calle de las Cortes, dónde dos mujeres ayudaron a la Cinta a subir los escalones de los dos pisos que separaban el portal de la consulta.

Al día siguiente amaneció como si le hubieran arrancado las entrañas y con la sensación de que por sus venas apenas corría la sangre. Estaba en una habitación sin ventanas, con un tragaluz que filtraba parte de la claridad de una bombilla huérfana que colgaba del techo del pasillo. Debían de haber transcurrido bastantes horas desde que Rodrigo la dejó en manos de aquellas dos mujeres y unos minutos menos desde que el cloroformo acabó por rendir su resistencia a renunciar al primer hijo que iba a traer al mundo. Había dormido

profundamente en aquella especie de sala de rehabilitación más parecida a la antesala del infierno. Se incorporó a duras penas, volvió a ponerse la misma ropa con la que había salido de casa y se recogió el pelo con una peineta. En su bolso estaban las dos mil pesetas que Rodrigo le había dado justo antes de los golpes.

Con aquel dinero pudo llegar a Begoña y comprobar que aquella ya no era su casa. Rodrigo había sido diligente borrando todo atisbo de su paso y de su convivencia con la Cinta. Las dos maletas de la Cinta la esperaban en la portería, sin la menor explicación o nota. Todo se había acabado de un plumazo y tenía que volver a buscarse la vida sola. Fue entonces cuando decidió acercarse a los anarquistas y ponerse al servicio de la venganza contra los capitalistas.

Hacia 1931 la Cinta se había convertido en un símbolo de la liberación de la mujer en la margen izquierda y tal vez en la activista más audaz del anarquismo en los años que precedieron a la proclamación de la República. Viajó constantemente para hacer llegar consignas de combate contra el orden constituido e impartir a otros militantes conocimientos de sabotaje.

La Cinta estaba en Madrid cuando Franco se alzó en armas contra el poder legítimamente constituido y subió a toda prisa hasta Burgos con la intención desesperada de organizar una respuesta revolucionaria a la segura adhesión a la causa rebelde de curas, monjas y militares de la ciudad del Arlanzón. El 19 de julio ya no controlaban el aeródromo de Villafría, y un

día después perdían el culo por Briviesca, camino de Oña, de donde me rescató.

«¡Cago en Dios, Ramontxu!».

Rabiaba porque veía que todo se venía abajo y que en Bilbao nadie iba a ser capaz de poner un poco de orden para aguantar el ataque de la siguiente primavera, cuando los lodazales dejaran pasar las tanquetas rebeldes, y los requetés acabaran de concentrarse tras la línea del frente de Deva.

Fumaba un cigarro tras otro y bebía con avidez pequeños vasos de chinchón seco, que le ayudaba a cauterizar su gaznate, roído por la nicotina y el humo. Acariciaba, como si de lo más querido se tratara, la culata de su pistola, que colgaba de su cinturón, y la mirada se le perdía entre sentimientos de odio hacia aquella sociedad que tanto la había maltratado.

«No va a quedar nadie, Ramontxu, me los voy a cargar uno a uno con esta pistola, y voy a disfrutar más que nadie imaginando que todos esos capitalistas van a sufrir solo la mitad de lo que ellos me han hecho sufrir a mí».

Aquella noche me hizo subir a la cabina del camión con el que íbamos a iniciar una caza y captura de fascistas. Quería que viera hasta dónde era capaz de llegar en su venganza. En más de una ocasión he pensado que para ella era muy importante que yo, al fin y al cabo uno más de ellos por mi origen, viera cómo aplacaba su rencor.

Habían dado ya las doce en el reloj de la Diputación cuando nos dirigimos hacia Pozas, de vuelta del puerto, donde varios

camaradas habían descargado a una veintena de fascistas, todos ellos denunciados por vecinos o conocidos. No habían tenido la menor oportunidad de defenderse de la acusación de colaboracionistas con los rebeldes, que tampoco sabíamos a ciencia cierta si tenía fundamento. Aceptaban su situación en silencio, sin agachar la cabeza ni suplicar, porque en el fondo aquellas detenciones eran un pulso entre su dignidad, tal vez lo único que les quedaba, y la venganza rabiosa de sus verdugos. Ni una súplica escuché aquella noche de la veintena de burgueses a los que llevamos a las bodegas del Machichaco, donde se sumaron a los rehenes que los más revolucionarios habían encerrado, pese a las presiones de la burguesía nacionalista alineada con la República.

La Cinta me hizo subir. Era un quinto piso que en la puerta tenía mirilla de bronce, Sagrado Corazón de Jesús y una campanilla de torno que uno de los milicianos que nos acompañaban hizo sonar tres veces. Nos echamos a un lado para que las culatas de las carabinas hicieran saltar en pedazos el pestillo. Al fondo del pasillo un hombre mayor nos suplicó que no disparásemos. Las ventanas de la sala estaban abiertas de par en par y dejaban ver el nudo de una cuerda en tensión de la que aún colgaba alguien. Al asomarnos vimos que dos personas habían conseguido descolgarse hasta el patio y corrían hacia una ventana en la que alguien les esperaba. Una luz proyectaba sobre la pared la silueta de un hombre. Aquel perfil que la Cinta había comenzado a situar en la mirilla de su carabina me resultaba familiar. Alto y bastante corpulento, apremiaba a los que huían agitando los brazos. Cuando ya estaban a su alcance, les tendió la mano para auparles y fue

entonces cuando la luz de una ventana vecina se proyectó claramente sobre su cara.

–¡Arruabarrena!

Miró sorprendido hacia donde yo estaba casi al tiempo que la Cinta apretaba el gatillo. La detonación le alcanzó en el brazo y le tumbó al suelo unos instantes. Enseguida se perdió ventana adentro y pudo evitar dos disparos más que hicieron añicos los cristales. En el patio no quedaba nadie, y a lo lejos varios portazos ponían en evidencia la fuga de aquellos fascistas.

–¿Era Arruabarrena?

Su semblante no dejaba traslucir la menor emoción. Se había encerrado en sus pensamientos y tenía la mirada perdida en el infinito de sus recuerdos. La Cinta se levantó, se colgó el rifle al hombro y salió en dirección a la calle. Encendió un cigarro y se sentó en la aleta del camión, junto a la rueda de repuesto. Fumaba con profundas bocanadas y lanzaba el humo con fuerza, como si dejara escapar la presión del momento.

Me hizo ponerme al volante y tomar el caminó de Santurce, de vacío, sin más burgueses que llevar a las bodegas del Machichaco. Sin decir palabra se tumbó en la cama con una botella de anís como única compañera. Allí, entre buche y buche, se hundió en un sopor de tristeza y congoja que la hizo llorar en silencio, aunque no lo suficiente como para que yo no escuchara cómo se derrumbaba.

La encontré la mañana siguiente en la cocina, limpiándose las légañas y bebiendo agua directamente del grifo. Desnuda de

cintura para arriba, ofrecía un aspecto ajado, como abandonada. El rigor de la contienda había desbocado su voracidad y multiplicado los michelines de su cintura y de su vientre, y la distancia obligada con los usos higiénicos había poblado de pelo sus axilas y de vello su labio superior. La estética que adoptaron las revolucionarias explicaba por qué a los milicianos les seguía pareciendo que las señoritas de retaguardia, más cuidadas, estaban mucho más buenas.

A través del espejo pude ver sus párpados hinchados de tanto llorar. Se secó con decisión, igual que lo hacía con mi cara cuando me levantaba por las mañanas para ir al colegio. Se abrochó los botones de la camisa, se la ajustó bajo el pantalón y se puso todos los correaes de miliciana, incluida la cartuchera con su pistola y la cartera de la munición. Se caló la gorra y, al verme de repente reflejado en el espejo, se giró bruscamente.

«El del patio no era Arruabarrena. Era Rodrigo, el hijo de puta que me dejó preñada y más tirada que una colilla».

Aquella coincidencia nos unió aún más, aunque en el rencor, el odio y el deseo de venganza. En mi adolescencia nunca habría imaginado que la vida me llevaría a una comunión de intereses con la Cinta como la que había surgido a raíz de mi condena al olvido de los locos. Seguramente su destino encajaba mucho mejor que el mío en la horma que le correspondía. Su historia, la de una joven rural emigrada a un núcleo industrial, el despido, la caída en la prostitución y la revolución, tenía más lógica que mi tormentosa rebeldía.

BILBAO, 1937

Aquellos diez meses parecieron semanas, seguramente por el vértigo de los acontecimientos que finalizaron con la toma de Bilbao por las tropas de Franco. De hecho, los mejor informados sabían que lo de Vizcaya sería una cuestión estacional y que en primavera o poco después los requetés de Mola avanzarían desde Deva.

Las primeras derrotas nos hicieron bajar la guardia y mirar a Santander como única salida. Nuestra baja moral coincidió con el inicio de los sabotajes por parte de los quintacolumnistas que habían logrado salvarse del fusilamiento. En los últimos días habían saltado por los aires los depósitos de agua de los cuarteles de Garellano, y más de la mitad de los camiones que repartían los víveres que llegaban a las tropas vía marítima habían acabado gripados al perder todo el aceite del motor.

Ellos nos saboteaban, y nosotros casi al mismo tiempo habíamos recibido la orden de destruirlo todo en las industrias de la margen izquierda. Nada debía quedar en pie, especialmente aquellas fábricas que fundían las balas de nuestras carabinas y de las artillerías republicana y nacionalista. A los de la brigada de la Cinta nos había tocado

hacer los preparativos para que las fundiciones cercanas a Altos Hornos quedaran inservibles, entre ellas la que había sido Forjas Ayestarán.

Habían pasado más de ocho años desde la última vez que puse el pie en aquellas naves, en las que fundidores, moldeadores y fresadores encadenaban por aquellas fechas el proceso de fabricación de obuses, todos ellos dirigidos a los cañones del Cinturón de Hierro.

Desde la puerta –me faltó valor para entrar– no pude distinguir a nadie conocido. Los trabajadores que parecían tener algún cargo de responsabilidad hablaban en inglés, y en la pared, sobre la vidriera del director de la planta, presidía el emblema de Sheffield. Allí ya no estaba la foto de mi abuelo Luis, y tal vez esa ausencia era la mejor evidencia de que la empresa familiar de los Ayestarán se había convertido en una impersonal sociedad anónima. Y todo por mi culpa.

La Cinta y dos milicianos se agachaban bajo los crisoles y las cintas buscando el lugar más apropiado, para inutilizar al menos durante un tiempo la producción de munición. Marcaron los puntos elegidos con tiza e informaron a dos representantes sindicales de que nadie, absolutamente nadie, debía ir a su trabajo la mañana siguiente. «Os va la vida en ello», les dijo al despedirse.

Ya en el camión fue apuntando en un cuaderno la rutina explosiva que al amanecer deberían aplicar los dinamiteros para cumplir los objetivos que se habían adjudicado a los anarquistas antes de su huida hacia Santander.

Me hizo virar hacia Guetxo y fue dándome instrucciones que hicieron evidente que nos dirigíamos a la casa de mis abuelos en Neguri, la misma de la que había partido hacia Boston. José Miguel Azcoitia me había informado de que años atrás mi madre había aceptado la oferta de compra de mi tío Javier. Al fin y al cabo, a una Menchaca como ella poco podía importarle la propiedad de un símbolo de aquellas características, menos aún cuando su hijo había roto tan trágicamente con la dinastía del apellido que llevaba.

Las luces estaban encendidas y había una docena de coches aparcados en la calle. Unas treinta personas compartían mesa en el porche del jardín, a la luna de junio, servidas por media docena de criados que iban y venían desde la parte posterior de la casa. Permanecimos rato largo observándoles, sin movernos de la cabina del camión. La Cinta me miraba esperando mi reacción. Desde nuestro reencuentro en Oña había ido contándole todos los detalles de mi desgracia, de modo que estaba enterada del papel que mi tío Javier había desempeñado en mi inculpación como asesino de Sofía Berazagutía.

Pese a que mi tío había logrado acumular una considerable fortuna situándose oportunamente del lado de los industriales nacionalistas, la evolución de la guerra le había sido contraria. El lehendakari haría aquella noche las maletas para viajar a Santander y desde allí a cualquier país que le quisiera acoger. De hecho aquella cena parecía una despedida. Habían apostado a caballo perdedor, y con toda seguridad serían carne de pelotón en cuanto los de Dávila entraran en Bilbao.

Hacia las dos de la madrugada comenzaron a abandonar el lugar. Junto a la puerta mi tío Javier abrazaba a sus invitados en silencio, uno a uno, afectando en las despedidas unos sentimientos que me parecían impropios de él. Se cerró por fin la puerta, y alguien desde el interior apagó los farolillos que habían iluminado aquel último encuentro de gudarís de guante blanco. Fue entonces cuando la Cinta y yo bajamos del camión y nos dirigimos a la puerta. Llamamos al timbre repetidas veces hasta que una criada asomó la cabeza por una ventana del semisótano y preguntó qué queríamos. La respuesta de la Cinta sonó natural. Traía una carta urgente de la Junta de Defensa de Bilbao para poner a disposición de don Javier Ayestarán un transporte para la mañana siguiente. Un par de minutos después esperábamos en el recibidor de la casa.

Mi tío Javier bajó embutido en una bata escocesa, con los cuatro pelos que le quedaban orientados a los cuatro vientos. Parecía confuso, tal vez porque no acertaba a comprender por qué la Junta de Defensa se preocupaba de algo que él tenía perfectamente resuelto. No tardó mucho en descubrir la que se le venía encima. Fue justo en el momento en que la Cinta le encañonó con el fusil en el pecho y le hizo sentarse en una silla.

–Ramón, acércate.

Al verme aparecer su cara se descompuso como si hubiera visto al mismo diablo.

–¡Tú! ¡Cabrón! ¡Asesino!

Muchos otros insultos precedieron a la bofetada que le arreé en la cara. Todavía hoy la recuerdo como uno de los momentos

más gratificantes de mi existencia. La Cinta y yo nos sentamos a corta distancia de él. Mi tío temblaba de pánico.

–Tío, ¿qué es lo peor que te podría hacer? ¡Piénsalo!

Su gesto me trasladó a aquellos años en los que, con mi padre todavía vivo, mi tío Javier no era más que un nido de complejos y envidias. Ante el cañón de un fusil toda su artificiosa prepotencia se vino abajo. Volvía a sentirse, como siempre había sido propio de él, sumamente pequeño.

–Me vas a matar, cabrón, lo sé. Siempre has estado cargado de odio hacia lo que represento.

Aunque hasta entonces apenas habíamos cruzado un par de palabras, las de aquel momento eran al menos sinceras, casi transparentes. Aquel hombre, que había urdido desde el rencor a la sombra de mi padre, sabía perfectamente que lo que yo más deseaba en ese momento era matarle, borrarle del mapa. Lo sentía en las yemas de mis dedos, apoyadas en el gatillo del máuser.

La Cinta, que debía de presentir mis tentaciones, me apartó con un brazo hacia un lado mientras con el otro encañonaba a mi tío Javier. Le ordenó que se dirigiera hacia la puerta de la bodega. La abrió y le empujó hasta que cayó rodando por las escaleras. Cerró la puerta y fue a las habitaciones de servicio. Sacó de allí al matrimonio que trabajaba para la familia y le hizo seguir el mismo camino que su patrón. Echó la llave, puso el tranco, cerró todas y cada una de las persianas y contraventanas, y desconectó el interruptor general de la luz hasta dejar aquella casa en la más aparente soledad.

De vuelta en el camión comentó con sorna que únicamente las tropas de Franco, cuya artillería ya se oía desde Neguri, podrían sacar de allí a Javier Ayestarán, aunque podía imaginar que eso no ocurriría hasta que algún fascista se acercara a aquella casa y oyera los gritos de auxilio de uno de los nacionalistas más notables de la efímera República vasca. Para la Cinta resultaba curioso, y en gran medida reconfortante, que fueran nuestros peores enemigos quienes fueran a hacer justicia.

«Mira, Ramontxu, nosotros no nos mancharemos las manos. Que lo hagan los fascistas».

El tiempo pasa veloz para los condenados cuando las agujas del reloj corren hacia atrás. Ese fue el último pensamiento que dediqué a mi tío Javier cuando abandonamos Neguri.

Todo era confuso. Una nube negra cubría la margen izquierda mientras las laderas de Archanda recibían los primeros obuses franquistas. Comenzaron a oírse en la zona los disparos de los quintacolumnistas, que por todos los medios trataban de mantener útiles las industrias del Nervión. Nos quedaba muy poco tiempo para huir hacia Santander.

Hicimos los petates y cargamos varias ametralladoras en el camión. Varios colchones y cajas de vino completaron todo el equipaje que el destacamento anarquista al que yo pertenecía había reunido antes de iniciar viaje hacia Castrourdiales.

Antes de salir llamé por teléfono a José Miguel Azcoitia para despedirme y consumir mi venganza sobre mi tío Javier. Le pedí que cuando las tropas franquistas hubieran tomado

Bilbao, entregara a los comisarios de Falange la llave de la caja de seguridad del Banco de Bilbao en la que había guardado toda la documentación sobre la logia masónica. Como complemento letal, le pedí que les informara de que Javier Ayestarán, protagonista indiscutible en aquellos papeles, estaba escondido en su casa de Neguri.

Imaginar aquel final para mi tío era la mejor satisfacción que sentía desde mi detención y mi condena. En aquel momento, mientras nos alejábamos de una ciudad asediada por el humo, ensordecida por los obuses y ahogada en el caos, comprendí que era posible el placer de la venganza sin el menor atisbo de mala conciencia. Algo parecido debía de haber sentido el hermano de mi padre cuando, con la ayuda de Fernando Arruabarrena, me llevó a la ruina.

La salida de Bilbao hacia Santander fue tan desastrosa como lo había sido la organización de la defensa de la ciudad durante los once meses de guerra. Los batallones de gudaris vascos Padura, Murguía y Arana Goiri ya habían llegado a Castrourdiales cuando los efectivos anarquistas detonaron las cargas que paralizarían, aunque por poco tiempo, la industria estratégica de Bilbao.

Las noticias no podían ser peores. Liquidada la Batalla de Brunete, las tropas de Franco se preparaban para acabar definitivamente con el frente del Norte, centrar su presión en Cataluña y Valencia, y acabar de aislar y tomar Madrid. Solo les quedaba tomar Santander y Asturias, y hacia allí huíamos de forma desordenada, sin la menor dirección militar, perdidos.

Dejamos los desvíos hacia Laredo y Santoña a la derecha, y cuando ya habíamos pasado Anero, tuvimos que empezar a detenernos en los controles que el Ejército republicano había ido instalando en las cercanías de Santander para repartir a los que huíamos hacia nuevos puntos estratégicos. Nos dirigimos hacia Astillero en plena bajamar, envueltos en un fuerte olor a salitre y a alquitrán de calafateado. Las sirenas de los barcos nos hacían intuir la bahía de Santander.

SANTANDER, 1937

En la dársena de Puerto Chico ya no cabía un bote. Era un ir y venir de remos, petates al aire y saltos de militares y civiles desde los muelles en busca de un hueco para embarcarse en alguno de los botes que se dirigían a los barcos fondeados en la bahía.

Tras el toque de queda todos los que no lo hubiéramos conseguido debíamos volver a perdernos por las calles cercanas, buscar un rincón en el que extender la manta y recuperar un poco las fuerzas para volver a intentarlo al amanecer. Estábamos extenuados tras quince días de huida bajo el fuego de la aviación franquista, alemana e italiana, que había convertido los valles santanderinos en un auténtico infierno, un apocalipsis en el que, junto al castigo de metralla de las tropas de Franco, había colaborado el sabotaje que nosotros mismos estábamos llevando a cabo con dinamita para ralentizar su avance.

Habían pasado solo tres meses desde la caída de Bilbao, tiempo no obstante suficiente para saber que el resultado de la guerra estaba ya decidido. Por mucha legitimidad que socialistas, comunistas y anarquistas nos empeñáramos en

presentar como activo incólume, aquello no podía sostenerse mucho más tiempo, la República tenía los días contados.

Era una noche de agosto húmeda y asfixiante. Nada hacía pensar que estuviéramos en una ciudad balneario, uno de los lugares, junto con San Sebastián, más apreciados por la burguesía y la aristocracia españolas. Seguramente aquella noche todos los capitalistas de la zona esperaban agazapados a que sonaran las orugas de las tanquetas de Franco para salir a la calle y convertir su pánico en valor.

Santander, como muchos otros lugares de la España más conservadora, había padecido algo más de un año de autosequestro colectivo. Como en Cádiz o en Granada, pero al contrario, al declararse la guerra los habitantes de esta ciudad se acercaron al Ayuntamiento para ver qué bandera ondeaba en su fachada. Contrariados, decidieron enclaustrarse en sus madrigueras, dedicar las horas a sintonizar la frecuencia de la emisora amiga y no asomar el hocico más que para mirar de vez en cuando a la calle desde la penumbra y a través de los resquicios de las persianas mal cerradas.

Los portales estaban cerrados a cal y canto, y los milicianos habían comenzado a dejarse caer sin miramientos por el paseo Pereda. La Cinta y yo estábamos entre ellos. Mirando las estrellas y con el sonido de los cañonazos cada vez más cerca, comenzamos a maldecir nuestras desgracias, como si aquellas palabras fueran nuestro último alegato antes de renunciar, al menos en aquella guerra, a nuestra condición revolucionaria.

A ella se le habían desmontado una vez más todos los esquemas de su existencia. Primero fueron los que dejó en Briviesca, sus convicciones religiosas y una forma tradicional de entender la vida que no profundizaba demasiado en el porqué de las cosas. Lo dejó todo para abrazarse al esplendoroso futuro que le brindaba Bilbao, pero muy poco le duró su nuevo credo. Descubrió la miseria que rodeaba al progreso y sufrió en propia carne la crueldad humana, el desamor y el desarraigo. Por último, tampoco el espíritu libertario ni la defensa radical de los derechos proletarios le habían dejado abierta una sola puerta para avanzar hacia un futuro claro.

«¿Qué coño puedo hacer ahora, Ramontxu?».

No supe qué responderle, porque tampoco yo tenía un horizonte claro, tampoco yo sabía a ciencia cierta hacia dónde debía dirigir mis pasos una vez lograra salir de aquel infierno y marchar hacia el exilio.

Debían de haber pasado un par de horas desde que habíamos caído en un profundo sueño. Me desperté de repente al sentir una mano que me golpeaba en el hombro. Tardé unos instantes en ser consciente de dónde estaba. Me volví para ver qué sucedía y vi a la última persona a la que habría imaginado encontrar en un lugar como aquel: Iñaki Retuerto.

Me incorporé despacio, observando con todo detalle a mi amigo, a aquel personaje que tanto había marcado mi vida. Apenas había cambiado. Estaba algo más gordo y vestía un

uniforme casi idéntico al que llevaba en Boston a bordo de La Flamenca.

No se deshizo en saludos ni en alegrías. Me dijo directamente que yo estaba hecho una mierda, que no era ni la sombra de aquel bilbaíno burgués que un día le había pedido que le enseñara a ser contrabandista y que, pese a sus buenos consejos, había decidido volver a meterse en la boca del lobo.

Le conté con todo lujo de detalles las desgracias por las que había pasado desde mi regreso a Bilbao: mi detención, mi condena, mi internamiento y mi vida de loco en el psiquiátrico de Oña, mi escapada aprovechando la invasión miliciana. Cuando le dije que la Cinta formaba parte de aquel pelotón, me miró muy sorprendido y me preguntó: «¿La Cinta? ¿Aquella de las tetas que te la peló?». En ese momento la Cinta se despertó y se unió a nosotros. La proximidad de la protagonista de aquella historia que tanto parecía haber impresionado a mi amigo me hizo sentir francamente incómodo, justo lo contrario que Retuerto, que se había situado en la escena perfectamente y no podía disimular su lúbrica inclinación a comprobar si aquel mito de mi adolescencia tenía algo que ver con la realidad.

Poco después los tres nos dirigíamos a la calle del Martillo para beber unas copas de chinchón seco sentados en torno a una mesa. El Zanahoria nos dio la mejor noticia que podíamos recibir en aquellas circunstancias: La Flamenca estaba fondeada en la bahía y tenía previsto zarpar la mañana siguiente, una vez los responsables del Ejército de la República y del Gobierno vasco estibaran en su bodega cincuenta cajas de documentos que debía llevar hasta México. Pese a que debía

contar también con un pasaje de cinco personas, dijo que podía enrolarnos como tripulación.

Vimos el cielo abierto. No tardé en imaginarme navegando y trapicheando de nuevo en alta mar, aunque fuera tabaco, porque la ley seca había pasado ya a la historia. Para la Cinta, que era perfectamente consciente del estudiado acoso de que estaba siendo objeto por parte de Retuerto, México podía ser un lugar en el que intentar, acaso por última vez, llevar una vida digna.

Nos sentíamos tan bien, que el chinchón fue aumentando poco a poco el peso de nuestras cabezas y entorpeciendo la agilidad de nuestra lengua. Transcurridas unas horas el Zanahoria ya estaba enganchado a la cintura de la Cinta, y ella se dejaba querer sin tapujos por aquel pelirrojo amigo mío.

Salimos a la calle y paseamos por el puerto hasta el amanecer, despejando la cabeza y sobre todo haciendo tiempo hasta que llegaran la carga y el pasaje con los que partiríamos hacia la libertad. El Zanahoria aprovechó para relatarnos sus gestas como contrabandista. Desde mi marcha había dirigido pocas operaciones de alcohol en las costas americanas, ya que la competencia se había generalizado y el whisky llegaba con bastante facilidad a través de las fronteras con Canadá y México. Las bodegas de La Flamenca se habían llenado sucesivas veces de armas y munición con destino a las pequeñas repúblicas del Caribe y Centroamérica. En aquellos años la subversión, y la subversión contra la subversión cuando la primera llegaba al poder, se había convertido en un magnífico negocio para los traficantes de armas europeos y

americanos. Retuerto nos contaba que el mismo traficante que aupaba a un rebelde hasta la presidencia de una de aquellas repúblicas solía financiar a nuevos opositores si no obtenía buenos contratos del nuevo Gobierno como compensación por los servicios prestados. Todo aquello movía mucho dinero, y buena parte del mismo iba a parar a los bolsillos de quienes, como él, asumían la función más peligrosa del negocio, la de hacer llegar las armas a su destino.

El Zanahoria nos miraba con cierto aire displicente. Parecía pensar que éramos un par de pardillos, muy revolucionarios y muy salvapatrias, pero con una mano delante y otra detrás, con mucha cartuchera y mucho máuser, pero sin un chavo en el bolsillo. Aquella guerra resultaba totalmente incomprensible para él y decía no sentir la menor inclinación por ninguno de los dos bandos de la contienda. Estaba por encima del bien y del mal y parecía un personaje impermeable a los sentimientos más humanos. Desde el timón de su independencia despreciaba por igual a capitalistas y a comunistas.

Aquella noche pensé que tras su aureola de aventurero no había más que un materialismo radical. Era un «Ande yo caliente...» que a la Cinta y a mí se nos hacía muy cuesta arriba en aquellas circunstancias, aunque ninguno de los dos rechistábamos. Tampoco lo hubiéramos hecho con cualquiera que nos hubiera tendido la mano para salir de aquel infierno. «Tu amigo es un gilipollas» se convirtió casi en una retahila en boca de mi compañera anarquista, que no entendía cómo podían andar sueltos por el mundo sujetos como aquel, aunque los exabruptos no disimulaban la atracción física y la curiosidad que sentía por él.

Cuando por fin amaneció y llegamos a Puerto Chico, varios estibadores colocaban las cajas de madera, selladas con remaches de plomo, en el centro de cada uno de los botes de La Flamenca que se habían aproximado hasta el muelle. Al fondo, en línea recta hacia Pedreña, se veía la imagen del barco de Retuerto, con las velas plegadas y la proa hacia el norte.

La tensión en el muelle crecía a medida que podía oírse con más claridad la artillería de las tropas de Franco. Ya debían de haber rebasado Astillero, a poco más de diez kilómetros de la ciudad. En la carretera de Suances había cientos de camiones abandonados al no haber podido seguir su camino hacia Asturias tras la pinza que los rebeldes habían formado después de tomar Cabezón de la Sal y Santillana del Mar. Santander era una gran bolsa de derrotados.

Los artilleros parecían haber decidido cerrar aquel círculo infernal poniendo su punto de mira en los barcos fondeados en la bahía. Los disparos, sin tino al principio, fueron acercándose progresivamente a los cascos, y las aguas de la bahía se convirtieron en el escenario de una auténtica lotería. Desde tierra observábamos el espectáculo sin quitar ojo a La Flamenca. Retuerto tiró de nosotros y nos hizo subir en uno de los botes, que comenzó a avanzar a toda prisa hacia el barco.

Las olas que provocaban los obuses al hundirse en el mar zarandeaban aquel cascarón y hacían difícil que nos aproximáramos. Retuerto gritaba en vano una y otra vez «¡Largad velas!» y maldecía a los fascistas. Era la primera vez que le oíamos tomar posición sobre la contienda, aunque muy

posiblemente habría denostado a los rojos si hubieran sido estos los que hubieran puesto en peligro su goleta.

No debían de faltar más de veinte metros para alcanzar la escalerilla de La Flamenca cuando un obús alcanzó la amura de babor. Una gran boca de agua comenzó a entrar en el casco y, como si de una tea se tratase, el fuego se extendió por toda la estructura de madera y brea de la nave. Retuerto se puso en pie y gritó a su tripulación que salvara la vida. Cuatro personas se lanzaron al agua mientras el Zanahoria tiraba por la borda la caja de documentos de la República que debía haber sido descargada en México. «Mejor en el fondo del mar que en manos de esos cabrones».

Mientras toda aquella parte de la historia se hundía en la bahía y la tripulación subía al bote Retuerto se juró venganza por la pérdida de todo lo que tenía. Con aquella nave se había ido al traste no solo su medio de vida y su patrimonio, sino también toda la filosofía sobre la que había construido su inmensa libertad.

Parecía una persona distinta. Su rostro estaba contraído y tenía la mirada perdida en un punto inconcreto del horizonte. Sus hombres, que no articulaban palabra, esperaban que les dijera algo, pero en aquel momento él no tenía nada que ofrecerles.

Remamos hacia Pedreña alejándonos de las tropas de Franco, que ya debían de estar muy cerca de las calles de Santander. Ya en la costa, en la que la hierba se repartía la

orilla con las rocas, nos sentamos a descansar, a ver qué pasaba al otro lado de la bahía y a pensar por dónde tirar.

Rendirse o seguir luchando. Todos menos yo podían salir más o menos libres al cabo de unos años. El Zanahoria llevaba mucho tiempo alejado de la vida española y no se le conocía mayor crimen que el del trapicheo ni ideología más perversa que la suya propia. De sus marineros se podía decir otro tanto. La Cinta era una de tantas anarquistas sin galones ni mando que solo correría peligro en el caso de que alguien la reconociera. Pero yo únicamente podía acreditar la personalidad de un anarquista, Antonio Molina García, ya muerto, cuyos antecedentes desconocía. Tampoco podía entregarme a los falangistas y requetés que debían de estar ya controlando la vida santanderina.

Nos dirigimos a pie hacia Orejo y de allí hasta Castañedo y Hoz de Anero. Hacía pocas horas todos aquellos pueblos habían sido escenario del paso de las tropas que iban a tomar Santander e intentaban borrar a toda prisa las huellas del pasado republicano. Junto al cementerio de Hoz había diez fusilados, aún calientes, y de la torre de su iglesia colgaba una bandera nacional más grande que el tapiz del Corpus.

Varios pasiegos nos saludaron brazo en alto al grito de «¡Arriba España!», gesto y fórmula a los que respondimos de la misma manera por puro instinto de supervivencia. Ahí estábamos los siete, auténtica representación de la libertad y la revolución, transmutándonos veloces al nuevo orden. La Cinta había tirado a unos zarzales las cartucheras, la boina y la guerrera, y había liberado de su abrigo gris –los muertos no

sienten ni frío ni calor, o al menos no se quejan– a una oronda señora pasada por las armas.

Horas después habíamos conseguido cruzar la carretera general Santander–Bilbao y nos acercábamos a campo traviesa a Hornedo y Riaño. Hacia las nueve de la noche nos echamos a descansar entre la fronda de un hayedo desde el que se podían divisar los movimientos de las patrullas franquistas y de la Guardia Civil. Nuestra idea era llegar el día siguiente a Arredondo, donde se habían acantonado días antes los maquis de José Lavín Cobo, el Cariñoso. Según las noticias de la Cinta, José Lavín, que luchaba en Asturias, había decidido seguir la guerra por su cuenta, sin cuartel general ni conductos reglamentarios, y aquella zona, que conocía perfectamente desde su niñez, debía ser el escenario bélico de sus futuras andanzas.

SANTANDER, 1941

Después de tres años de vida casi silvestre nuestro aspecto había padecido una metamorfosis. Todos, el Zanahoria, los cuatro marineros de La Flamenca, la Cinta y yo, como el resto de la banda del Cariñoso, alternábamos ropa de pasiego con la propia de los empleados de los astilleros o de vulgares viandantes urbanos, según el escenario que eligiéramos para llevar a cabo nuestros sabotajes.

Durante todo aquel tiempo nos habíamos adiestrado en el arte del maquis, condición que habíamos asumido para mantener vivo el testigo de la legitimidad republicana y porque realmente no teníamos donde caernos muertos. Lo cierto es que el sentimiento idealista y revolucionario se había ido apagando con el paso de los meses, tal vez porque nuestras acciones con la banda del Cariñoso apenas alcanzaban eco público, no por su levedad, sino por la sordina informativa del sistema. De la misma manera que no sabíamos nada de los exiliados, que parecían haber sido fulminados por la censura, tampoco ellos fuera de España, y casi nadie de los Pirineos abajo, recibían noticias de nuestras gestas quintacolumnistas. Durante los dos primeros años de maquis ni las páginas del

Alerta, ni las del *Diario Montañés*, ni los partes de Radio Nacional incluyeron nunca los sabotajes que de forma reiterada llevamos a cabo a lo largo de toda la provincia.

Era lo peor que nos podía ocurrir, ya que la mayor victoria de la guerrilla siempre ha sido evidenciar ante el pueblo la debilidad del más poderoso. Todos nuestros empeños de aquellos años apenas levantaban alguna ampolla entre algunos vecinos que, en el mejor de los casos, los convertían en confidencias mal narradas que después de dos o tres repeticiones nada tenían que ver con lo que realmente había ocurrido.

Por eso nadie supo en Santander, mucho menos en el resto de España, de la voladura del transformador del penal del Dueso y del puente de Limpias, ni de la quema de las sacas de la estafeta central de Torrelavega. Y fue por eso por lo que decidimos elevar el listón de nuestra audacia y comenzar a maquinar un golpe de mayor envergadura, capaz de poner en entredicho el control que el régimen tenía en Santander.

Tardamos bastante tiempo en recoger la información necesaria. Nos llegó de Castrourdiales, donde vivía Blanca, una prima de la Cinta que, como ella, había emigrado a Bilbao y que tras la contienda se había trasladado con sus señoritos a la villa costera, donde el cabeza de familia asumió la alcaldía y la jefatura local del Movimiento.

La Cinta se acercó a Santoña el día de la fiesta mayor y allí Blanca le confió que dos semanas después su señor debía asistir a una reunión de jefes locales de Falange en el palacio

santanderino de la Magdalena. A tenor de lo que venía oyendo cuando servía la mesa, aquella criada no descartaba que pronto tuvieran que trasladarse a la capital cántabra, puesto que al parecer iban a nombrarlo presidente de la Diputación o incluso gobernador civil. Todo dependía de lo que propusieran al Caudillo los ministros de la Gobernación y la Secretaría General del Movimiento, que iban a presidir aquel encuentro.

La valoración de aquella información fue unánime: un golpe del maquis durante aquella cumbre sería algo indisimulable para el sistema y una victoria para la tan deseada repercusión en los medios y en la opinión pública.

El Zanahoria impuso sus conocimientos de navegación y el convencimiento de que la bahía de Santander no contaba aún con una buena vigilancia costera. Según su criterio, acercarse en bote desde Pedreña era la manera más directa y menos arriesgada de llegar a la Magdalena aquel 28 de noviembre de 1941. Así lo decidimos.

Conseguir la mejor embarcación disponible en los amarres de la cofradía de pescadores de Pedreña correría por cuenta de Iñaki. La Cinta se ocuparía de la puesta a punto de los fusiles y la munición, así como de poner a salvo de la humedad las cargas de dinamita que aún conservábamos desde nuestra salida de Bilbao. A mí me correspondería organizar las cosas para hacer llegar al Cariñoso los detalles de nuestro plan, un paso que siempre teníamos que dar antes de actuar. Formaba parte de las condiciones que habíamos aceptado al integrarnos en su banda al final de la guerra.

El corazón de aquel líder del maquis podía más que su cabeza. En lugar de refugiarse en zonas de difícil acceso en la montaña, trashumaba cada noche de buhardilla en buhardilla de amigos que aún conservaba en la capital montañesa para poder verse con la mujer que le había cautivado.

Tomás, uno de los tripulantes de La Flamenca, fue quien caminó por veredas y a campo traviesa hasta llegar a Anero, desde donde viajó en autobús hasta Santander para entregar la información a los hombres del Cariñoso. Tal y como habíamos establecido, llegó a Puerto Chico y tomó asiento en un noray herrumbroso a la espera de que el pescador de siempre se sentara a su vera y lanzara al agua el sedal diciendo aquello de «Vamos a ver si hoy pica alguno», señal convenida para que el otro dejara el papel en el interior de la cesta. Cuando todo esto hubo sucedido, el pescador recogió la caña, retomó el camino por el que había llegado y se perdió en las calles que llevaban a la plaza Porticada.

Llegó la tarde del 28 de noviembre. Teníamos todo lo necesario en aquella cueva de las afueras de Arredondo: fusiles, munición, dinamita y un par de mochilas con alimentos para un día, el tiempo que pensábamos estar fuera de nuestro refugio. La adrenalina impregnaba nuestro ánimo y acallaba nuestras voces por la noche, mientras nos aproximábamos por senderos y caminos rurales a Pedreña. Al fondo la bahía de Santander se mostraba nítida, y las luces de los jardines de la Magdalena, aún muy tenues, solo permitían presentir el palacio, ya que aún no habían comenzado a iluminarse sus salas y habitaciones.

El Zanahoria había elegido un cuatro remos que nos esperaba en el muelle. Desde allí embarcamos con cuidado todos los pertrechos, y media hora después remábamos hacia Santander, con un horizonte confuso en el que solo era posible distinguir la línea de las luces que prolongaban el paseo Pereda hacia las playas del Sardinero. Poco a poco fuimos dejando a estribor el puntal de Somo, y algo después el bote comenzó a zarandearse con las corrientes que venían desde mar abierto. Tuvimos que aumentar el esfuerzo al hundir las palas de los remos en el agua para avanzar hacia nuestro destino, que comenzó a dibujarse a lo lejos. El Zanahoria había dejado de remar y murmuraba a popa con la Cinta. Sus caras ofrecían una luz parecida y ambos nos miraban con cierto aire de sorna e ironía.

Aquellos meses de maquis habían unido a dos personas que se parecían muy poco. El destino y los tópicos de la revolución anarquista habían acabado actuando como nexo de unión entre el rencor y el odio que ambos atesoraban. Habían hecho de la venganza contra los fascistas un objetivo común. Ella por el dolor y la humillación con que Rodrigo la obsequió en Bilbao, y él por el ataque de la artillería a La Flamenca.

Lo que quedaba del barco de Iñaki debía de estar más o menos bajo nuestra quilla. Allí se habrían confundido ya con el cieno del fondo los trozos de todo lo que él había soñado en su vida, su patrimonio vital.

Por ello tantas y tantas noches juraba venganza, especialmente cuando se había metido entre pecho y espalda unos cuantos vasos de aguardiente. Y en aquellos momentos la

Cinta estaba siempre a su lado, con no menos licor en el cuerpo y dispuesta a aprovechar la situación para aproximar a Retuerto a las tesis anarquistas. Y realmente lo había conseguido. El Zanahoria había sustituido sus sueños marineros por la quimera de la revolución. Para justificar ese cambio no había dudado en concluir que los grandes navegantes, Colón y Elcano entre ellos, no habían sido más que radicales heterodoxos, revolucionarios al fin y al cabo, de la época que les había tocado vivir. No aceptar que no existía más camino a las Indias que el dibujado por los navegantes venecianos o buscar un camino hacia el Pacífico en un mar helado eran sin duda para la época dos muestras de incipiente actitud anarquista.

Las caras del Zanahoria y de la Cinta se fueron tensando a medida que el palacio de la Magdalena fue adquiriendo su auténtica dimensión. Remábamos ya sin apenas salpicar y repasábamos en silencio todos los pasos que debíamos dar hasta llegar a las habitaciones principales de aquel recinto, antaño residencia estival de la familia real y desde la República propiedad de la ciudad.

En la playa no había guardia, y tampoco se veía un alma en las caballerizas. Unicamente dos números de la Guardia Civil cerraban el paso a la explanada de la puerta principal. Ambos miraban en dirección a la verja de entrada a la finca desde las primeras curvas del Sardinero, observando si alguno de los coches que iban y venían de la cuesta del Gas giraba hacia el lugar que estaban custodiando. Avanzamos juntos con la idea de eliminar a aquellos dos tricornios e irrumpir después en los

salones del palacio, donde el pleno de gobernadores debía de estar en su apogeo nacionalsindicalista.

Retuerto avanzó primero, con el gorro de lana bien calado, el máuser en bandolera y el puñal de la bayoneta bien cogido con su mano derecha. Tras él Tomás, como si a bordo se encontrara, siguió a su capitán imitando sus gestos. En una sincronía casi de celuloide segaron las gargantas de aquellos dos guardias, que se fueron ahogando en su propia sangre sin poder articular palabra hasta que la segunda puñalada les atravesó el corazón.

En medio de aquel silencio la Cinta se sopló un largo trago de aguardiente. Luego cargó las balas de su fusil mirando cada uno de los proyectiles como si se estuviera despidiendo de ellos antes de que cumplieran con el noble objetivo de acabar con la vida de unos cuantos fascistas.

Minutos después estábamos frente a la entrada de las cocinas y, una vez arrinconado todo el servicio en la despensa, listos para entrar en el comedor. Sonó una campana de aviso a los camareros. El corazón me latía muy deprisa, el sudor empapaba mis manos, y la culata y el gatillo del fusil se escurrían entre los dedos. El Zanahoria me miró con cierto aire de comprensión y me dijo algo que me bloqueó aún más: «Ramón, matar es como el primer día que follas, que casi ni sabes dónde la has metido de los nervios que llevas encima».

Dentro, en el salón, el bullicio delataba la satisfacción de los estómagos de los comensales. Todos parecían competir por hablar y hacerse oír, de manera que el nivel de barullo iba

aumentando por segundos. La Cinta les hizo callar. Dio una patada a la puerta batiente que separaba la cocina de aquel gran salón y comenzó a disparar. Ella sí que sabía dónde apuntaba y dónde metía la bala. Antes de que el Zanahoria y los demás empezaran a su vez a disparar, alguno de los manteles ofrecía ya un color indefinido, mitad café mitad sangre, y el suelo de madera empezaba a poblarse de cristales y platos que los muertos arrastraban en su caída.

Yo no reaccioné hasta que una bala rompió una vitrina a mi espalda. Frente a mí un hombre extremadamente alto, con pelo engominado y bigote estrecho y rectilíneo, apuntaba su pistola hacia mi cabeza mirándome con ojos imperturbables, llenos de ira. Las manos me temblaban tanto que no podía levantar el fusil. Las rodillas apenas me sujetaban y el miedo me decía que estaba viviendo los últimos instantes de mi vida. Cerré los ojos y me encomendé a un Dios al que ya no recordaba cuándo había evocado por última vez. Como respuesta a mi desesperado acto de fe aquella humanidad se me vino encima como un saco inerte. Un hilo de sangre comenzaba a asomar por la raíz del pelo de su frente. Cuando me lo quité de encima, la Cinta me gritó que era un gilipollas y que si no comenzaba a disparar, me iban a matar. Y fue entonces cuando empecé a apretar el gatillo y a dirigir el cañón de mi fusil, y la pistola después, a las camisas azules que se agazapaban tras mesas, sillas y sillones. Lo hice con tanto frenesí, que al final el Zanahoria tuvo que agarrarme del brazo para decirme que ya no quedaba bicho viviente.

El lugar ofrecía un aspecto dantesco. Los cuerpos y la sangre cubrían el suelo, y solo el último aliento de los que agonizaban,

rompía el silencio. El personal de cocina lloraba al otro lado de la puerta, implorando no correr la misma suerte que los comensales.

Los grandes capitostes –los ministros, el gobernador, el alcalde y el presidente de la Diputación– habían conseguido escapar en dos coches que aún podíamos oír alejarse hacia la ciudad, lo que nos obligó a salir a toda prisa del palacio, dirigirnos al bote y remar de nuevo hacia Pedreña.

Nadie articuló una sola palabra en todo el trayecto. Solo el chapoteo de los remos al hacer palanca con el agua y nuestra respiración acelerada rompían la tensión acumulada por la adrenalina que todos habíamos segregado durante la matanza. A nuestras espaldas los coches y las ambulancias iban y venían de la Magdalena. Los focos iluminaban hacia la bahía sin alcanzarnos, porque estábamos muy cerca del puntal de Somo. Las luces de Pedreña aparecían ya ante nuestros ojos.

Comenzamos entonces a remar despacio, con cuidado, acercándonos a unos ramales que confundían la línea de la bahía y la costa. Aquella tarde, antes de partir hacia Santander, habíamos elegido ese lugar para esconder la embarcación. Allí habíamos dejado nuestra ropa de labriegos y un par de palas con las que enterramos la que habíamos utilizado, no fuera que el personal de cocina la describiera en los interrogatorios de la policía.

Nos tiramos entre la hierba de unos prados cercanos y esperamos agazapados a que amaneciera para huir mezclados en el trasiego de quienes desde Pedreña acudían al mercado

semanal de Anero. Aunque no cruzamos una sola palabra, me temo que aquella noche nadie en el grupo pudo pegar ojo.

El Zanahoria oteaba la línea del horizonte, no sé si intentando vislumbrar si alguna embarcación nos había seguido o perdiéndose en sus recuerdos de La Flamenca, que se oxidaba a muy pocas millas de allí. Parecía definitivamente derrotado, sin el menor rescoldo de la vitalidad que tanta admiración había despertado en mí. Pasó las horas que faltaban para el amanecer a pocos metros del grupo, empalmando un cigarro con otro, reflexivo, ignorando nuestra presencia, acaso decidiendo qué golpe de timón podía dar a su existencia.

La Cinta se removía sobre la manta, junto a la botella de chinchón que había abierto apenas bajar del bote y de la que ya casi había dado buena cuenta. Aquella noche también ella debía de preguntarse angustiada qué coño hacer con su vida. De pronto formuló la pregunta en voz alta: «¿Y ahora qué?».

Su voz nos devolvió al mundo real. Nos miramos como si estuviéramos pasando revista al grupo y verificando que aquello había sido verdad, que habíamos estado en la Magdalena y que toda la ciudad, la provincia y sobre todo el régimen habrían empezado ya a buscarnos debajo de cada piedra.

Unas horas después, tras tomar un bocado, nos disponíamos a iniciar el camino hacia Arredondo. A la salida de la vereda que llevaba a la carretera de Santoña oímos el cerrojo de los máuser y el preceptivo, solemne y amenazante: «¡Alto a la Guardia Civil!». No pudimos ver las caras de quienes nos

golpearon en las piernas desde atrás, haciéndonos caer como sacos, ni cómo las culatas impactaron una y otra vez en nuestros riñones. Apenas pudimos oír cómo se cagaban en Dios por habernos traído a este mundo y juraban por sus muertos que muy pronto nos mandarían al mismísimo infierno. La paliza fue tan tremenda, que cuando desperté en la enfermería del Dueso creí que estaba ya en el otro mundo, y que, vistas las caras de los fúnebres individuos que me miraban, no había ido a parar precisamente al cielo.

En las horas siguientes descubrí que aún seguíamos todos vivos. La Cinta, que estaba separada de nosotros por un biombo de metal y tela blanca, no tardó en hacerse notar. Sus gritos a las enfermeras que la atendían –«¡Tortilleras! No me toquéis, mariconas de mierda»– decían bastante de su recuperación, lo que no era extensible a Retuerto ni a mí mismo.

Iñaki tenía la cabeza vendada, uno de sus brazos escayolados y más gasas manchadas de sangre que piel a la vista. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Más al fondo Tomás parecía dormir con el gotero enchufado al brazo. Sus ojos y labios estaban tumefactos y tenía el pelo apelmazado por la sangre que había salido de las heridas de su cabeza. Ese debía de ser también mi aspecto, aunque no podía verme en ningún espejo, porque lo único que tenía frente a mí era a un guardia civil con su fusil y sus cartucheras que me miraba sin el menor atisbo de compasión.

Transcurridas un par de semanas comenzamos a ser algo más que un guiñapo y a recuperar cierto aspecto digno. Comíamos

solos en la celda y nos mirábamos en silencio cuando coincidíamos en el patio, porque aquellos dos tricornos enmudecían con amenazas de culata cualquier intento de comunicación. Solo debíamos hablar cuando nos preguntaran, lo que ocurrió un domingo.

Se abrió una puerta y aparecieron ocho falangistas de frente despejada, pelo engominado, botas lustradas y camisas remangadas. Por su arrogancia imperial pudimos identificar a su jefe, un hombre de mediana estatura que se paseaba frente a nuestras camas con las manos entrelazadas a la espalda. Los demás trataban de seguirle desordenadamente, ya que aquel espacio no daba para demasiados desfiles. Tras varias vueltas de una punta a otra empezó a contarnos lo que le había sucedido al Cariñoso. Había muerto el 27 de noviembre, más o menos a la misma hora en que nosotros salimos de Arredondo hacia Pedreña. Le habían matado en la calle Santa Lucía cuando iba a ver a su novia, María Solano. Alguien le había traicionado, y los de la banda habían cantado todo lo que sabían, tortura mediante, incluido nuestro plan de ataque a la Magdalena. Por esa razón, y pese a que no llegaron a tiempo de evitarlo, no les había resultado difícil salirnos al paso en nuestra retirada hacia Arredondo. Nos contó también que iban a trasladarnos a Burgos. Allí nos sentarían frente a un tribunal militar en juicio sumarísimo, desde el que obviamente nos llevarían directos al paredón.

Aquella misma tarde iniciamos el viaje. Tras superar las curvas del Escudo, comenzamos a descender hacia el Páramo de Masa. Cruzamos el Arlanzón por el puente de San Pablo, y cuando entramos en el cuartel de caballería, el reloj del

ayuntamiento daba las once de la noche. Minutos después bajamos del camión y nos introdujeron a cada uno en una celda distinta, de la que no salimos hasta el consejo de guerra, diez días después.

La única visita que recibí fue la de un capitán jurídico del Ejército, Tomás Valderrábano, al que la Capitanía General de la VI Región Militar me había asignado como abogado de oficio. El capitán se limitó a preguntarme por mi identidad, que mantuve como la del anarquista Antonio Molina García, y quiso saber también si conocía los cargos que pesaban contra mí. A esta última pregunta respondí con el silencio.

No supe nada de mis compañeros hasta que llegó el peluquero para cortarme el pelo. Era republicano, saltaba a la vista, ya que nada más sentarme en la banqueta me preguntó cómo estaba, y en aquellos tiempos de fervor patriótico esas amabilidades no podían venir de los vencedores de la contienda. Se llamaba Máximo y, según me dijo, la escasez de profesionales de la tijera y la navaja le había salvado la vida en aquel Burgos de Alzamiento Nacional, pese a que venía de cuna familiar socialista. En múltiples ocasiones el destino había puesto entre sus manos los cuellos de Mola, Cabanellas y del mismísimo Caudillo, y en más de una ocasión, mientras les afeitaba, se había mirado al espejo preguntándose si debía dar un nuevo curso a la guerra con una rápida y certera rebanada a aquellos insignes gacznates. Pero no lo había hecho porque estaba convencido de que la historia nunca le habría reconocido aquel sacrificio. Sin duda tenía razón. En aquellas fechas Máximo era uno de los burgaleses mejor informados de lo que ocurría y de lo que iba a ocurrir. No le cabía la menor

duda de que éramos carne de paredón y de que a través de nosotros el régimen quería dar un escarmiento a los maquis. «Os van a humillar. Vuestra muerte va a ser la más aireada por el Gobierno desde que acabó la guerra».

Todo parecía corroborar sus sospechas aquella mañana de diciembre de 1941. Atravesamos los pasillos del sótano del cuartel de caballería hasta llegar a una gran sala. Tras una mesa presidida por un gran crucifijo se alineaban cinco generales de aspecto imperturbable, con mirada y gesto neutros, sin animosidad ni compasión, como si se dispusieran a tramitar, como tantas otras veces en los últimos dos años, el viaje a mejor vida de otros cuantos rojos.

Nuestros abogados nos habían recomendado que confesáramos como último y desesperado recurso frente a la muerte segura, que dijéramos que los malos consejos, las malas compañías y el alejamiento de la fe católica nos habían sacado del buen camino y alejado de las virtudes. No les bastaba con que pagáramos con la vida nuestra condición de maquis; querían que fuéramos apóstatas de nuestra condición revolucionaria. Querían que murieran nuestros cuerpos y también nuestras ideas.

El fiscal tomó la palabra y leyó nuestros cargos adornando sus palabras con toda suerte de epítetos ideológicos. Allí aparecieron los contubernios marxistas contra la España victoriosa, la depositaria de la moral católica, la reserva de Occidente, el baluarte de la tradición, la unidad de destino en lo universal, y abundó tanto en su éxtasis, que debió de perder

el norte, se congestionó y comenzó a hablar de los herejes, del fuego del infierno, de Satán y del castigo de Yahvé.

El juez le paró en seco, seguramente para evitar que los asistentes se echaran a reír o se fueran espantados ante la inminencia del Apocalipsis que el fiscal estaba dibujando con sus palabras. Se dirigió a nosotros y nos preguntó si nos declarábamos culpables o inocentes.

Era cuando, según suponían nuestros abogados, debíamos reconocer nuestra errática vida y castigar públicamente nuestras conciencias. Pero no, el Zanahoria, que como cabía esperar tomó el mando del grupo como si de una tripulación se tratara, se puso en pie alzando el brazo con el puño cerrado y mostrando una sonrisa de oreja a oreja. Su voz sonó contundente: «Jamás, jamás podréis matar la ilusión de los que hemos luchado por la libertad y la dignidad. Muchos otros vendrán después de nosotros para seguir con la revolución y aplastaros. Hundiremos vuestras vidas de la misma manera que vosotros nos habéis aplastado a nosotros. Tarde o temprano, pero tened por seguro que así ocurrirá».

El magistrado golpeó con la maza de madera, ordenó el desalojo de la sala y se dirigió hacia la puerta trasera seguido por sus compañeros de mesa.

Nos quedamos solos, esposados y vigilados de cerca por media docena de guardias que, por la sorpresa de sus caras, no debían de estar acostumbrados a ver cómo la dignidad es a veces más fuerte que el miedo.

De vuelta a su lugar, la presidencia del tribunal nos preguntó al resto si comulgábamos con la soflama de Retuerto, si también nosotros alentábamos una revolución futura que acabara con el Gobierno legítimo surgido del Alzamiento y la Cruzada.

Primero la Cinta, después Tomás y por último yo nos levantamos puño en alto y cantamos los primeros acordes de «la Internacional», los que aquellos tricornios nos permitieron antes de encajar las culatas de sus fusiles y sus botas en nuestras espaldas. Nos llevaron a trompicones a las celdas, donde minutos después ya no se oía un hilo de voz.

No pasó mucho tiempo hasta que los sanitarios de caballería entraron para lavarnos y darnos unos monos grises que nos servirían de gala y mortaja aquella misma noche, frente al pelotón que debía cumplir la condena que unánimemente nos había impuesto el consejo de guerra.

Por primera vez en mucho tiempo cenamos como Dios manda –sopa de ajo, huevos revueltos y una manzana–, pero nuestro estómago no había empezado a hacer la digestión cuando los cerrojos de las puertas se fueron abriendo y nos ordenaron salir al pasillo. Allí estábamos, sin esas heroicidades que tan a menudo pueden verse en las películas hollywoodienses. Lo nuestro era más real, como el corredor de la muerte. Estábamos cagados de miedo. Nos mirábamos en silencio, preguntándonos qué había fallado en nuestras vidas para haber acabado a ese lado de la línea, el malo, el que separa a los infelices del resto del mundo.

Subimos una escalera y caminamos muy juntos. Casi podía tocar la espalda de la Cinta al atravesar un pasillo que también llevaba a los dormitorios de la tropa. Como ya había sucedido anteriormente, nos gritaban: «¡Asesinos! ¡Rojos! ¡Vais a morir, cabrones!», y todos los insultos, blasfemias y desahogos que a aquellos servidores de la patria les venían a la cabeza. Éramos la carnaza que aquel día iba a alimentar sus iras, elevar su valor guerrero hasta el éxtasis y hacerles sentirse depositarios de las mejores páginas de la historia de España. Sus gritos justificaban la vida chusca que habían encontrado en los cuarteles. Al principio les había bastado con el calor que aún les llegaba de la guerra, las gestas de la infantería, el valor de los requetés o la audacia de los alféreces provisionales. Así habían conseguido que aceptaran noche tras noche, en la litera, que toda aquella obediencia ciega era el homenaje que tributaban a todos los caídos por Dios y por España. Nosotros, los reos que caminábamos hacia el paredón, éramos el complemento necesario, la evidencia de que los enemigos seguían allí y que por eso, aunque ya no hubiera trincheras, debían mantenerse alerta. Nos habrían matado a cuchilladas si los responsables de las compañías no les hubieran cerrado el paso. Eran como perros de presa a los que la cadena del collar no les permite avanzar un metro adelante.

La noche era muy fría y la niebla no permitía siquiera intuir las luces al otro lado del patio. Junto a la puerta esperaban varios oficiales, dos falangistas, paisanos embutidos en largos abrigos y un cura con bonete, estola y un misal en las manos. Avanzaron flotando entre la bruma hasta situarse frente a los ladrillos del paredón. Frente a nosotros había cuatro mástiles de madera, y a cinco o seis metros diez reclutas uniformados

para la ocasión. A un lado habían colocado una silla para el religioso.

Los detalles de aquel escenario componían la penúltima escena que íbamos a ver en nuestras vidas, justo antes de las mirillas de los fusiles apuntando a nuestros corazones y a nuestras cabezas, antes de la oscuridad inmensa, el silencio y ese más allá en el que nunca habíamos creído los ateos, pero que en aquellos instantes tanto deseábamos que existiera. La fe ciega del acojonamiento.

Primero tomaron del brazo a la Cinta e intentaron que hincara las rodillas ante el cura para que confesara sus pecados y pudiera recibir la misericordia del Señor. Se revolvió y gritó: «¡Me cago en Dios!», preludio de los trompicones con que la acercaron al poste, donde la ataron desde el cuello hasta los tobillos.

Tomás prefirió poner al día su conciencia, más por temor a que las llamas de Lucifer existieran realmente que por la esperanza de alcanzar el cielo tras su muerte. Recibió la bendición del clérigo, que debió de pensar que tal vez habían sido las blasfemas mujeres republicanas como la Cinta las que habían conducido al Gobierno de Azaña a la perdición y a la barbarie sacrílega.

Pero con el Zanahoria la cosa volvió a cambiar. No hubo forma de conseguir que doblara las rodillas. Prefería revolcarse en la tierra y los pedruscos a adoptar la posición del arrepentido. Dos soldados le alzaron cogiéndole por los sobacos mientras el cura se puso en pie y alzó su mano diestra

para bendecirle y liberarle, pese a su resistencia al perdón, de la condena eterna. Fue entonces cuando Retuerto debió de rememorar los capítulos más gloriosos de su biografía, porque se volvió hacia mí y gritó: «Ramontxu, ¿recuerdas al padre Sebastián? Pues ten cuidado con este, que a lo mejor también quiere meterte mano».

De dos golpes de fusil se fue al suelo, y de allí a rastras hasta el mástil al que finalmente le ataron, junto a la Cinta. El clérigo se había levantado y avanzaba hacia mí. Su cara aparecía cada vez más nítida a mi vista a través de la cortina de niebla.

«¿Ramontxu? Claro que sí, eres Ramón Ayestarán, mi sobrino, al que todos creíamos muerto tras el incendio del psiquiátrico de Oña. ¿Qué narices haces tú aquí?».

Mi tío Carmelo no había cambiado mucho desde la última vez que le vi, salvo por el pelo, que se le había encanecido definitivamente. Ofrecía un evidente aspecto católico–castrense y de su sotana pendían varias medallas, reconocimientos que el Ejército debía de haberle otorgado en su condición de capellán. No había alcanzado aún el obispado, lo que sin duda habría causado regocijo entre los Menchaca, pero ahí estaba, hecho un soldadito heroico de la Cruzada con un rosario y el Evangelio como únicas armas.

Me apartó del grupo e hizo llamar a un hombre muy alto vestido con el uniforme de Falange que miraba a los reos junto al pelotón. Poco después se dirigía a nosotros, y bajo la bombilla que nos iluminaba apareció la inconfundible cara de Fernando Arruabarrena.

Aquella noche el pasado salió a mi encuentro con auténtica insolencia. El hermano de mi madre y el hombre que había cometido el crimen por el que se me había condenado a morir rodeado de locura se habían confabulado para dar el peor de los golpes de timón al curso de mi vida. Hablaron un momento y decidieron que yo no debía ser atado al mástil junto a mis compañeros. Yo no era el anarquista Antonio Molina García al que andaban buscando. Darían orden de búsqueda y captura para que fuera detenido y fusilado por el ataque al palacio de la Magdalena. Un Ayestarán no podía morir junto a aquellos cuatro revolucionarios. Mi lugar estaba en Oña, donde debía permanecer hasta mi muerte, tal y como se estableció en mi juicio.

Imploré que me dejaran morir con mis compañeros.

Miré entonces a la Cinta, que a aquellas alturas ya había reconocido a Fernando Arruabarrena, el mismo al que identificamos en aquel patio de Bilbao. Porque lo habíamos identificado los dos. Era también Rodrigo, el hombre que engendró aquel hijo al que tuvo que repudiar antes de nacer y que manchó para siempre su condición de mujer, el auténtico responsable de que tomara los caminos de la revolución y, en última instancia, de las balas que iban a acabar con su vida.

«¡Rodrigo, cabrón!».

No se volvió hacia ella. Se limitó a pedirle al oficial que mandaba el pelotón que ejecutara la sentencia. En cuanto a mí, ya hablaría con el capitán general para aclarar la situación.

Mientras me retiraban del lugar escuché la orden de preparación y la de fuego, solapadas por los gritos de la Cinta y del Zanahoria: «¡Fascistas, sois unos fascistas!».

Pude verles por última vez. La cabeza colgaba de sus cuellos, y solo la cuerda impedía que cayeran al suelo desarticulados. Parecían muñecos de guiñol. Sonaron tres disparos de gracia y oí después cómo el pelotón regresaba al cuartel, adelantándonos en nuestro camino con paso ligero.

La Cinta y el Zanahoria habían muerto. Estaban allí, atados a los palos del barco de su vida, dignos, caídos por sus ideales, por haber luchado por algo en lo que creían, por haber sido ellos mismos.

La Cinta iba a dar con sus huesos en el cementerio tras haber intentado vengar una vida que no había buscado, por haber querido reparar aquella indignidad de viajar al gran Bilbao para hincar sus rodillas junto al cubo y la bayeta y dar lustre a la aristocracia industrial del hierro, por tener ideas propias, haber sabido abrir los ojos y defender a un chaval de catorce años, por haberse entregado y haber odiado a un hombre, y por haber sido tan ilusa de creer que en España podía ganar la revolución anarquista. En el camino había dado el paseíllo a más de un fascista y a algún que otro cura, y se había entregado a la vida licenciosa desde esa desinhibición que ya hubieran querido para sí no pocos en aquella España decente de la posguerra.

En cuánto al Zanahoria... pues él también. Incluso un poco más, ya que había unido sueños y aventura hasta vivir una vida

realmente inusual, casi de novela, desde la que había desembarcado en la vida real defendiendo las quimeras de la revolución.

¿Y yo? Erá perfectamente consciente de que nadie repararía en mí si muriera. No entendía por qué mi tío Carmelo y Arruabarrena no habían aprovechado la oportunidad para enterrar no solo mi cuerpo, sino también mi memoria. Puede que fuera eso, que no quisieran darme siquiera la oportunidad de elegir mi propia muerte, como último castigo por mi inaceptable rebeldía. Ni héroe, ni villano, ni señor. Nada.

OÑA, ENERO DE 2002

Dicen que soy el más viejo del hospital –noventa y siete años– y que ya he jubilado a dos generaciones de psiquiatras. Por las camas que rodean la mía han ido pasando locos y no locos de muy distinta índole: neuróticos, psicópatas, maniaco–depresivos, obsesos, epilépticos y otras personas sin síntomas aparentes de enfermedad mental que, acaso como yo, han estado aquí simplemente porque afuera no había sitio para ellos.

Seguro que por ello me llaman el Abuelo. Todos, los médicos, los enfermeros y los internos que saben hablar, me ayudan cuando quiero levantarme, me alcanzan el bastón y siempre hay alguien que me acompaña a la huerta cuando voy a cambiar el curso del agua de las acequias. Como no puedo agacharme, señalo con la mano qué cultivo debe recibir riego y cuál tiene ya suficiente agua. Nadie más que yo puede dar estas órdenes, como ha venido ocurriendo durante los últimos sesenta años. En el fondo esta ocupación es lo único que considero mío. No tengo nada más.

He pasado más tiempo aquí que fuera: desde 1929 hasta 1936, y desde 1941 hasta este momento. El resto de mi vida, los veintinueve años que viví en Bilbao, Tudela y Boston, forman la parte excepcional de mi existencia, y en no pocas ocasiones me parecen solo un sueño.

Durante todo este tiempo me he ido alejando aún más de mis orígenes y he ido cayendo en el olvido, hasta el punto de que creo que nadie sabe de mí fuera de estas paredes. Solamente mi expediente hospitalario, cuyos papeles deben de estar ya amarillos, explican qué hago aquí, cómo asesiné a Sofía Berazagutía, cómo fui condenado a muerte e indultado por mi locura, cómo escapé y erré durante los años de guerra y cómo mi familia dejó fondos suficientes para que esta institución cuidara de mí, y sobre todo para que no saliera hasta mi muerte. Y muy posiblemente ni eso, porque nadie querrá hacerse cargo de mí, así que acabaré enterrado en el cementerio del pueblo, en una tumba que nadie irá a visitar el día de Difuntos, y pasados unos años echarán mis huesos a la fosa común para dejar espacio a otro que habrá muerto después que yo.

Será entonces, como a veces me decía el Zanahoria, cuando habré muerto de verdad, cuando nadie recuerde quién era Ramón Ayestarán. Seré como esos personajes de las fotos en sepia de los decorados de las obras de teatro, compradas seguramente en un anticuario al que fue a parar la historia de una familia en la que, tras la muerte del abuelo, nadie estaba ya interesado, aunque en alguna de ellas aparecieran los almirantes de la guerra de Cuba o de la coronación de Alfonso XII. Tal vez la foto que me hicieron cuando fui elegido

consejero delegado de Forjas o la de mi familia al completo con motivo del ochenta aniversario de mi abuelo Luis acabando un toque dinástico a un ristorante italiano en Queen's, cuyos clientes pensarán que nos llamábamos Tramonti y nunca podrán imaginar nuestra dramática historia.

Creo que por primera vez tuve claro cuál iba a ser mi futuro definitivo en 1942, cuando me trajeron desde Burgos en un coche de la jefatura de Falange. El chófer y mi tío Carmelo iban sentados en los asientos delanteros, y Fernando Arruabarrena y yo en el trasero. Dejamos atrás las últimas casas de Villafría, el alto de la Brújula y los riscos de Pancorbo. Cuando por fin pusimos rumbo a Oña, comencé a sentir que a mis espaldas se iban cerrando las puertas del mundo y que alguien echaba un cerrojo para que me fuera imposible regresar, porque en aquellos momentos resultaba más que improbable que estallara una nueva Guerra Civil y los anarquistas acudieran de nuevo en mi ayuda. No medió palabra entre nosotros. Arruabarrena miró por su ventanilla durante todo el viaje, evitando cruzar sus ojos con los míos, mientras que el hermano de mi madre ojeaba su misal y rezaba en voz muy baja pasando entre los dedos las cuentas de su rosario. Solo el falangista que conducía le acompañó discretamente en sus rezos, siseando los avemarias y los orapronobis de la letanía.

Para aquellos dos personajes influyentes en el Burgos de la posguerra no resultó muy difícil evitar mi fusilamiento, pese a mis repetidas autoinculpaciones como uno de los autores de la matanza de la Magdalena. En la sede de la Capitanía General conté cómo me había hecho con la identidad de Antonio Muñoz Molina, cómo contribuí a dar el paseíllo a más de un

fascista en el Bilbao republicano y de qué manera decidí formar parte de la banda del Cariñoso en las montañas santanderinas. Pero pudieron más las explicaciones de Arruabarrena y de mi tío que mi obsesiva reivindicación de culpabilidad. Ellos se prodigaron en explicaciones acerca de mi errático comportamiento, y en cómo, tras haber matado a Sofía, había sido recluido en Oña por el convencimiento de los jueces de que nunca había estado en mis cabales.

Arruabarrena expuso con gran cinismo que, pese al dolor que sintió al saber que yo había sido el autor de la muerte de su mujer, no quería llevar sobre su conciencia la muerte de un demente, y puso también sobre la mesa la amistad que siempre había mantenido con mi familia, especialmente con mi tío Javier, que, según explicó, había desempeñado un importante papel en la contienda, ya que mantenía informados a los nacionales de todo lo que ocurría en el Bilbao republicano y nacionalista.

Aquella última revelación acerca de mi tío, que además de masón había resultado ser también afecto al Alzamiento Nacional, y no nacionalista, como yo había creído, afianzó aún más el convencimiento de que mi existencia había sido un total desastre y de que realmente no había dado una a derechas en mi vida. Javier Ayestarán era todo un quintacolumnista que, fuera cual fuese el resultado final de la guerra, siempre habría estado en el bando ganador. El hermano de mi padre aparecía ante mí como símbolo de la vida que yo no había sabido entender desde niño. Todas mis rebeliones, mis ilusiones y mis sueños se venían abajo al comprobar de qué manera ganaban la partida aquellos a los que nunca había querido parecerme. Y

no pasaba nada, porque a nadie le importaría que Javier Ayestarán y Arruabarrena siguieran moviendo los siniestros hilos de su poder, y menos aún que yo desapareciera de sus memorias consumiéndome dentro de un mono gris, con mi voluntad atrapada por la química y sin apenas personalidad, con las iniciales de mi nombre en el bolsillo de la camisa.

Me dejaron en el psiquiátrico de Oña y nunca más volvieron a verme. Seguro que el paso de los años borró todas mis huellas entre los Menchaca y entre los Ayestarán. Nadie ha venido a verme a lo largo de estos sesenta años, y ya no lo hará, porque están todos muertos.

Pocas cosas han cambiado para mí a lo largo de este tiempo, aparte de las caras de los celadores, de las monjas y de los internos. Y también la mía. Cuando al levantarme me miro al espejo, observo lo poco que me parezco a aquel Ramón Ayestarán al que se le pararon las agujas del reloj de la vida tras el consejo de Burgos. Mi pelo, escaso, cano y muy corto para no dar albergue fácil a los piojos, no cubre más que una mínima parte de mi cabeza. Los rasgos de mi cara, la nariz, los pómulos y la barbilla, se han ido agudizando, convirtiéndome en un modelo ideal para El Greco y Zuloaga, que bien se las apañaban para encontrar las caras más deformes e iluminadas en los manicomios de Toledo y Segovia.

Y seguro que hubieran pagado mucho más si hubieran visto cómo cada mañana, en el aljibe, junto a la huerta, convierto a mis compañeros de sala en infantes de Marina de una imaginaria batalla en la que, al mando de una flota de barcos de papel o de trozos de corteza de pino con palillos como

mástiles y papel a modo de velas, emulo al Zanahoria en exitosas operaciones de contrabando frente a la costa norteamericana. Todos mis compañeros han aceptado –tampoco tienen tantas alternativas– participar en las aventuras que me vienen a la cabeza, aunque ninguna de ellas será tan exacta como las que se hundieron en la bahía de Santander con el diario de Retuerto. Casi a diario nos topamos con los guardacostas de Boston, negociamos en alta mar con los irlandeses, cambiamos el mascarón de proa de La Flamenca o entonamos al unísono aquello de que le den por culo al rey y que vivan los contrabandistas. Cuando no es así, en esos días en que mi imaginación es incapaz de vencer la realidad, se amotinan en el dormitorio suplicando o exigiendo volver a zarpar. Parecen más felices imaginando que recordando. A fuerza de protagonizar el mismo papel en nuestras aventuras han acabado por olvidar incluso sus propios nombres. De alguna manera, yo también.

BILBAO, JUNIO DE 2002

José Miguel Azcoitia, nieto del desaparecido editor de *La Ría* y sobrino de José Miguel, fusilado por los falangistas tras la caída de Bilbao, acababa de ser promocionado a director del Departamento de Seguridad del BBVA. Era un ascenso importante que había sido posible gracias a los conocimientos y la experiencia que había logrado acumular en la Facultad de Derecho, en J. P. Morgan y en la compañía norteamericana West-Fargo.

La muerte de su tío seguía pesando en la historia familiar y de alguna manera estigmatizaba la posición ideológica de buena parte de los Azcoitia. Como su abuelo, su padre y su tío José Miguel, era republicano convencido. Los Azcoitia habían pagado cara la independencia ideológica en su línea editorial. De la misma manera que desde el Partido Comunista y la CNT se les había acosado con incontables huelgas por no abrir las páginas de *La Ría* a la consigna política pura y dura, desde la Falange se puso como condición para su supervivencia periodística que publicaran un artículo firmado por el director en el que se demonizara no solo el comunismo, sino también la república como fórmula política.

Los Azcoitia no solo no aceptaron aquella humillación, sino que en un alarde de honor bastante inusual en aquella época se habían despachado con el titular de portada «*La Ría* con la República», y a renglón seguido llamaban a los vencedores de la contienda a convocar elecciones al Congreso en el menor plazo de tiempo posible. José Miguel ilustró aquella postura con un artículo firmado en el que emplazaba a los que se habían levantado en armas en defensa de las tradiciones a que garantizaran la más importante de todas ellas, la libertad. Se prodigó en ejemplos, viajó a lo largo de la historia de España, se detuvo en Viriato, en Palafox, en don Pelayo, en Hernán Cortés, incluso en Guzmán el Bueno, concluyendo siempre en que a ninguno de ellos les faltó generosidad con el pueblo, lo que sin duda era bastante discutible.

Y le dieron el paseíllo en las faldas de Archanda aquel mismo día, sin el menor miramiento, sin tribunal de guerra, al tiempo que los ejemplares que habían llegado a los puntos de venta y aún no habían sido vendidos fueron incautados y quemados. A su padre le dio un infarto y murió cuando un pelotón de falangistas tomó la sede del diario y comenzó la edición de un nuevo periódico, *La Voz de Bilbao*, que apareció en los quioscos la mañana siguiente con el yugo y las flechas en portada.

La muerte de José Miguel había sido objeto frecuente de conversación en las sobremesas de la familia, y muy recientemente tras la comida con la que los Azcoitia celebraron el ascenso del joven José Miguel en el BBVA. Fue entonces cuando su padre abrió el cajón de un secreter del recibidor y sacó la llave de una caja de seguridad del ya inexistente Banco de Bilbao.

Al dársela le contó que aquella caja, si aún existía, contenía papeles de un tal Ramón Ayestarán, gran amigo de su tío José Miguel, que había protagonizado una turbia historia en el Bilbao de la preguerra. Le explicó que el asunto tenía que ver con un asesinato y que el tal Ramón, si aún vivía, purgaba en un psiquiátrico la pena de muerte, que, dada su pertenencia a una influyente familia bilbaína, no le había sido aplicada. Javier Azcoitia dijo también a su hijo que su hermano José Miguel siempre había creído en la inocencia de Ayestarán.

La curiosidad del joven José Miguel no encontró más respuestas, ya que la historia se remontaba mucho tiempo atrás y desde entonces habían ocurrido multitud de cosas importantes en la ciudad. Aun así guardó con cuidado la llave en un bolsillo. No pudo evitar preguntarse qué habría dentro de aquella caja de seguridad y detrás de aquel asesinato. Ya en su casa, se propuso investigar el asunto.

En el banco se quedaron sorprendidos cuando una de las primeras órdenes de José Miguel Azcoitia fue buscar la caja del Banco de Bilbao cuya cerradura encajara con aquella llave. Lógicamente no iba a ser fácil localizar el contenido de una caja de seguridad cuyo titular se encontraba en paradero desconocido y que para colmo no tenía al día el pago del alquiler. No obstante, en el Departamento de Servicios Generales le aseguraron que pondrían gran interés en el asunto. Había que tener contento al flamante jefe.

Decidió ir a la hemeroteca de la Diputación Provincial para buscar información sobre el tal Ayestarán. Allí estaba la única colección de *La Ría*, ya que al fusilamiento de su tío José Miguel

y a la muerte de su abuelo había seguido la quema de la colección del archivo, como queriendo hacer desaparecer la peculiar historia de la vida bilbaína que se había escrito en aquel periódico.

El ujier, que llevaba muchos años en la Diputación, supo relacionar rápidamente a aquel visitante con la familia de editores, así que no dudó en preguntarle si buscaba algo en particular.

—¿Le suena el nombre de Ramón Ayestarán?

Le pidió que le siguiera hasta una estantería. Sacó un gran tomo de *La Ría* y lo dejó en una mesa iluminada por varios tubos de luz bajo pantallas de cobre alargadas.

—Aquí está todo: la muerte de la señora Arruabarrena, y el proceso y la condena de Ramón Ayestarán. Aunque yo era muy crío, recuerdo que mi padre, que también era empleado de la Diputación, comentaba que el asunto había sido un escándalo de padre y muy señor mío y que había puesto en un brete a toda la aristocracia de Neguri.

José Miguel no se movió de allí hasta las diez de la noche, cuando le dijeron que había que cerrar hasta la mañana siguiente. Pero tenía suficiente para empezar. Los nombres de los tres acusadores: Fernando Arruabarrena, Javier Ayestarán y Julio Aguinagalde; y el de la víctima: Sofía Berazagutía. El Cuerpo General de Policía había llevado a cabo la investigación, y la sentencia de muerte —el diario nada decía de la conmutación por internamiento en psiquiátrico— debería haberse cumplido en El Dueso. A partir de aquella crónica nada

más se decía del asunto, como si también los periódicos hubieran decidido poner punto final a la memoria pública de aquel asunto.

La mañana siguiente hizo llamar a Baltasar Vilardell, jefe del departamento antiatracos del banco y antiguo jefe de la brigada criminal de Bilbao, y le preguntó si alguien en el cuerpo podía tener alguna referencia acerca de aquel asunto. Vilardell arrugó el entrecejo escéptico, pero le prometió tocar algunas teclas entre sus antiguos compañeros. Tras aquella entrevista se dedicó a constatar la base de datos más accesible, la guía telefónica.

En Forjas Ayestarán, que seguía existiendo como empresa metalúrgica, aunque muy de medio pelo, no existía ningún directivo con ese apellido. Su interlocutor le dijo que el último Ayestarán relacionado con el negocio había sido Javier Ayestarán, que lo vendió a sus actuales propietarios en 1950, muy poco antes de morir. Le comentó también que no le sería fácil encontrar descendientes, ya que solo se conocía la existencia de un sobrino que había sido condenado a muerte por un crimen horrible.

Llamó a información y pidió teléfonos de personas llamadas Menchaca y Berazagutía. Pretendía localizar a familiares de la víctima y del asesino que tantos años después le pudieran dar una versión desapasionada del asunto. Su éxito fue relativo, aunque algo más esperanzador que en la fábrica. Habló con un tal Jorge Menchaca, notario de San Sebastián, hijo de un primo de Ramón. Tras explicarle por qué quería desenterrar aquella historia y tras hacerle saber qué hacía en el Banco de Bilbao, lo

cual en el País Vasco del siglo XXI seguía siendo mucho, se avino a hablar con él y quedaron en verse el siguiente sábado en el bar del hotel Londres. Los únicos Berazagutía que Telefónica encontró vivían en Eibar, pero en esta ocasión el interlocutor cortó la llamada por lo sano en cuanto José Miguel explicó su interés por el asesinato de Sofía. De momento no le quedaba más que esperar al sábado.

Hasta entonces faltaban aún tres días. Pero aquel mismo día le comunicaron que habían encontrado los papeles que en su día contuvo la caja de seguridad que Ramón Ayestarán había alquilado en el Banco de Bilbao. Eran dos carpetas que habían localizado en los almacenes de documentación histórica, en uno de los sótanos del edificio central, y que solo el azar había librado del que debería haber sido su destino más razonable, el fuego. Las encontró el jueves por la mañana en su mesa, junto con una nota interna del director de Servicios Generales que le indicaba que, de acuerdo con la normativa de la institución, aquella documentación debería haber sido destruida por ser de origen privado y que en consecuencia el BB no podía dar publicidad a su contenido.

Allí estaban los papeles que Castleright había entregado a José Miguel Azcoitia, todos los movimientos de la Gran Logia de Bilbao, cuyos hilos habían manejado durante la dictadura de Primo de Rivera el padre de Ramón Ayestarán y Fernando Arruabarrena. La relación de apellidos –ahora entendía Azcoitia la advertencia del responsable de Servicios Generales del BB– incluía a no pocos miembros de la aristocracia bilbaína, la mayoría de ellos situados todavía en la cresta del poder económico de la ciudad.

¿Por qué habían guardado aquellos papeles con tanto celo? ¿Qué valor habrían tenido en aquel momento? ¿Qué curso habría tomado la historia de Ramón Ayestarán si se hubiera conocido su contenido durante el proceso o incluso una vez condenado al olvido en un psiquiátrico?

Los guardó bajo llave y llamó a Baltasar Vilardell, con el que poco después tomaba un café en la barra de un bar cercano. Para aquel policía caído en la tentación de un sueldo mejor en la banca, volver a la pesquisa resultaba muy atractivo. Hacía diez años la había abandonado. El caso Ayestarán le había servido de excusa perfecta para retomar el contacto con sus compañeros de la brigada criminal de la comisaría superior de Bilbao, con los que en los últimos tiempos mantenía una relación puramente institucional, de misa patronal, condecoraciones y cesta de Navidad.

Vilardell no había tenido demasiadas dificultades para que los más viejos del cuerpo le contaran que el asunto de Ramón Ayestarán era uno de esos casos en los que las diligencias, una vez archivadas, rezuman discrecionalidad e insuficiencia. Era obvio que alguien desde muy arriba había decidido cerrarlo rápidamente. Aunque los años no pasan en balde, los inspectores más antiguos recordaban haber oído que en el momento del crimen Fernando Arruabarrena tenía una gran fuerza política. Vilardell le informó también de que Ramón Ayestarán estaba internado desde 1941 en el psiquiátrico de Oña.

Aquella tarde, en su despacho, José Miguel Azcoitia hizo balance de la información que había conseguido reunir, la que figuraba en los papeles y la que le había ofrecido Vilardell.

Jorge Menchaca entró en el bar del Londres. Con su pantalón mil rayas, su calva bien curtida en el Tenis de Ondarreta, su pelo cano impecablemente arreglado y las mangas de la camisa arremangadas hasta medio brazo, reunía todos los estereotipos del donostiarra bien situado que hace ostentación de ese señorío que los bilbaínos tanto ridiculizan, pero que no pocos de ellos envidian.

Menchaca estaba convencido de que Ramón Ayestarán era inocente del asesinato de Sofía Berazagutía. Eso era lo que pensaban no solo los Menchaca, sino también los Berazagutía, con los que había hablado en más de una ocasión. Aquellos eibarreses sabían de la infelicidad de Sofía en el momento en que se quedó embarazada de Arruabarrena, de la nostalgia que siempre tuvo por haber dejado escapar la oportunidad de ser amada por Ramón Ayestarán. Tenían muy claro que era la última persona que hubiera deseado algo malo para ella.

Aunque los Berazagutía estaban enterados de que Arruabarrena odiaba a Sofía y algo debían de presentir de sus sentimientos hacia Ayestarán, no fueron capaces de hacer llegar al juicio ninguna de sus razonables dudas. Les daba miedo enfrentarse a aquel político tan bien relacionado con la dictadura.

Jorge Menchaca se despidió de Azcoitia en la puerta del Londres, tras apuntarle una dirección que pensaba podría

arrojar algo de luz al asunto. «Hay un personaje, Julio Aguinagalde, que creo que aún vive. Él fue compañero de Ramón Ayestarán, fue apoderado suyo y sin embargo se puso del lado de quienes le llevaron a la ruina. Quizá a través del Colegio de Abogados de Bilbao sea posible localizarle».

El joven Azcoitia se había metido en el caso de pleno. La historia que había ido reconstruyendo parecía contar con todos los requisitos de una gran injusticia. Ya se había convencido de que Ramón Ayestarán estaba acabando su vida en un manicomio sin haber cometido ningún crimen, sin locura atenuante que justificara su internamiento. Siguiendo el consejo de Menchaca pidió a su secretaria que buscara a Julio Aguinagalde.

La casa de Aguinagalde estaba en las afueras de Castrourdiales, en un promontorio desde el que se divisaba el puerto y se adivinaba Vizcaya hacia el este. Era un caserío añejo, de piedra sillar en la base de los muros, tejado de alerón generoso y no menos de cuatro chimeneas. Dos pisos, buhardilla y planta baja en la que mucho tiempo atrás las personas y el ganado compartían la entrada. Para llegar al edificio había que pasear entre dos hileras de castaños de indias que aquel verano daban una sombra que por momentos rozaba la penumbra.

Azcoitia llamó a la campana de la puerta, y una mujer de atuendo rural, gruesa, moño bien recogido con horquillas y delantal blanco sobre vestido oscuro largo se acercó desde el otro lado de la reja y le preguntó qué deseaba. Le pidió que esperara, que iría a preguntar a don Julio si quería recibirle.

Regresó hacia la puerta de la casa y se paró junto a un emparrado a cuya sombra dormitaba un anciano sentado en un sillón de mimbre. Miró entonces hacia el visitante y con un movimiento de cabeza dijo a la empleada que no, que no quería recibirle.

Azcoitia, que había entendido el gesto, comenzó a gritar: «Don Julio, quiero hablarle de Ayestarán, de Ramón Ayestarán». Aguinagalde se incorporó apoyándose en un bastón y pidió ayuda a la criada para acercarse unos pasos, los justos para poder hablar con aquel hombre que le había hecho retroceder en el tiempo de forma tan intempestiva.

—¿Quién es usted?

Al rato Aguinagalde compartía mesa bajo el emparrado con José Miguel Azcoitia, al que, según le repitió en varias ocasiones, no encontró el menor parecido con su tío José Miguel, «tristemente desaparecido» al acabar la guerra. Aquel anciano y eminente abogado bilbaíno después de la contienda no había podido negar el paso al visitante cuando oyó el nombre de quien había sido su primer mentor profesional.

—¿Y por qué se interesa ahora por Ramón Ayestarán?

Azcoitia supo abordar el tema con gran habilidad, haciéndole saber que no perseguía más que confirmar algo en lo que su familia había creído con firmeza, la inocencia de Ramón Ayestarán, y que su interés en esos momentos respondía al hecho de haber recuperado unos documentos de los tiempos de Primo de Rivera en los que dos de los tres acusadores de

Ayestarán aparecían como miembros destacados de la Gran Logia de Bilbao.

–Creo que la coincidencia de estos dos nombres en esos papeles tan bien guardados y en la acusación que condenó a muerte a Ayestarán se merecen un esfuerzo más, perdón, un esfuerzo último para rehabilitar a un hombre que, con noventa y siete años, apaga su vida en el psiquiátrico de Oña.

–Sí, noventa y siete, como yo.

–Exactamente, los mismos, porque usted fue uno de sus mejores amigos en Bilbao, junto con mi tío José Miguel.

–¿Y qué quiere que haga?

–Que recuerde todo lo que pasó en aquellos meses y vea si sus palabras, que a estas alturas de su vida poco daño le van a hacer a usted, podrían salvar la memoria de la persona que más confió en usted.

No respondió a aquel golpe bajo. Se quedó callado mirando profundamente, sin apenas pestañear, a aquel joven insolente que le animaba a viajar por la historia de su propia conciencia. Le pedía que desenterrara a los muertos, porque además de Sofía Berazagutía también lo estaban Fernando Arruabarrena, Javier Ayestarán, Víctor Sodupe e incluso Tomás García, aquel portero de Colón de Larreategui 16, clave en la condena de Ramón.

Aunque había escuchado con mucha atención todos y cada uno de los argumentos de José Miguel, le despidió sin más

comentarios. Aquel anciano se quedó mudo, atenazado por el pasado, como si aquellos remotos días volvieran súbitamente sobre él como una nube oscura que ensombrecía el final de su vida.

Azcoitia salió de la casa desesperanzado, rendido por la fuerza del tiempo y resignándose a que nada o muy poco podía hacer por aquel amigo de su tío José Miguel que se pudría en un helado pueblo del norte de Burgos. Decidió dejar aquella llave encima de la mesa de su despacho, en la bandeja de su dietario, para no olvidar que acaso es cierto que existe el destino. Le habría gustado saber más cosas de Ramón Ayestarán, hurgar en el pasado para descubrir por qué su vida había culminado de aquella manera. Tal vez no solo la fatalidad, sino muchas otras cosas le habían convertido en un gran infeliz.

Unos cuatro meses después su secretaria le avisó de que tenía una llamada de Julio Aguinagalde. La voz del anciano era temblorosa, aguda, y jadeaba al hablar. Le contó que desde su visita a Castro no había conseguido conciliar el sueño y que quería verlo cuanto antes, porque presentía que no le quedaba mucho tiempo de vida. «Ramón Ayestarán me va a llevar al infierno».

La mañana siguiente estaba sentado ante él, en la sede del banco, acompañado de un abogado, llamado Luis Uriarte, que antes de dejar hablar a su cliente le advirtió que toda aquella historia no debía tomar carácter público mientras Aguinagalde viviera. Uriarte le informó también de que tras aquella reunión irían a la Audiencia Provincial para incorporar el testimonio de

aquel anciano al sumario del asesinato de Sofía Berazagutía, si es que seguía archivado.

Sacó entonces una carta manuscrita de Tomás García, el portero de la casa de la calle Colón que había declarado que Ramón Ayestarán había sido la última persona que había visto con vida a Sofía y que él mismo le había visto en la vivienda de la señora Arruabarrena. Aquel falso testimonio había volcado toda la responsabilidad sobre él y determinó el rumbo de su vida. En esa carta, que Aguinagalde había recibido en 1950, Tomás García se confesaba. Sabía que poco le quedaba de vida y no quería llevarse al otro mundo el pasaporte para los infiernos. Reconocía que Fernando Arruabarrena había comprado su mentira con favores para su familia en Burgos. Su hermano había sido nombrado inspector de la Reforma Agraria y su padre era desde entonces alcalde de Frías, todo eso solo por cargar la muerte a Ramón Ayestarán.

Aquel papel había estado en manos de Aguinagalde más de cincuenta años. Como Tomás García, el abogado arrepentido no quería llevarse a la tumba el peso de aquella injusticia y de su silencio.

Aguinagalde propuso que fueran inmediatamente a ver al presidente de la Audiencia Provincial, que escuchó absorto los detalles de aquella historia como si de un culebrón se tratara. Cuando el secretario judicial apareció con los cartapacios que contenían la instrucción, el sumario y la sentencia del caso Berazagutía, la perplejidad del magistrado aumentó a niveles aún mayores. Se preguntaba si era posible que aquella historia,

prescrita y olvidada, siguiera aún viva y fuera por tanto su obligación reparar los daños causados a inocentes.

Leyó la confesión de Tomás García, escuchó a Aguinagalde, se interesó por la situación de Ayestarán y finalmente dictó un auto judicial que le sería enviado a Oña. «No me atrevo –les dijo– a decidir sobre el futuro de un anciano que debe de estar próximo a la muerte y cuyo equilibrio mental y emocional deberían definir los médicos que lo atienden actualmente. Solo dejo constancia de su inocencia, ya que, por lo que al delito se refiere, todo ha prescrito y los auténticos culpables han muerto».

Azcoitia, sintiéndose heredero de la amistad de su tío José Miguel, se ofreció a viajar a Oña para entregar el auto judicial y sobre todo para ver a Ramón Ayestarán.

«Azcoitia –le dijo entonces Aguinagalde–, yo iré con usted».

OÑA, OCTUBRE DE 2002

El otoño, cuajado de amarillo y ocre veneciano, había caído en Oña dándole un aire de cierta irrealidad. Aquel atardecer la silueta de la torre y el perfil del pueblo aparecían como una imagen serigrafiada, a medio camino entre lo auténtico y lo soñado. Tal vez el escenario se había adaptado al final de la historia del Abuelo. José Miguel Azcoitia y Julio Aguinagalde charlaron en el coche antes de llegar al psiquiátrico. El anciano abogado fue vaciando ante aquel joven el peso de su conciencia.

No supo que Ramón Ayestarán era inocente de la muerte de Sofía hasta recibir la carta de Tomás García. Desde entonces la única razón de su silencio había sido el miedo a que se abriera el caso y las consecuencias que sobre él y su carrera podía haber tenido. En 1950 tanto él como Arruabarrena, y muy posiblemente también Javier Ayestarán, habrían acabado entre rejas, mientras que Ramón podría haber rehabilitado su vida. Ese era precisamente el lastre que le había animado a hacer aquel viaje.

En la portería del psiquiátrico sabían de su llegada, por lo que pasaron directamente al despacho del director, un hombre

joven, no llegaba a los cuarenta, que tenía sobre su mesa el auto judicial de exculpación de Ramón Ayestarán que la Audiencia de Bilbao le había hecho llegar por fax cuatro días antes.

Les explicó que Ramón había leído esas líneas en cuanto llegaron al hospital. Al darse cuenta de la trascendencia de lo que allí se decía se había abrumado hasta el punto de encerrarse en un silencio que no se le recordaba en su historial hospitalario. Desde ese momento no hacía más que pasear solo, mirando indistintamente al suelo y al cielo y debatiéndose en soliloquios que nadie había alcanzado a comprender. Sus compañeros de sala le miraban desde lejos, vigilándolo, ya que el paso de los años y la discordura les habían acabado uniéndolo íntimamente. Aquella relación era el único patrimonio que todos ellos realmente tenían. En vista de su reacción, el director del psiquiátrico expuso a los visitantes sus dudas más que razonables ante un posible reencuentro. No obstante, Aguinagalde y Azcoitia insistieron en verle.

Fueron a campo traviesa, pisando desconsideradamente los surcos que el Abuelo y sus compañeros habían abierto con el arado y el mulo. Sus zapatos, lustrados como los de los buenos urbanitas, fueron rompiendo los terrones y aplastando los esquejes de col que ya asomaban. Aguinagalde, agarrado del brazo de Azcoitia, se mostraba impertérrito ante el deslucimiento de su aspecto y poco parecía importarle que su bastón se hubiera llenado de barro. Al fondo aquella silueta iba creciendo paso a paso, tomando forma ante sus ojos, más por la convicción de que aquel hombre era realmente Ayestarán que por el parecido físico que tenía con su antiguo amigo.

Cuando sus miradas se cruzaron por fin, no había entre sus ojos más de cuatro o cinco metros. Uno y otro se quedaron paralizados, sin pestañear, aparentemente incapaces de iniciar el diálogo después de tantos años. Aquel silencio alejó a Azcoitia apenas unos metros, porque no quería dejar de ser testigo de la escena.

Ayestarán tenía la mano metida en un bolsillo de la bata, agarrando algo con fuerza. Lo sacó. Era un cuaderno de tapas negras de hule, grueso y bastante sobado por el uso. Entre sus páginas estaban atrapadas las hojas del auto judicial que había recibido cuatro días antes.

«Si no hubiera recibido estos papeles –arrancó finalmente a hablar–, no te habría reconocido. Pero sé que eres tú, Julio. No sabría decirte cómo me siento en este momento. No me atrevo a decirte si es odio, rencor o indiferencia, aunque tengo claro que no puedo sentir nada positivo hacia ti. Puede que incluso te odie más de lo que te odiaba hace una semana, porque me has sacado del mundo al que la injusticia me había arrojado, pero que había acabado por aceptar. Soy de nuevo Ramón Ayestarán, ya no soy el Abuelo, y solo porque no has querido morir con mala conciencia. Tu generosidad, Julio, está en el fondo cargada de egoísmo. No quiero hablar de aquello, no quiero que sepas de mi vida, porque con cada momento que rememore saldrán nuevos y más intensos rencores. Muérete como quieras, pero piensa que no me has devuelto nada más que dolor. ¡Vete!».

Aguinagalde volvió sobre sus pasos reclamando con la mirada el brazo de José Miguel para no caerse, pero Ramón Ayestarán

giró su mirada hacia el joven y le hizo una seña para que se acercara.

«Cuando he visto que eras uno de los comparecientes en el auto que me han enviado desde Bilbao, se me ha encogido el corazón. Dime qué ha sido de tu padre, porque eres hijo de José Miguel, ¿no?».

Cuando escuchó que su buen amigo había muerto fusilado en Bilbao, se sobrecogió como si acabara de ocurrir. Se echó las manos a los ojos y le asaltó una gran congoja, de la que no pudo sobreponerse hasta unos minutos después. De repente le tendió el cuaderno diciéndole: «Toma, llévatelo. Yo ya no tengo nada que hacer ni nadie a quien recurrir fuera de este hospital. Solo quiero que algún día lo cuentes en algún sitio, como lo hubiera contado tu tío José Miguel en las páginas de *La Ría*. Esta es la verdad de mi vida, no la que se contó de mí hace mucho, mucho tiempo. No es la vida de aventuras que Retuerto, a quien conocerás en estas páginas, llegó a vivir, ni contiene las seductoras historias que tu tío hubiera detallado con mejor destreza que yo. Pero te puedo asegurar que esta historia es cierta, sin ningún tipo de licencia literaria, tal cual ha ocurrido».



ACERCA DEL AUTOR

JAVIER ZULOAGA (Bilbao, 1952) ha desarrollado una intensa actividad en el mundo del periodismo y la comunicación.

Se inició colaborando en distintos medios, como los diarios *ABC* y *Pueblo*, la revista *Actualidad Española*, Radio Nacional de España y como guionista para el programa televisivo *35 millones de españoles*, en TVE. Ha dirigido los periódicos *La Voz*

de Castilla (Burgos), *Unidad* (San Sebastián) y *El Día* (Baleares), y ha sido delegado de la Agencia EFE en Portugal, Argentina y Marruecos.

En 1989 se incorpora a la Jefatura de Prensa de “la Caixa”, donde dirigirá el departamento de Comunicación y Relaciones Externas. En la actualidad es el responsable de la Dirección de Comunicación Interna de dicha entidad.